

ANTROPOLOGÍA DE LA INHUMANIDAD

UN ENSAYO
INTERPRETATIVO
SOBRE EL TERROR
EN COLOMBIA

MARÍA VICTORIA URIBE ALARCÓN

SEGUNDA EDICIÓN

ANTROPOLOGÍA

DE LA INHUMANIDAD

COLECCIÓN ESTUDIOS CIJUS

La Colección Estudios CIJUS publica investigaciones que aplican herramientas de diversas disciplinas al análisis de distintos temas. Impulsada por el Centro de Investigaciones Sociojurídicas de la Universidad de los Andes, la colección difunde perspectivas y metodologías novedosas que promueven debates de relevancia pública.

ANTROPOLOGÍA DE LA INHUMANIDAD

UN ENSAYO INTERPRETATIVO
SOBRE EL TERROR EN COLOMBIA

MARÍA VICTORIA URIBE ALARCÓN

SEGUNDA EDICIÓN

Uribe Alarcón, María Victoria

Antropología de la inhumanidad: un ensayo interpretativo sobre el terror en Colombia / María Victoria Uribe Alarcón. – Segunda edición. – Bogotá: Universidad de los Andes, Facultad de Derecho, Ediciones Uniandes, 2018.

140 páginas: ilustraciones; 15 x 24 cm. – (Colección Estudios CIJUS)

ISBN 978-958-774-743-0

I. Violencia – Aspectos sociales – Colombia 2. Masacres – Colombia 3. Violencia política – Colombia I. Universidad de los Andes (Colombia). Facultad de Derecho. II. Tít.

CDD 303.609861

SBUA

Primera edición: 2004, Grupo Editorial Norma

Segunda edición: agosto del 2018

© María Victoria Uribe Alarcón

© Universidad de los Andes, Facultad de Derecho

Ediciones Uniandes

Calle 19 n.º 3-10, oficina 1401

Bogotá, D. C., Colombia

Teléfono: 339 49 49, ext. 2133

<http://ediciones.uniandes.edu.co>

infeduni@uniandes.edu.co

ISBN: 978-958-774-743-0

ISBN e-book: 978-958-774-744-7

DOI: <http://dx.doi.org/10.15425/2017.193>

Corrección de estilo: Andrea Sierra

Diagramación interior: Karina Betancur Olmos

Diseño de cubierta: Alejandro Ospina

Imagen de cubierta: Doris Salcedo. *Atrabiliarios* detail, 1992-2004, wall installation: drywall, wood, shoes, animal fiber, and surgical thread dimensions variable installation: Doris Salcedo. February 21 - May 24, 2015. Museum of Contemporary Art, Chicago. Photo: Patrizia Tocci. Collection: San Francisco Museum of Modern Art. Image courtesy of Alexander and Bonin, New York

Impresión:

Xpress Estudio Gráfico y Digital S. A. S. - Xpress Kimpres

Carrera 69H n.º 77-40

Teléfono: 602 08 08

Bogotá, D. C., Colombia

Impreso en Colombia – *Printed in Colombia*

Universidad de los Andes | Vigilada Mineducación

Reconocimiento como Universidad: Decreto 1297 del 30 de mayo de 1964

Reconocimiento personería jurídica: Resolución 28 del 23 de febrero de 1949 Minjusticia

Acreditación institucional de alta calidad, 10 años: Resolución 582 del 9 de enero del 2015, Mineducación

Todos los derechos reservados. Esta publicación no puede ser reproducida ni en su todo ni en sus partes, ni registrada en o transmitida por un sistema de recuperación de información, en ninguna forma ni por ningún medio, sea mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético, electro-óptico, por fotocopia o cualquier otro, sin el permiso previo por escrito de la editorial.

CONTENIDO

PRESENTACIÓN	9
Esteban Restrepo Saldarriaga	
AGRADECIMIENTOS	15
INTRODUCCIÓN A LA NUEVA EDICIÓN	17
PRIMERA PARTE	
EL ANTAGONISMO SOCIAL DURANTE LA VIOLENCIA	27
PRÁCTICAS ATROCES DURANTE LA VIOLENCIA	34
LA CULTURA POLÍTICA CAMPESINA	45
SEGUNDA PARTE	
LAS MASACRES COMO SÍNTOMA SOCIAL	79
TERCERA PARTE	
EL SÍNTOMA EN LA ERA DE LA GLOBALIZACIÓN	103
CONSIDERACIONES FINALES	119
GLOSARIO DE TÉRMINOS VERNÁCULOS	125
BIBLIOGRAFÍA	133

PRESENTACIÓN

Esteban Restrepo Saldarriaga*

AGENCIA POLÍTICA, DERECHO Y VIOLENCIA EN ANTROPOLOGÍA DE LA INHUMANIDAD

En un bello libro sobre la obra de Doris Salcedo, Mieke Bal propone que *Atrabiliarios* —una de cuyas piezas fue escogida por María Victoria Uribe como portada de la segunda edición de *Antropología de la inhumanidad*— es el paradigma de la noción de “arte político”. Con los zapatos usados de mujer que aparecen enterrados en una especie de nichos cubiertos por una membrana traslúcida, Salcedo “metaforiza” el horror de la desaparición forzada en Colombia. Estos zapatos usados inscriben en la obra, dice Bal, “el rastro de acontecimientos vitales” y llevan consigo “una carga de pasado y muerte”. *Atrabiliarios* es una “metáfora” porque no transmite significado en “un sentido referencial o representativo, sino una preocupación que requiere ser recreada cada vez que sucede”¹. La obra navega el espacio entre la singularidad de la evocación de esas mujeres desaparecidas en el conflicto violento colombiano que alguna vez calzaron los zapatos enterrados y las comparaciones que pueden trazarse entre esta violencia singular y las violencias de otros tiempos y otros lugares; una comparación que, en todo caso, es interrumpida por la materialidad misma del zapato que yace en el nicho (44-47). El de Doris Salcedo —y particularmente *Atrabiliarios*— es “arte político” precisamente porque activa la agencia política de la espectadora al invitarla a rechazar “el olvido y el silencio” (43-44)².

* Profesor asociado, Facultad de Derecho, Universidad de los Andes, Bogotá.
Agradezco a María del Rosario Acosta por sus comentarios.

1 Bal, 2014, p. 44 (en lo que sigue, cito el número de la página en el cuerpo principal del texto).

2 En un sentido similar véase Acosta, 2016.

Antropología de la inhumanidad es un ensayo interpretativo del terror en Colombia. Esa interpretación es, a mi juicio, un gesto estético y político frente a la violencia equiparable al de Salcedo en *Atrabiliarios*. En efecto, María Victoria Uribe emprende un recuento de las masacres en Colombia desde la época de La Violencia hasta los inicios del siglo XXI en una narrativa que se detiene en la singularidad geográfica de los municipios del Tolima en donde ocurrieron algunas de esas masacres, en la especificidad —ilustrada con imágenes— de los nombres de chulavitas con alias de ave fantástica, en la materialidad de los pasamontañas de paramilitares en uniforme camuflado, en la descripción detallada de los cortes de matarife en los cuerpos de las víctimas, en los expedientes judiciales que, con la especificidad aséptica del lenguaje judicial, narran el horror del enfrentamiento entre liberales y conservadores y en la concreción de los testimonios de mujeres que, como Matilde, soportaron la guerra; una narrativa que luego se eleva a comparaciones con otras violencias de otros lugares como Irlanda, India, Pakistán o Ruanda, pero que, en todo caso, siempre vuelve a los rastros específicos del conflicto armado colombiano.

Es, tal vez, este potente modo de aproximación interpretativa al terror en Colombia —que activa la agencia política de sus lectores— el que ha determinado que, desde *Matar, rematar y contramatar* (que, en apartes importantes, hoy forma parte de la segunda edición de *Antropología de la inhumanidad*), la obra de María Victoria Uribe se haya convertido en un marco de referencia obligatorio para caracterizar e interpretar la violencia de nuestro país. Baste mencionar, por ejemplo, el lugar destacado que las ideas de Uribe ocupan en *¡Basta ya! Colombia: Memorias de guerra y dignidad*, el informe general del Grupo de Memoria Histórica, uno de cuyos argumentos centrales afirma que el conflicto en Colombia ha sido una guerra contra la población civil cuya singularidad proviene, entre otros factores, del papel simbólico y material que han desempeñado las masacres³. Hoy, en un sentido similar, la publicación de la segunda edición de *Antropología de la inhumanidad* puede alentar la senda interpretativa que emprenden las instituciones (la Jurisdicción Especial para la Paz y la Comisión para el Esclarecimiento de la Verdad, la Convivencia y la No Repetición) que, a la luz del acuerdo de paz suscrito entre el Gobierno nacional y las FARC, deberán producir la verdad “oficial” de la guerra colombiana.

Podría parecer sorprendente que la segunda edición de *Antropología de la inhumanidad* se publique en una colección editorial de estudios socio-jurídicos. A mi juicio, sin embargo, el trabajo de María Victoria Uribe explora de manera productiva —aunque sin tematizarlos de manera explícita— al menos tres aspectos de la relación entre derecho y violencia.

3 Véase Centro Nacional de Memoria Histórica (CNMH), 2013, pp. 31-42, 47-57.

En primer lugar, una parte importante del trabajo interpretativo de Uribe surge de su aproximación al *archivo* judicial contenido en expedientes que guardan la memoria testimonial de muchas de las masacres en el Tolima durante La Violencia. En un sentido cercano a las ideas de Derrida, el texto de María Victoria Uribe parece señalar el carácter paradójico del archivo judicial, que, por un lado, entraña el riesgo de que el pasado sea capturado como un mero cuerpo inerte que aparece como pura “acumulación, conservación y clasificación”⁴, pero, al mismo tiempo, abre el futuro, al operar como un lugar para el tipo de interpretación (que parte de la singularidad del hecho violento archivado judicialmente y se eleva a comparaciones siempre interrumpidas por la literalidad del hecho violento judicializado) que activa la agencia política.

El segundo aspecto de la relación entre derecho y violencia en *Antropología de la inhumanidad*, esta vez inspirado en Walter Benjamin, surge de ese espacio de indistinción entre lo legal y lo ilegal en el que, según Uribe, han ocurrido las masacres. Mientras que, en tiempos de La Violencia, policías y chulavitas masacraban y aterrorizaban indistintamente, a principios del siglo *xxi* los sobrevivientes de las masacres resaltan la presencia de esos hombres en uniforme camuflado que bien podían ser soldados o paramilitares. Aquí, la idea benjamiana de la continuidad entre la violencia a la que el derecho supuestamente pone fin y la violencia letal propia del ejercicio soberano de la ejecución del derecho, resulta ilustrada por ese espacio (alegorizado por los asesinos camuflados) en el que ocurren las masacres y en el que distinguir la soberanía y el derecho “oficiales” de aquellos que no lo son es prácticamente imposible.

Por último, la tercera relación entre derecho y violencia —nuevamente de inspiración derridiana— que el texto de María Victoria Uribe permite elaborar surge de sus tesis acerca de la animalización de las víctimas de las masacres y, de manera mucho más general, de las relaciones entre lo animal y lo humano que operan como uno de los hilos conductores de *Antropología de la inhumanidad*. Particularmente en su obra tardía, Derrida exploró las fronteras porosas entre animales y humanos y propuso que las dinámicas que han tendido a separar al uno y al otro son un lugar privilegiado del gesto soberano. En este sentido, pero tal vez de formas que el propio Derrida contradiría, las divisiones y acercamientos entre humanidad y animalidad que Uribe teoriza en su libro pueden ofrecer vías interesantes para pensar las operaciones de la soberanía, la violencia y el derecho en el contexto de la guerra colombiana.

Como se señaló, esta segunda edición de *Antropología de la inhumanidad* aparece en un momento en el que Colombia se prepara para enfrentarse a la

4 Acosta, 2016, p. 72.

verdad del conflicto armado. Este imperativo histórico y ético no se podrá cumplir cabalmente sin contribuciones intelectuales honestas y poderosas que, como la de María Victoria Uribe en este libro, hagan audibles la huella de quienes perecieron en la guerra y las voces de quienes la sobrevivieron.

REFERENCIAS

- Acosta López, María del Rosario. 2016. "Las fragilidades de la memoria: duelo y resistencia al olvido en el arte colombiano (Muñoz, Salcedo, Echavarría)". En María del Rosario Acosta López (comp.), *Resistencias al olvido: Memoria y arte en Colombia*. Bogotá, Ediciones Uniandes.
- Bal, Mieke. 2014. *De lo que no se puede hablar. El arte político de Doris Salcedo*. Medellín, Universidad Nacional de Colombia.
- Centro Nacional de Memoria Histórica (CNMH). 2013. *¡Basta ya! Colombia: Memorias de guerra y dignidad*. Bogotá, Centro Nacional de Memoria Histórica.

AGRADECIMIENTOS

En esta nueva edición del libro quiero agradecer a Anne Dufourmantelle, quien murió trágicamente en el 2017, por su impulso y apoyo para que escribiera la versión original de este libro.

A Esteban Restrepo Saldarriaga, por su interés en la reedición del libro y al Centro de Investigaciones Sociojurídicas (CIJUS) de la Universidad de los Andes por incluirlo en su colección.

A Tony Rubio, a Cuetzalan y a Luke. Ellos saben por qué.

INTRODUCCIÓN A LA NUEVA EDICIÓN

Han transcurrido catorce años desde la publicación de la primera edición de *Antropología de la inhumanidad*, libro que se agotó muy rápido y que, gracias a la demanda que ha tenido en los diferentes portales académicos donde está disponible, se reeditó, con algunas modificaciones, en la Colección Estudios CIJUS de la Universidad de los Andes. El cambio más notable de esta nueva versión consiste en que incorpora apartes de mi libro *Matar, rematar y contramatar. Las masacres de La Violencia en el Tolima (1948-1964)*, publicado en 1990 por el Centro de Investigación y Educación Popular (Cinep).

En el 2004 el tema de las masacres era casi desconocido en Colombia. Recuerdo muy bien las caras de horror y desconcierto que había entre el público cuando hablaba de los cortes o mostraba fotografías donde estos aparecían; también recuerdo que la mitad del auditorio se salía del recinto antes de que terminara de hablar. Sin embargo, con el correr de los años fueron apareciendo nuevos análisis que enriquecieron el debate sobre el tema y propiciaron nuevos marcos de análisis. Entre ellos, quisiera mencionar algunos de indudable valor para el análisis de la violencia en Colombia. Para comenzar está el libro de la antropóloga Margarita Serje, *El revés de la nación. Territorios salvajes, fronteras y tierras de nadie*, publicado por la Universidad de los Andes en el 2005; el de Andrés Fernando Suárez, *Identidades políticas y exterminio recíproco: masacres y guerra en Urabá, 1991-2001*, publicado por La Carreta Editores en el 2007; el texto de José Burucúa y N. Kwiatkowski, *Cómo sucedieron estas cosas. Representar masacres y genocidios*, editado en Buenos Aires por la editorial Katz en el año 2014; el análisis hecho por Pablo Cañas, Adriana Ruiz, Blanca Jiménez, Daniela Londoño, Diana Ramírez *et al.*, publicado por la Universidad de Antioquia en el 2015 bajo el título *La construcción del enemigo en el conflicto armado colombiano 1998-2010*. Por último, quiero mencionar el libro de Juan Felipe Urueña titulado *El montaje en Aby Warburg y Walter Benjamin*.

Un método alternativo para la representación de la violencia, el cual fue publicado en el 2017 por la editorial de la Universidad del Rosario, y el artículo de Ángela Uribe Botero titulado “Empatía y humillación sobre La Violencia en Colombia”, publicado en el 2018 en *Philosophical Readings*. Menciono estos dos últimos textos porque su lectura y algunas conversaciones con sus autores me indujeron a pensar críticamente ciertos temas que habían quedado descuidados en mi primera versión del libro: el problema de la representación y el dilema de la animalización, los cuales retomo en esta nueva versión.

Desde hace más de treinta años he venido reflexionando acerca de un fenómeno que ha sido recurrente en la historia reciente de Colombia: el asesinato colectivo de personas desarmadas e indefensas a manos de grupos armados. Me inicié en el tema analizando 236 masacres, ejecutadas en el Tolima durante *La Violencia* por policías “chulavitas” y por bandoleros liberales y conservadores. En esa ocasión, traté las masacres como actos sacrificiales, con tres fases definidas claramente. En ellas pude distinguir una serie de rasgos que son peculiares al sacrificio, como el porte de vestimentas especiales por parte de los autores de los hechos, la utilización de determinadas palabras, por lo general soeces, que tienen por objeto degradar a las víctimas, y el empleo que hacen los autores de las masacres de ciertos alias o apodos con los cuales encubren la identidad que les otorga el nombre de pila. Los resultados de esa primera investigación los publicó el Cinep en 1990 bajo el título *Matar, rematar y contramatar. Las masacres de La Violencia en el Tolima (1948-1964)*.

Unos años más tarde, junto con Teófilo Vázquez, retomamos nuevamente el tema a raíz del incremento de esa modalidad delictiva hacia finales de la década de 1980. En esa ocasión, estudiamos en detalle 1230 masacres ejecutadas entre 1980 y 1992, cuyos autores se habían diversificado pues ahora incluían a narcotraficantes, guerrilleros, paramilitares, matones a sueldo, agentes estatales y delincuentes comunes. Durante los años estudiados, el contexto social y político había variado sustancialmente debido a la irrupción del narcotráfico en la vida nacional y, al creciente enfrentamiento entre guerrilleros y paramilitares; mientras tanto, la confrontación violenta entre liberales y conservadores había pasado a un segundo plano. Los resultados de esa investigación fueron publicados en dos volúmenes en 1995 bajo el título *Enterrar y callar. Las masacres en Colombia, 1980-1993* por la Fundación Terre des Hommes y el Comité Permanente por la Defensa de los Derechos Humanos.

La tercera vez que abordé el tema de las masacres y de los cortes efectuados al cuerpo fue en el libro *Antropología de la inhumanidad. Un ensayo interpretativo sobre el terror en Colombia*, publicado en el 2004. Esa vez las hipótesis estuvieron orientadas a dilucidar las estructuras miméticas que se perciben en los comportamientos de grupos aparentemente tan disímiles e

ideológicamente opuestos como pueden serlo una guerrilla de orientación marxista, una contraguerrilla defensora del *statu quo* y un ejército constituido legítimamente. Además, estaba interesada en entender a qué obedecía el uso reiterativo, por parte de los autores de las masacres, de operaciones semánticas que iban dirigidas a convertir al *Otro* en algo menos que humano.

Durante La Violencia, y en los años que siguieron, en Colombia hemos sido testigos de la inhumanidad de una carnicería física y simbólica que no tiene precedentes en el continente americano. Las masacres han sido el sello distintivo del conflicto colombiano, por tratarse de eventos reiterativos y plagados de contenidos no simbolizados que se repiten y retornan, a la manera de pasajes, al acto. Las masacres han tenido un efecto devastador, según se deduce de los testimonios de los sobrevivientes que narran los hechos, entre los que predominan las mujeres y los niños. En sus relatos se entrelazan emociones, recuerdos e interpretaciones que ponen en evidencia la ruptura traumática que dejan estos eventos. Los sobrevivientes, aunque logran articular oralmente su relato, no pueden darle un sentido a los hechos.

La mayoría de los testimonios que aparecen en este libro provienen de colombianos a quienes los sorprendió el terror y los obligó a ser testigos de la muerte atroz de sus vecinos, parientes y conocidos. Una muerte infringida por conciudadanos en nombre de la venganza, de la pertenencia a un determinado partido político o a un grupo armado. A los pocos días de ocurridos los eventos, los sobrevivientes son interrogados por miembros de organizaciones no gubernamentales defensoras de los derechos humanos, por jueces y por fiscales. Muchos de ellos se abstienen de hablar por miedo, pero otros lo hacen y por respeto a su integridad personal sus testimonios deben permanecer en el anonimato. Por ello, en este ensayo no se incluyen nombres propios y los eventos carecen de localización geográfica y temporal precisa. El tratamiento abstracto de los hechos es deliberado y pretende poner a salvo tanto la identidad como la privacidad de quienes rinden sus testimonios.

La mayor parte de estos testimonios provienen de hombres y mujeres que sobrevivieron a los hechos simplemente porque su condición de género o su edad al momento de los sucesos los descalificó como potenciales víctimas en un mundo patriarcal, machista y despiadado. Entre las mujeres que hablan a lo largo del texto, hay una cuyo relato teje la trama invisible del sufrimiento de las mujeres. Aunque ella no se refiere en concreto a los hechos violentos que son el objeto de este ensayo, la agudeza de sus percepciones respecto a la cultura y al contexto social de la época son invaluable. A través de varias entrevistas, Matilde, una mujer de origen campesino y proveniente de un pueblo de mayorías conservadoras, se refirió con lujo de detalles a la infancia que le tocó vivir cuando estalló La Violencia.

En la primera versión del libro me referí a los procedimientos utilizados por los perpetradores de las masacres en Colombia, con el fin de animalizar a sus víctimas y facilitar, de esa manera, las ejecuciones y posterior transformación de sus cuerpos. Si pensamos en los procedimientos empleados por los nazis para deshumanizar a sus víctimas durante la Segunda Guerra Mundial, saltan a la vista las prácticas discriminatorias e infames aplicadas en los *ghettos* y en los campos, sobre la base de considerar a las víctimas como subespecies merecedoras de exterminio. Vienen a la mente prácticas como la obligación de portar siempre la estrella de David a la vista, la prohibición de ejercer ciertas profesiones, la sustitución del nombre propio por un número tatuado en el cuerpo, la separación de familias enteras que nunca volverían a ver a sus parientes, la vivencia permanente del estado de desgracia y de emergencia, el hecho de convertirse en hambre viviente y muchos más que implicaron dolor, incertidumbre y profundos traumas¹. En el caso colombiano lo que vemos en el escenario de las masacres son otro tipo de procedimientos que también implican dolor, desconcierto y profundo sufrimiento; y que ocurren en un corto lapso de tiempo, como la irrupción súbita de los perpetradores en los espacios domésticos mientras las personas duermen, la separación de hombres, mujeres y niños; la violación de las mujeres delante de los miembros de la familia y la ejecución de los diferentes cortes a la manera de una exhibición que tuvo por objeto aterrorizar y advertir. Los procesos de animalización empleados por los perpetradores fueron, ante todo, actos del lenguaje, miméticos y performativos que, a ojos de los perpetradores, asimilaban a las víctimas a cosas y animales, procedimientos muy comunes en este tipo de aniquilaciones colectivas.

Lo más cruel de la crueldad es que deshumaniza a las víctimas antes de destruirlas. Estas, sin embargo, libran una ardua lucha por conservar su condición humana en medio de condiciones inhumanas. Una pelea desesperada por sobrevivir en ambientes que las empujan cada vez más hacia una muerte que no guarda ninguna relación con sus vidas cotidianas. Son personas indefensas que poco pueden hacer por evitar lo que les va a suceder pues el enemigo que las acecha es silencioso, implacable e impredecible.

Mi intención al escribir este ensayo es hacer audible el silencio que rodea a las incontables víctimas de las masacres en Colombia. Con ello, pretendo delinear los contornos de una inhumanidad que ha marcado con tinta indeleble el cuerpo y la conciencia de miles de ciudadanos, a lo largo de más de medio siglo.

1 Levi, 1987.

*Al extender la mano para acercar una silla
he arrugado la manga de mi chaqueta
he rayado el suelo
he derramado la ceniza de mi cigarrillo.*

*Al hacer lo que quería hacer, he hecho miles de cosas no deseadas.
El acto no ha sido puro, he dejado huellas y,
al borrar esas huellas, he dejado otras.*

*[...] Cuando la torpeza del acto se vuelve contra el fin perseguido,
nos encontramos de lleno en la tragedia.*

*[...] Como la presa que huye en línea recta
por la llanura cubierta de nieve al escuchar a los cazadores
y deja, de ese modo, las huellas que serán su ruina.*

De este modo, somos responsables más allá de nuestras intenciones.

*Emmanuel Levinas
Entre nosotros. Ensayos para pensar en otro*

PRIMERA PARTE

EL ANTAGONISMO SOCIAL DURANTE LA VIOLENCIA

El núcleo problemático que caracterizó el periodo conocido como La Violencia (1946-1964), giró en torno a la relación antagónica entre dos comunidades o colectividades políticas, el Partido Liberal y el Partido Conservador. Estas se vieron envueltas en una guerra de exterminio que dejó un saldo de más de doscientos mil muertos y una enorme cantidad de mujeres violadas y de niños huérfanos. Como evento crítico², La Violencia se destacó por su magnitud, su cariz fratricida y por la impunidad que rodeó los actos atroces que se cometieron durante esos años. Fue una confrontación entre liberales y conservadores que, aunque permitió que las tierras cambiaran de manos mediante la expulsión de sus aterrorizados dueños, en lo fundamental no alteró la distribución general de la riqueza, ni las estructuras de dominación. Se trató de una guerra irregular que no tuvo caudillos ni ideales y durante la cual se ejecutaron incontables masacres en las áreas rurales.

La Violencia fue la partera de la historia reciente del país y como evento crítico permanece latente en el inconsciente colectivo y alimenta muchas de las manifestaciones culturales de los últimos cincuenta años. Entre 1950 y 1960 se escribieron numerosas novelas sobre el tema, así como relatos y cuentos. En 1980, el escritor Fernando Vallejo realizó en México la película *En la tormenta*, en la cual recreó acontecimientos de La Violencia³. Durante esas décadas, artistas plásticos como Fernando Botero y Alejandro Obregón, entre tantos otros, convirtieron el tema de la violencia en el *leitmotiv*

2 Véase Das, 1995.

3 Véase Wikipedia, s. f.

de sus obras. En el campo de las ciencias sociales se consolidó el grupo de los “violentólogos”, especialistas de varias disciplinas académicas que dedicaron sus energías investigativas e interpretativas al análisis del fenómeno. La Violencia fue, en términos del historiador Marco Palacios, el ámbito propicio para el surgimiento de formas entreveradas de resistencia campesina, de bandolerismo nómada, de negocios lucrativos, de clientelismo y de agrarismo. Sin embargo, su efecto más dramático fue la degradación de los fundamentos morales de la acción política.

Lo que se percibe en el estudio de La Violencia es una traumática imposibilidad, una persistente fisura que no se puede simbolizar y que atraviesa el campo de lo social y de lo simbólico. Como si la relación antagonica entre liberales y conservadores durante La Violencia, y la de paramilitares y guerrilleros a partir de la década de 1980, fuera una relación imposible entre dos términos, cada uno de ellos impidiéndole al otro lograr su identidad consigo mismo. Pécaut se refiere a las fronteras de lo social en Colombia en términos de algo no solo fragmentado y heterogéneo sino precario. Considera que las representaciones de lo social van de la mano con la angustia que suscita la irrupción de un algo externo que no se presta a un proceso de socialización. Ese algo externo es la *violencia*, a la cual Pécaut define como un defecto o exceso consustancial a lo social que priva a ese ámbito de cualquier principio de unidad interna⁴. La Violencia como evento crítico y la violencia como fenómeno consustancial a lo social, son excesos y las masacres, con todos sus contenidos atroces, son síntomas que, de manera paradójica, expresan ese exceso, pero se resisten a la simbolización.

La relación antagonica entre liberales y conservadores

Según el historiador Gonzalo Sánchez, uno de los rasgos que más llaman la atención del caso colombiano son las paradojas y los dilemas con que se ha dado, a lo largo de la historia reciente, la relación entre guerra, nación y democracia⁵. Dicha relación ha girado siempre en torno a la apropiación pacífica o violenta del territorio nacional. Las guerras del siglo XIX fueron el escenario de definición de las relaciones de poder y en ellas lo que estaba en juego eran las jefaturas políticas, las candidaturas presidenciales y el control territorial. No eran la toma del poder o el cambio del sistema lo que inspiraba a los rebeldes sino la posibilidad de participación burocrática y de incorporación al aparato institucional. La impresión que dejan todas estas guerras es la de una inquietante irracionalidad que se puede

4 Pécaut, 1987.

5 Sánchez, 2003.

explicar porque las dos grandes fuerzas políticas, la Liberal y la Conservadora, se comportan como subculturas en la vida cotidiana. Las guerras civiles terminaron en pactos horizontales y solo una de ellas la ganaron los rebeldes. Su final —así como el de La Violencia— se selló en forma ritual con amnistías que pretendían definir el *statu quo* de los rebeldes derrotados; estos, al cabo del tiempo, morirían asesinados. La amnistía, o ley del olvido, ha sido, según Sánchez, un recurso extremo del cual se han valido varios gobiernos cuando las condiciones de polarización han llegado a un punto de “equilibrio catastrófico”, es decir, cuando las élites han sido incapaces de definir la guerra a su favor⁶.

En Colombia, el problema de la cohesión interna del territorio surgió desde los inicios de la República como un problema de la nación. En efecto, a lo largo de su accidentada historia, Colombia no ha logrado incorporar su espacio territorial a una idea de nación y el Estado ha sido incapaz de romper las profundas desigualdades sociales existentes para ser reconocido por el conjunto de la población. La idea de nación que prevaleció desde la Independencia se fue construyendo a partir de los intereses centralistas de las élites bipartidistas que despreciaron e ignoraron gran parte de los componentes culturales, múltiples y diversos, presentes a lo largo y ancho del vasto territorio nacional. Como en otros regímenes democráticos, en Colombia el vínculo entre nación y Estado lo garantizaron los dos partidos políticos tradicionales, los cuales sirvieron de puente entre las instituciones y esa comunidad de afectos llamada nación. Sin embargo, dichas articulaciones siempre estuvieron impregnadas de violencia.

El aparato estatal e institucional en Colombia se construyó de una manera muy desigual y se consolidó en la región andina central y en una porción de la costa y de las llanuras del Caribe. Por fuera, y a la deriva, quedaron una serie de territorios periféricos que fueron colonizados, en oleadas sucesivas, por campesinos desplazados de sus regiones debido a la violencia. Estos territorios quedaron a disposición de la acción contestataria de las poblaciones que habían sido excluidas del proyecto de nación. Hacia 1870, tres cuartas partes del territorio nacional estaban deshabitadas, dando lugar a lo que Palacios denomina un modelo clásico de “tierras sin hombres y hombres sin tierra”⁷. A su vez, las poblaciones que quedaron libres a su propia suerte fueron construyendo en esos espacios selváticos unos modelos sociales y militares alternativos al del Estado “nacional”; los cuales han oscilado entre la resistencia pasiva y la franca contestación y han sido liderados tanto por movimientos sociales marginales, como por grupos guerrilleros de diversa índole.

6 *Ibidem*.

7 Palacios, 1995.

Durante la década de 1940, Colombia era uno de los países más pobres de América Latina y muy aislado internacionalmente. Era un país agrario donde el setenta por ciento de los colombianos vivía en las áreas rurales. La sociedad rural giraba alrededor de las economías domésticas e imperaba una cultura campesina en las veredas y las haciendas. Durante dicha década, el país estuvo centrado en confrontaciones políticas internas que venían en aumento desde la década de 1930. Estas alcanzaron su máxima expresión en 1948 cuando asesinaron en las calles de Bogotá al popular líder del liberalismo Jorge Eliécer Gaitán. Aunque a finales de 1947 las relaciones entre liberales y conservadores eran críticas, fue a partir del asesinato de Gaitán que La Violencia se regó como pólvora por todo el país. La respuesta de los liberales al asesinato del líder se trató de una insurrección de medianas proporciones que contestó de manera violenta el régimen conservador que se encontraba en el poder.

Entre el populismo liberal y el fundamentalismo conservador

En el desencadenamiento de La Violencia a nivel rural jugaron un papel central la beligerancia e intolerancia de las élites políticas y los terratenientes que estaban afiliados a las vertientes extremas de los dos partidos políticos. En efecto, los “gaitanistas”, partidarios del líder liberal asesinado, y los “laureanistas”, conservadores partidarios del presidente Laureano Gómez, fueron los protagonistas centrales de un sectarismo político que no encontró punto de negociación. Estas fracciones extremas protagonizaron la mayoría de los enfrentamientos ocurridos a lo largo de La Violencia. En varios departamentos del país, núcleos de “gaitanistas” sublevados a raíz de la muerte de su líder, encabezaron revueltas populares con tomas efímeras del poder local, constituyéndose en actores fundamentales de La Violencia. A su vez, gamonales y políticos “laureanistas”, aliados con policías que eran afectos al régimen y conocidos como “chulavitas”, contestaron brutalmente a estas revueltas.

Eran días de radio. En efecto, el papel que jugó la radio como medio masivo de comunicación contribuyó a difundir los objetos de la enemistad y a enajenar y escindir aún más a los campesinos liberales y conservadores que vivían a lo largo y ancho del país. Por la radio se transmitieron los discursos tanto de Gaitán como del presidente Gómez de tal manera que estos llegaron hasta los más apartados rincones de la república.

Los discursos de ambos líderes contribuyeron a profundizar la escisión que ya existía entre unas comunidades rurales que vivían en el aislamiento y que derivaban su identidad política de herencias familiares y territoriales.



Imagen 1. Radio

Fuente: Pixabay.

Desde distintas ópticas, tanto Gaitán como Gómez plantearon una distancia infranqueable entre el país político y el país real. Gaitán llamaba país político a la oligarquía y la definía a partir de la concentración del poder que detentaba un pequeño grupo de personas que laboraban para sus propios intereses y a espaldas del resto de la comunidad. Según Pécaut⁸, la *oligarquía* no implicaba para Gaitán una representación de clase pues con ese término se estaba refiriendo, más bien, a la concentración de la riqueza y del poder político. Designaba, eso sí, a un poder que se había vuelto ajeno para una sociedad a la cual controlaba por completo. El otro país era para Gaitán el país nacional, el del pueblo, del cual él se sentía parte. No en vano afirmaba “yo no soy un hombre, soy un pueblo”. El país nacional sí pensaba en la agricultura, la salud, el trabajo, la organización y la dignidad humana. A diferencia de Gómez, Gaitán no alentaba la división entre liberales y conservadores sino el fraccionamiento entre el país político y el país nacional. Se valía continuamente de metáforas que aludían a la polarización de la sociedad en términos de opuestos irreconciliables. Ilustraba la polarización con ejemplos tomados de las ciencias naturales. Decía, por ejemplo, que la existencia de las fuerzas contrapuestas de los partidos obedecía a un proceso de razón y de lógica social tan profundo como la existencia de las fuerzas negativas y positivas en la electricidad.

8 Pécaut, 1987.

Dicha polarización era tan necesaria para la existencia equilibrada de los pueblos, como era honda y valedera la razón de las fuerzas encontradas del amor y del odio en el gran drama de la psicología afectiva de los hombres. Ambos líderes aludían a la presencia subrepticia de un antagonismo social radical y ambos se referían al enfrentamiento entre los dos partidos como algo natural a la sociedad, como la oposición amigo-enemigo. Convertir la relación amigo-enemigo en el fundamento de la política crea, según Pécaut, las condiciones para que la misma relación invada lo social y circule en dicho ámbito sin mayores obstáculos⁹, como de hecho lo hizo durante La Violencia.

Sin embargo, quien realmente planteó las relaciones entre liberales y conservadores en términos de antagonismo puro fue el presidente conservador Laureano Gómez. Para él, las dos colectividades políticas eran diferentes y antagónicas. Consideraba como un hecho que debía reconocerse con franqueza que la principal y casi exclusiva causa de división política entre los colombianos era la cuestión religiosa. Su visión de la política era muy cercana a la ortodoxia religiosa. Según él, las tendencias conciliadoras eran fruto del cansancio y del escepticismo de espíritus poco observadores. Cualquier alianza entre liberales y conservadores era, a sus ojos, una empresa imposible. Pécaut considera que cualquier alianza entre liberales y conservadores iba en contra de la imposibilidad planteada por Laureano Gómez de separar la violencia fundadora de la inscripción política, ya que la primera era anterior al reconocimiento de las referencias simbólicas de lo político. La adscripción conservadora se anunciaba simultáneamente como inminencia de la barbarie y como defensa contra la barbarie, introduciendo en lo social un principio de separación que, por ser absoluto, era de hecho no social¹⁰.

Laureano Gómez consideraba que los liberales pertenecían no a un partido político sino a una masa amorfa, informe y contradictoria que él mismo describió valiéndose de la figura del basilisco. Dicha metáfora fue publicada por el periódico *El Siglo* el 27 de junio de 1949 en los siguientes términos:

En la contemplación del panorama político se encuentra el país absolutamente dividido en dos bloques. De un lado se halla el Partido Conservador que se singulariza en el continente entre todos los partidos porque ha logrado la obra insigne de eliminar de sus estímulos el caudillismo y el personalismo. El Partido Conservador colombiano tiene un programa y una doctrina, defiende unos principios. Bajo la doctrina conservadora, de una frontera hasta otra, todo colombiano sabe por qué es colombiano, profesa idénticas ideas, sirve los mismos principios.

9 *Ibidem*.

10 *Ibidem*.



Imagen 2. El basilisco

Fuente: Wikimedia Commons.

Frente al Partido Conservador está el Partido Liberal que Gómez compara con la figura del basilisco:

Nuestro basilisco camina con pies de confusión y de inseguridad, con piernas de atropello y de violencia, con un inmenso estómago oligárquico, con pecho de ira, con brazos masónicos y con una pequeña, diminuta cabeza comunista pero que es la cabeza¹¹.

La metáfora del basilisco generó una representación maniquea del campo de lo político que facilitó la construcción de imágenes opuestas de los dos partidos políticos en términos de comunidades antagónicas e irreconciliables. Dicha representación no pasó desapercibida, ya que algunos de los campesinos entrevistados se refirieron a ella. Cuentan estos que escuchaban de manera ferviente los programas de radio en los cuales los líderes se dirigían a sus copartidarios mediante discursos incendiarios. Miles de familias colombianas seguían tales programas al pie de la letra, contribuyendo a impregnar de odios políticos los espacios de sociabilidad campesina.

11 El Siglo, 27 de junio de 1949.

En las zonas rurales las comunidades campesinas estaban adscritas a los partidos políticos tradicionales y se identificaban con estos. Eran identidades que funcionaban como cajas de resonancia que hacían eco a los discursos de los líderes.

PRÁCTICAS ATROCES DURANTE LA VIOLENCIA

El escenario idóneo para observar y analizar lo ocurrido en provincia, con posterioridad al asesinato de Jorge Eliécer Gaitán, es el departamento del Tolima, donde ocurrieron el mayor número de masacres ejecutadas por cuadrillas liberales y conservadoras y por la policía “chulavita”¹².

A medida que se profundiza en los confusos hechos que anteceden las masacres cometidas en épocas de La Violencia —a través de las declaraciones temerosas de los sobrevivientes y testigos, de las innumerables fotografías que reposan en los archivos de los periódicos y revistas de la época, de los anónimos, panfletos y demás documentos anexos a los expedientes judiciales— van tomando forma dos impresiones que son contradictorias. Por un lado, aparece el desencanto cuando se constata que ninguno de los procesados que rinden los testimonios recogidos en los expedientes confiesa haber cometido los crímenes que se le imputan. Por lo tanto, no hay descripciones de las masacres hechas por sus autores pues quienes hablan son los testigos que sobrevivieron a los hechos. Por otro lado, la ausencia de testimonios directos, tanto de víctimas como de perpetradores, se ve compensada por la riqueza de información proporcionada por segundos y terceros, los que vieron con sus propios ojos y los que oyeron contar a los que vieron.

Abordar las masacres de La Violencia como universo de investigación obliga, en primera instancia, a ubicarlas en el espacio y en el tiempo. Para ello, fue indispensable consultar los periódicos locales liberales y conservadores de la época y consultar expedientes judiciales donde están consignados los pormenores de las masacres y las declaraciones de sobrevivientes y testigos. Respecto a la prensa local que relata lo ocurrido en el Tolima entre los años 1948 y 1964, su lectura sistemática deja ver la enorme distancia que existía entre los sucesos nacionales y locales. Por ejemplo, el periódico liberal *Tribuna Gaitanista*¹³ era editado en Ibagué, capital del Tolima, y su director siempre se preocupó por denunciar con nombres propios los atropechos llevados a cabo contra los campesinos liberales entre 1948 y 1957.

12 En este acápite del libro se retoman algunos de los planteamientos esbozados en Uribe, 1990.

13 Los números citados de los periódicos *Tribuna Gaitanista* y *El Cronista* se consultaron en las hemerotecas del Banco de la República, en Ibagué, y en la de la Biblioteca Nacional de Bogotá.

Por ello, su lectura es indispensable para conocer el lado liberal y gaitanista de la confrontación.

La lectura de la prensa local sumerge al lector en un mundo rural, aparentemente quieto, cuya dinámica política está marcada, a nivel departamental, por el cambio de gobernador y su respectivo gabinete; y en el ámbito municipal, por el cambio del alcalde y del comandante de la estación de policía, personajes que, mediante sus políticas y actuaciones, precipitan o desaceleran el ritmo de los acontecimientos. Sin embargo, las entrevistas a los sobrevivientes dejan ver dinámicas diferentes, como el odio, la venganza o el resentimiento, los cuales también inciden en el ritmo de los acontecimientos.

Los expedientes judiciales constituyen las fuentes privilegiadas para el estudio del periodo de La Violencia. Se trata de verdaderas bitácoras donde emergen, a través de sus propias declaraciones, toda clase de individuos ligados de alguna manera con las masacres. Para documentar las masacres ocurridas entre 1948 y 1964 se consultaron cerca de 150 expedientes judiciales de la más variada índole, procesados por el Tribunal Superior de Ibagué: denuncias por robo de ganado y café, denuncias por incendio de propiedades, atracos a mano armada, homicidios múltiples y asociaciones para delinquir.

El valor de dichos expedientes como fuentes escritas radica no solo en la calidad y naturaleza de las declaraciones de los testigos presenciales de los hechos; además de estas, allí se encuentran consignadas las declaraciones de quienes no vieron, pero oyeron contar a los que sí vieron. Estas últimas son, a su vez, muy valiosas, porque se forjaron con una buena dosis de rumor y chisme y estos juegan un papel muy importante en la transmisión oral de los relatos y en la construcción de la memoria colectiva. Los expedientes judiciales constituyen una puesta en conjunto de una serie de testimonios diversos de personas que de forma directa o indirecta tuvieron que ver con los hechos, de allí su nombre de sumarios.

El juez encargado del caso reconstruye los hechos basándose en múltiples y no siempre concordantes versiones imbuidas por la pertenencia política del declarante. Por ejemplo, uno de estos jueces decía lo siguiente: “Los informes de los detectives y policías llegaban impregnados de la política partidista y entraban por referencia de chismes que corrían por las veredas y los campos, decires que recogían”¹⁴.

El manejo que las autoridades hacían de los hechos tampoco era objetivo. El aparte de un expediente de la jefatura de la policía dice lo siguiente:

14 Tomado del Expediente 7078, Juzgado 2.º Superior de Armenia.

Mayo 16 de 1956. En las horas del mediodía fue asaltado el corregimiento de Las Pavas por parte de una cuadrilla compuesta por treinta hombres de filiación liberal (subraya el juzgado), ya que la mayor parte de los muertos son conservadores, además destruyeron a balazos las imágenes religiosas y los cuadros de los caudillos conservadores (subraya el juzgado). Ni uno solo de los testigos dice que en el ataque a Las Pavas se violaran efigies de determinado partido, ni mucho menos que se hubieran destruido retablos de santos o religiosos; además, los muertos eran de ambos bandos¹⁵.

Las consideraciones anteriores permiten diferenciar, al menos, tres niveles diferentes en el universo de datos consignados en los expedientes. El primero está constituido por datos duros como el número de muertos, la fecha y el lugar de los acontecimientos, el tipo de muerte infringida que aportan los médicos legistas y los cortes practicados a los cuerpos; estos últimos consignados en las necropsias anexas a los expedientes. Dichos datos los proveen personas que no están involucradas de manera directa en los hechos como periodistas, jueces y funcionarios de Medicina Legal. Un segundo nivel guarda estrecha relación con la realidad vivida por los protagonistas. Información como el nombre propio y la filiación política de los autores de las masacres y de las víctimas se ubica en este ámbito. Tal orden de significados es el que proveen los sujetos involucrados de forma directa en las masacres. Existe un tercer nivel, imperceptible en las declaraciones consignadas en los expedientes, pero perceptible en las entrevistas con sobrevivientes, que tiene que ver con las motivaciones profundas de todos aquellos implicados en los hechos. Se trata de un sustrato que hace referencia al ser y el estar del hombre en la cultura¹⁶.

La policía “chulavita”

A raíz del asesinato de Gaitán, la policía de Bogotá se sublevó y se sumó a los revoltosos, lo que llevó al Gobierno del presidente Ospina Pérez a reclutar en regiones del norte de Boyacá, fieles al Partido Conservador, contingentes de policías conocidos como “chulavitas” por su procedencia de municipios como La Uvita y Boavita. A estos policías se les desplazó desde la capital hacia varios departamentos como el Valle del Cauca y Tolima, por tratarse de zonas donde el gaitanismo era muy fuerte. El enlace entre estos policías, desconocedores de las regiones donde operarían y de sus gentes, fueron los caciques conservadores locales y algunos terratenientes.

15 *Ibidem*.

16 Las entrevistas para la investigación sobre las masacres de La Violencia se hicieron con tres campesinos (dos hombres y una mujer) originarios de diferentes veredas tolimenses. Se trata de entrevistas en profundidad cuyos autores aparecen citados con seudónimos.

Los “chulavitas”¹⁷ se dedicaron a hostigar a los liberales llevando a cabo varias matanzas colectivas que revistieron una enorme crueldad, y dieron origen a una serie de cortes del cuerpo humano, a los cuales me referiré en la segunda parte del texto; estos los replicaron y adoptaron posteriormente las cuadrillas de bandoleros liberales y conservadoras.

Dentro de las tácticas utilizadas por los “chulavitas” para aterrorizar y exterminar a los campesinos liberales estuvieron las masacres, el chantaje, las aplanchadas (golpes con la parte plana del machete), el robo de café y ganado, el incendio de casas y de cosechas y los mensajes anónimos amenazantes:

De repente, llegó un cambio en la estación de policía y arrancaron a hacer comisiones en las veredas y a golpear y asesinar, y ¿qué es lo que pasa? Nos preguntamos. Entonces decían: pues que hay que sacar el *carner* conservador para defender la vida. En las próximas elecciones hay que votar por Laureano. Y para qué vamos a mentir, que si hubo liberales que se voltearon porque la situación era jodida. Por ejemplo, llegaba un grupo de “chulavos” de relevo y, como siempre pasa en los pueblos, todo el mundo a ver cómo es el nuevo comandante y cómo es que se portan los nuevos policías. Pero era que no daban tiempo de nada porque llegaban, hacían dos o tres fechorías por la noche y de día le hacían saber a la gente en los corrillos que la única manera de salvar la vida era sacar el *carner* conservador y votar en las próximas elecciones por Laureano. Y al otro día se iban para otro lado porque llegaban otros “chulavos” nuevos¹⁸.

Cuando Gaitán murió en abril de 1948, Gonzalo París Lozano era gobernador del departamento del Tolima, un liberal, mas no gaitanista. En Ibagué, la capital departamental, los partidarios de Gaitán eran azuzados por las consignas incendiarias de las emisoras bogotanas, provisionalmente en manos de grupos de amotinados del 9 de abril, conocidos como “nueveabrileros”, y una de las cuales culpaba directamente del asesinato del líder a un policía¹⁹. En Ibagué saquearon almacenes, quemaron las oficinas del diario conservador *El Derecho* y destruyeron muebles y archivos de las casas de notables conservadores. Asaltaron el panóptico y los presos liberados se sumaron a la asonada y al pillaje. Numerosos ciudadanos conservadores, afectados por los atropellos de los liberales amotinados, entablaron demandas contra el gobernador París Lozano, a quien culpaban de “denegación de justicia y autoridad”²⁰.

17 El nombre “chulavita” inicialmente hizo referencia a los policías del norte de Boyacá. Sin embargo, con el tiempo el nombre se volvió genérico y lo utilizaron los liberales para referirse a los policías que actuaban de manera violenta en contra de liberales y comunistas. Popularmente se les llamaba “chulavos”.

18 Declaración de Salustiano Gómez en Fajardo, 1979, p. 121.

19 Alape, 1983, p. 43.

20 Tomado del expediente con Radicado 4467, Folio 554, Tribunal Superior de Ibagué.

Un agente de policía de la División Tolima, de ocupación sastre y primo de la señora del denunciante, rindió declaratoria acerca de los destrozos ocasionados el 9 de abril por los liberales amotinados en casa de un notable conservador. Afirmaba haber dejado en casa del mencionado ciudadano una maleta con las siguientes pertenencias:

Cuatro vestidos de paño, dos vestidos de dril, tres pantalones de dril, cuatro camisas blancas, dos camisas de color, media docena de medias de hilo, ocho pañuelos blancos, un pantalón de paño, un sobretodo, dos pares de zapatos, un par de botas, media docena de corbatas, una manta gris, tres juegos de ropa interior [...]²¹.

No solo la capital fue escenario de enfrentamientos entre gaitanistas y agentes gubernamentales. En Armero, municipio de mayorías liberales, la multitud enardecida golpeó al cura párroco y posteriormente lo asesinó a machetazos. En el expediente que recopila las declaraciones de implicados y testigos, uno de estos afirma:

Luego de haber recibido la noticia de la muerte del doctor Gaitán, estalló como modo de una revolución; las gentes confundidas de esta localidad se organizaron en grupos, recorriendo las calles, dando vivas al doctor Gaitán, al Partido Liberal, abajo a los conservadores y a la policía, por haber oído por la radio que quien había dado muerte al doctor Gaitán era un agente de policía²².

En el resto del departamento inició una persecución policial contra ciudadanos y comerciantes liberales, y contra los autores de los desmanes. Esta reacción tuvo las características de una guerra de exterminio. El 7 de agosto de 1950 tomó posesión de la Presidencia de la República Laureano Gómez, elegido ante la total abstención del Partido Liberal en las elecciones. Gómez nombró como gobernador del Tolima a un conservador, Octavio Laserna. Durante ese año, las élites liberales capitalinas decretaron la resistencia civil, la que fue acogida por la población rural dando origen a una serie de movimientos campesinos de autodefensa, conformados por familias perseguidas que huyeron a lugares de difícil acceso.

Las masacres en el Tolima durante La Violencia²³

A comienzos del año 1949, el departamento del Tolima ocupaba el décimo lugar entre los más violentos del país²⁴, esto cambió rápidamente en los

21 *Ibidem*.

22 Sumario 207, Tribunal Superior de Ibagué.

23 En este aparte se recogen los datos sobre las masacres en el Tolima durante La Violencia que fueron publicados en Uribe, 1990.

24 Citado por Henderson, 1985, p. 161.

años subsiguientes hasta llegar a ocupar el primer puesto. Las masacres de civiles se sistematizaron en el departamento a partir de 1949 y ocurrieron de manera ininterrumpida hasta 1964. El paisaje donde se llevaron a cabo la mayoría de las masacres está constituido por los municipios cafeteros del noroccidente del Tolima, ubicado sobre la banda occidental del río Magdalena, principal arteria fluvial del departamento. Esta región montañosa guarda una estrecha relación con el oriente del departamento del Quindío, donde hubo numerosas matanzas colectivas, intensificadas a partir de 1957, y algunos de cuyos autores fueron tolimenses.

Durante su desarrollo histórico, el número y la intensidad de las masacres creció y decreció, al comienzo estuvieron determinadas fundamentalmente por acontecimientos nacionales, posteriormente, municipales pero, sobre todo, veredales. La vereda es el microuniverso que nos permite no solo entender los móviles que motivan las masacres, sino la red de alianzas, odios partidistas y cadenas de venganzas familiares y personales que las explican. El enfrentamiento entre liberales y conservadores en el Tolima fue la causa principal de las masacres que se llevaron a cabo entre 1949 y 1964. Sin embargo, se registran varias masacres ejecutadas por liberales donde los muertos son liberales. Lo mismo ocurre con algunas llevadas a cabo por conservadores. En otros casos, la filiación política de las víctimas no les interesa a los perpetradores.

La base de datos conformada durante la investigación está integrada por 236 masacres, muchas de las cuales carecen de datos cuantitativos, de ubicación espacial precisa y se desconoce la filiación política de sus autores y las circunstancias en que ocurrieron. El punto de partida para conformarla fueron los datos consignados en el libro *La Violencia en Colombia*²⁵, los cuales se complementaron con información procedente de la prensa local liberal y conservadora y de expedientes judiciales. Las masacres se dieron, en su mayoría, en la zona cafetera tolimense y las más tempranas y numerosas las perpetraron los “chulavitas” durante los gobiernos conservadores de Ospina Pérez, Laureano Gómez y Roberto Urdaneta entre 1948 y 1958.

En el municipio de ALVARADO operó una cuadrilla liderada por un ex-alcalde de Venadillo, integrada por policías y civiles y dedicada a matar liberales en los municipios de Alvarado y Venadillo. En este municipio, de mayorías liberales, se registran nueve masacres ejecutadas entre 1950 y 1963. Dos de estas las ejecutaron policías “chulavitas” y conservadores; la del corregimiento de Veracruz ocurrió el 17 de marzo de 1957 con un saldo de 22 muertos²⁶, y la masacre del Cruce de Los Guayabos, ejecutada

25 Guzmán, Fals y Umaña, 1980.

26 *Tribuna Gaitanista*, 17 de abril de 1957.

también por policías y conservadores el 4 de mayo de 1958, tuvo un saldo de 27 muertos²⁷. El municipio fue zona de operaciones de la cuadrilla del bandolero liberal Jacinto Cruz Usma, alias “Sangrenegra” y allí también operaron “Sapa Vieja”, “Copo” y “Avenegra”. Entre los cortes practicados a los cuerpos se mencionan el descuartizamiento y la decapitación, así como el empleo de listas con los nombres de las víctimas, proporcionadas por un informante.

En el municipio de ANZOÁTEGUI se cometieron 11 masacres entre 1949 y 1963. Entre ellas cabe destacar dos, la de la vereda Santa Bárbara, llevada a cabo por policías “chulavitas” y conservadores el 4 de diciembre de 1949 con un saldo de 34 muertos²⁸, y la masacre de El Placer, ejecutada el 21 de diciembre de 1959 en la vereda Papayal por la cuadrilla conservadora liderada por alias el “Cabo Yate”, con un saldo de 36 muertos²⁹. En el municipio de Anzoátegui los agentes del Gobierno conservador asediaban a los dueños de pequeñas fincas, quemando sus cosechas, robando el ganado y corriendo las cercas con el fin de expulsarlos de la zona.

En el municipio de CAJAMARCA se registran 26 masacres, la mayoría de ellas ejecutadas por cuadrillas liberales entre 1955 y 1963. Este fue un municipio de predominio liberal donde proliferaron cuadrillas de la misma filiación. Tres de estas masacres las perpetró el conocido bandolero liberal Teófilo Rojas, alias “Chispas”: la masacre de Altamira (agosto de 1956, 18 muertos)³⁰, la de Los Pajaritos (17 de julio de 1957, 16 muertos)³¹ y la masacre de Anaimé (25 de marzo de 1959, 10 muertos). Otras ejecuciones fueron perpetradas por alias “Mariposo”, alias “Rasguño” y alias “Póker”³².

El municipio de CASABIANCA fue fundado por antioqueños en 1860. Entre 1930 y 1946 tenía una distribución electoral donde había un 80 % de conservadores. Durante La Violencia se registran cuatro masacres perpetradas por pequeñas cuadrillas conservadoras en esta área entre 1951 y 1959^[33].

El municipio de CHAPARRAL, de mayorías liberales, fue la zona de operaciones de algunas de las guerrillas liberales del sur del Tolima, como

27 Esta masacre no está documentada por ningún medio. De ella se habla en la región por lo cual es posible que haga parte de esos relatos que circulan de boca en boca y que son difíciles de ubicar.

28 *Tribuna Gaitanista*, 25 de noviembre de 1959. Masacre de Santa Bárbara, cometida el 4 de diciembre de 1949. Esta masacre, como la mayoría de las ejecutadas entre 1948 y 1953 por los “chulavitas”, son difíciles de documentar debido a la ausencia o precariedad de información en la prensa local.

29 *Tribuna Gaitanista*, 21 de diciembre de 1959.

30 Guzmán, Fals y Umaña, 1980, vol. 2, p. 342.

31 *Tribuna Gaitanista*, 17 de julio de 1957.

32 *El Cronista*, 14 de marzo de 1963; *El Cronista*, 3 de octubre de 1963; *El Cronista*, 6 de noviembre de 1963.

33 Estas fueron mencionadas por Guzmán, Fals y Umaña, 1980, vol. 2, p. 314.

la de Luis Efraín Valencia, Serafín Rodríguez y Hermógenes Vargas, así como del comando comunista de José A. Castañeda, alias “Richard”, razón por la cual fue duramente castigado por los conservadores y “chulavitas”. En su territorio se registran 17 masacres, tres de las cuales revisten grandes proporciones y las perpetraron policías y conservadores; estas son: la masacre del Llano de Cuira, ejecutada el 16 de enero de 1953, con un saldo de 48 muertos³⁴; la masacre del río Tetuán, llevada a cabo el 25 de marzo de 1957, con un saldo de 100 muertos³⁵; y la de Guadualejo del 23 de agosto de 1957, con un saldo de 33 muertos³⁶. Estas masacres se caracterizan por la enorme crueldad de sus procedimientos; entre los cortes se mencionan la decapitación, el ensartar cabezas en estacas y levantarlas para aterrorizar a la población, la extracción de los ojos y la lengua y la incineración.

Las masacres ejecutadas por conservadores en el municipio de COYAIMA fueron la de Guamitos, del 13 de noviembre de 1957, con un saldo de 10 muertos³⁷; y la de Guaguarco, ejecutada el 10 de septiembre de 1958 por la cuadrilla liderada por alias “El Flaco”, con un saldo de 24 muertos³⁸. Esta fue zona de operaciones del bandolero conservador Teodoro Tacumá.

En el municipio de CUNDAY, de mayorías liberales y gaitanistas, se registran tres masacres. Allí se llevó a cabo la gran masacre de San Pablo, ejecutada por el Ejército entre las ocho y las nueve de la mañana, el 15 de febrero de 1953 con un saldo de 152 muertos³⁹. Los procedimientos empleados en esa ocasión se asemejan mucho a los que utilizaron posteriormente los paramilitares: congregar a las personas en la plaza del pueblo, separar a los hombres de las mujeres y los niños, y enviar a estos últimos a encerrarse en sus casas mientras tienen lugar los hechos de sangre. Todo ello estuvo acompañado por robo y saqueo de las pertenencias de los campesinos. Como diría un campesino conservador que fue testigo de la masacre “con ese asesinato en masa, esto se dañó del todo”. Con sus métodos bárbaros y siniestros, los agentes del Estado implementaron una ruptura real y simbólica tanto del tejido social como del cuerpo humano.

En el municipio de DOLORES se registran tres masacres llevadas a cabo por policías “chulavitas” y la cuadrilla conservadora de “Los Patriotas” en la vereda Ambicá⁴⁰.

34 *Tribuna Gaitanista*, 10 de octubre de 1957.

35 *Tribuna Gaitanista*, 25 de marzo de 1956.

36 *Tribuna Gaitanista*, 23 de agosto de 1957.

37 *Tribuna Gaitanista*, 13 de noviembre de 1957.

38 *Tribuna Gaitanista*, 10 de septiembre de 1958.

39 Guzmán, Fals y Umaña, 1980, vol. 1, p. 236; Henderson, 1985, p. 25.

40 Guzmán, Fals y Umaña, 1980, vol. 1, pp. 61 y 164 y vol. 2, p. 315; *Tribuna*, 20 de agosto de 1954.

En el pequeño municipio de FALAN, de mayorías liberales, se detallan siete masacres. La más grande fue la del Topacio, ejecutada por los “chulavitas” contra campesinos liberales el 24 de mayo de 1952, dejando un número aproximado de 80 muertos⁴¹. Cuentan algunos sobrevivientes que a los campesinos los amarraron por el cuello y los asesinaron a machete, posteriormente, incineraron sus cuerpos; a los niños los arrojaron a la caldera del trapiche⁴².

El municipio de FRESNO fue fundado en 1856 y poblado por caldenses. Su distribución electoral fue paritaria entre liberales y conservadores. Allí se registran cuatro masacres, mal documentadas, todas ellas llevadas a cabo en el año 1959⁴³.

El municipio de IBAGUÉ fue la zona de operaciones de la cuadrilla del bandolero liberal Teófilo Rojas, alias “Chispas”. Se registran 15 masacres ejecutadas por cuadrillas liberales lideradas por “Chispas”, “Desquite” y “Póker”, entre 1957 y 1962. En casi todas las masacres amarraron a las víctimas; se mencionan las decapitaciones, violaciones, así como incineración de los cuerpos. Las de mayores dimensiones fueron dos, ejecutadas por “Chispas”: la masacre de San Juan de la China, llevada a cabo en diciembre de 1956 con un saldo de 30 muertos⁴⁴; y la de Los Cauchos, del 23 de junio de 1958, en la que asesinaron a 20 personas⁴⁵.

El municipio del LÍBANO, de mayorías liberales y con un alto índice de gaitanistas, fue fundado por antioqueños en 1860. Es el municipio del Tolima que presenta los más altos índices de asesinatos, masacres y hechos violentos durante La Violencia. Allí se registran 35 masacres ejecutadas entre 1951 y 1963, casi todas ellas mencionadas por Guzmán, Fals y Umaña en el libro *La Violencia en Colombia* (1980), las cuales no cuentan con referencias, autores ni número de muertos. Los relatos de los habitantes de la zona hablan de una gran masacre cometida por el Ejército en marzo de 1952 en la vereda Alto del Toro, a la que se denomina masacre de Portugal, la cual fue imposible de documentar. La mayoría de las ejecuciones tuvieron como escenario las veredas de Murillo, San Fernando, El Conventio, La Linda y Santa Teresa; y las perpetraron bandoleros liberales como “Desquite”, “Gavilán”, “Sangrenegra”, “Pedro Brincos” y “Tarzán”. Entre los procedimientos empleados se mencionan las decapitaciones, violaciones y el robo de ganado.

41 Guzmán, Fals y Umaña, 1980, vol. 1, p. 164. *Tribuna Gaitanista*, 30 de septiembre de 1958.

42 *Ibidem*.

43 *Tribuna Gaitanista*, 2 de junio de 1959; *Tribuna Gaitanista*, 28 de diciembre de 1959.

44 Guzmán, Fals y Umaña, 1980, vol. 2, p. 342.

45 *Tribuna Gaitanista*, 23 de junio de 1958; Guzmán, Fals y Umaña, 1980, vol. 2, p. 343.

En el municipio de MARIQUITA se registran tres masacres llevadas a cabo por cuadrillas liberales. Se destacan las incursiones violentas y el boleteo contra los hacendados por parte de las cuadrillas de “Sangrenegra” y “Desquite”.

En el municipio de NATAGAIMA se registran 11 masacres, algunas de las cuales las llevó a cabo la cuadrilla del bandolero conservador Teodoro Tacumá, entre 1953 y 1958. La más grande fue la de Tamirco, ejecutada el 10 de junio de 1958, con un saldo de 38 muertos⁴⁶. Se mencionan la incineración de ranchos y cadáveres, el corte de franela, la decapitación, la violación, el saqueo y el robo de ganado.

En el municipio de RONCESVALLES, dominado por liberales, se registran 15 masacres, la mayoría carecen de datos con respecto al número de muertos, filiación política de los perpetradores, año y lugar de las masacres. Estas las mencionaron Guzmán, Fals y Umaña en su libro *La Violencia en Colombia* (1980). En los expedientes se destacan el corte de franela, el robo y la violación como prácticas recurrentes en el lugar.

En el municipio de ROVIRA, de mayorías liberales, se documentan 29 masacres, ejecutadas principalmente por Teófilo Rojas, alias “Chispas”, oriundo de la zona. En este municipio tuvieron asiento las guerrillas liberales del sur del Tolima comandadas por Tiberio Borja y David Cantillo, quienes se amnistiaron durante el gobierno de Rojas Pinilla. También se registra la presencia de grupos como los “Patriotas” y “Contrachusmeros”, cuadrillas conformadas por laureanistas. En 1950 los “chulavitas” llevaron a cabo la primera masacre en la vereda Guadualito, con un saldo de 27 liberales muertos⁴⁷. Luego, alias “Chispas” ejecutó varias masacres en las cuales asesinó conservadores en Guadualito y en otras veredas del municipio como Los Andes, La Luisa y El Corazón. Los asesinatos comenzaron en 1950 y se prolongaron hasta 1963; casi todas aparecen mencionadas en el libro *La Violencia en Colombia* de Guzmán, Fals y Umaña (1980), sin datos confiables.

En el municipio de SANTA ISABEL, de mayorías conservadoras, se registran nueve masacres, ejecutadas entre 1956 y 1963. La oleada de violencia inició con el sacrificio colectivo de ochenta y dos varones, una mujer y cuatro menores, una masacre mencionada también por Guzmán, Fals y Umaña, que no fue posible documentar porque no aparece en ningún medio escrito, ni fue referenciada en la prensa⁴⁸. Además, se registra la masacre de Totarito, llevada a cabo por alias “Desquite” el 22 de septiembre de 1963, en la cual asesinaron a 28 personas⁴⁹.

46 Guzmán, Fals y Umaña, 1980, vol. 2, p. 315.

47 Esta masacre fue mencionada en Guzmán, Fals y Umaña, 1980, vol. 1, p. 59.

48 Guzmán, Fals y Umaña, 1980, vol. 1, p. 161.

49 *El Cronista*, 22 de septiembre de 1963; Téllez, 1987.

En el municipio de VENADILLO, de mayorías liberales, se perpetraron ocho masacres entre 1957 y 1962. La mayor de estas fue la de Malabar, ejecutada por alias el “Cabo Yate” con un saldo de 21 muertos⁵⁰. Los autores de las demás masacres fueron bandoleros liberales como los alias “Almanegra”, “Sangrenegra”, “Desquite” y “Manonegra”⁵¹.

Por último, en el municipio de VILLAHERMOSA se registran ocho masacres cuyos autores se desconocen, lo mismo que su filiación política y el número de muertos. Entre estas se destacan dos por sus dimensiones: la masacre del Platanillal, llevada a cabo en 1956, la cual dejó un saldo de 65 muertos⁵²; y la de La Esmeralda, ejecutada el 17 de febrero de 1957, con un saldo de 41 muertos. Entre los cortes se menciona la decapitación con hacha⁵³.

Lo que se puede deducir al estudiar la base de datos de las masacres ocurridas en el Tolima durante La Violencia es la contundencia física y simbólica que tuvieron las ejecutadas por agentes armados del Estado, que actuaban en nombre de la ley. Es posible hablar de la existencia de un patrón general de violencia conformado por la violencia estatal de los gobiernos conservadores anteriores al Frente Nacional y, por las réplicas retaliatorias ejecutadas por bandoleros vengadores como “Chispas”, “Sangrenegra” y otros más. Los gobiernos conservadores buscaron castigar y disuadir a las comunidades y veredas donde había liberales y gaitanistas dolidos con el asesinato de Gaitán. Las masacres “chulavitas” no están documentadas porque las ejecutaron policías, en alianza con caciques y gamonales conservadores locales, en veredas apartadas e in-comunicadas. Con su proceder violento, los agentes armados del Estado pusieron en escena una serie de prácticas atroces como la decapitación, el corte de franela y otros más que posteriormente replicaron bandoleros tanto liberales como conservadores; estas prácticas se estudiarán en la tercera parte del texto.

En efecto, como respuesta a la violencia de la que fueron objeto siendo jóvenes, los bandoleros liberales se valieron de un mecanismo que propició el desbordamiento de su propia violencia, aplicando el “ojo por ojo y diente por diente” o ley del talión. Respondieron a la agresión con las mismas armas empleadas por sus agresores, es decir con masacres, mutilaciones en el cuerpo de sus enemigos y quema de sus propiedades. En síntesis, aplicaron una ley equivalente de exterminio.

50 *Tribuna Gaitanista*, 23 de septiembre de 1959.

51 *Tribuna Gaitanista*, 18 de marzo de 1961; Téllez, 1987, p. 154; *El Cronista*, 6 de junio de 1963; Guzmán, Fals y Umaña, 1980, vol. 2, p. 341; Radicado 522, Folio 348, Tomo 16, Tribunal Superior de Ibagué.

52 Mencionada por Guzmán, Fals y Umaña, 1980, vol. 1, p. 237.

53 *Tribuna Gaitanista*, 10 de junio de 1960.

Las masacres ejecutadas por la fuerza pública fueron tan devastadoras que muy pocas personas hablan de ellas, y los que dicen algo lo hacen porque oyeron contar a los que sí las vivieron. Unos y otros relatan por menores que con el tiempo han adquirido contornos ficcionales. No por ello hay que negarse a considerarlas como eventos históricos, aunque se trate de acontecimientos que se conservan encriptados en las memorias de la gente.

LA CULTURA POLÍTICA CAMPESINA

El sociólogo alemán Georg Simmel decía que la observación de determinadas antipatías, pugnas e intrigas podría llevarnos a creer que la enemistad es una de aquellas energías humanas primarias que no se desencadena a partir de la realidad exterior de sus objetos, sino que, por el contrario, crea sus propios objetos. Los mayores antagonismos surgen entre quienes se conocen y comparten rasgos culturales y no entre personas extrañas entre sí. Quienes tienen muchas cosas en común se hacen más daño que aquellos que son extraños, y esto sucede porque algunas veces las coincidencias existentes entre ellos se convierten en sobreentendidos. La relación recíproca entre las partes no está determinada por los rasgos comunes sino por las diferencias momentáneas. Habiendo entre ellas pocas diferencias, el menor antagonismo adquiere una importancia mucho mayor que entre extraños, mientras que estos (los extraños) son percibidos como poseedores de todas las diferencias posibles⁵⁴. Como podrá verse más adelante, la descripción que hace Simmel se ajusta al tipo de relación existente entre los campesinos liberales y conservadores durante La Violencia. En dicha relación pesaban más los rumores, las antipatías, las pugnas y las intrigas, es decir, las diferencias momentáneas, que la familiaridad y la comunidad de ciertos rasgos culturales de identidad.

En una línea análoga a la de Simmel, pero centrándose en la figura del *extraño*, Zygmunt Bauman describe a este último como aquel que se rebela contra el antagonismo que separa a los amigos de los enemigos, sin llegar a ser nunca ni lo uno ni lo otro, pero con la posibilidad de ser cualquiera de los dos. El *extraño* es el arquetipo de lo indecible, de lo indeterminado, es quien pone en evidencia la fragilidad de las oposiciones, trayendo adentro lo que es de afuera y sembrando el desorden. El *extraño* está físicamente cerca, pero permanece espiritualmente distante, ambigüedad que le permite introducir en los círculos de proximidad un sentido de alteridad que solo resulta tolerable siempre y cuando se lo mantenga a cierta distancia.

54 Véase Simmel, 1986.

Es esa capacidad de introducir adentro lo que está afuera, la que lo convierte en un agente desorganizador⁵⁵.

La figura del *extraño*, tal y como la define Bauman, resulta extrañamente familiar en un contexto como el de La Violencia en Colombia. Y no precisamente para ilustrar el abismo que separaba a los liberales y los conservadores que se aniquilaban al calor de las consignas partidistas. La figura del *extraño* estaba encarnada en los “sapos”, individuos del género masculino que aprovechaban el fragor de los enfrentamientos intrapartidistas para delatar a miembros de su propia colectividad política. Los integrantes de la comunidad que iba a ser delatada por el “sapo” conocían a este individuo, por ello, nunca tomaban las precauciones necesarias. Quienes se valían de sus servicios lo hacían porque los miembros del partido opositor eran para estos unos extraños a los cuales se les podía infringir el máximo daño posible. El “sapo” es una síntesis incongruente entre cercanía y distancia. Se trata de un agente con una gran capacidad de contaminar ya que su sola presencia transforma a vecinos en extraños. Extraños también eran los sujetos políticamente *ambiguos*, aquellos que estaban al servicio de liberales y conservadores por igual. Entre estos se encontraban los llamados “recalzados” y los “volteados”, sujetos que terminaban siendo asesinados por haber traicionado a los dos bandos. Los *ambiguos* cambiaban de filiación política inducidos por presión, por coacción o por conveniencia.

Antes de la implantación del capitalismo agrario y del auge de la urbanización, en las áreas rurales colombianas el sentido de pertenencia partidista que tenían los campesinos puede entenderse a la luz de dos conceptos. El primero de ellos es el de *aislamiento social*, al que hace alusión la antropóloga Rosemary Harris en sus estudios sobre Irlanda del Norte⁵⁶. A la manera de algunas sociedades cuyos diferentes grupos mantienen relaciones cercanas, pero permanecen esencialmente separados, la polarización entre liberales y conservadores recuerda situaciones muy similares a las que describe Harris en su estudio sobre comunidades rurales en Irlanda del Norte. Allí, católicos y protestantes interactúan y mantienen relaciones cercanas, pero permanecen extraños entre sí. Harris analiza la aparente paradoja que representa dicha situación y la considera como un caso de aislamiento social. En efecto, católicos y protestantes irlandeses tienen en común gran cantidad de rasgos culturales, pero aquellos que no comparten son los responsables de las divisiones en la sociedad: las escuelas, los barrios, los juegos, ciertos espacios de sociabilidad y, sobre todo, los credos religiosos. En Colombia, la situación ha sido aún más paradójica y dramática que la de Irlanda del Norte, pues los cerca de doscientos mil

55 Véase Bauman, 1990; Bauman y Tester, 2001.

56 Harris, 1972.

muerdos que dejó La Violencia de mediados del siglo xx fueron en su inmensa mayoría habitantes pobres de las zonas rurales, católicos que iban a las mismas escuelas, frecuentaban los mismos espacios de sociabilidad y reconocían la misma bandera y, lo más importante, pertenecían al mismo estrato social. Entonces, ¿qué los separaba y los convertía en extraños?

El otro concepto es el de *subcultura*, propuesto por Pécaut, quien considera que los partidos políticos colombianos son *subculturas* que generan concepciones incompatibles del orden social, fundadas sobre memorias familiares y locales que hunden sus raíces en las guerras civiles del siglo xix. Estas dos *subculturas* están basadas, la conservadora, sobre principios trascendentes donde lo político y lo religioso se funden; y la liberal, en la voluntad popular. Según Pécaut decir que en Colombia lo político está constituido como *subcultura* equivale a admitir que la división tiende a ser insuperable y que es difícil hacerla pasar por el tamiz institucional⁵⁷.

Durante La Violencia las comunidades de liberales y conservadores parecen haber sido antagónicas pero complementarias. Entre los muchos elementos que compartieron estaba la religión católica como sistema de creencias y de ritos. Y no solo eso, las comunidades se encontraban unidas por la institución social del compadrazgo que instauraba la reciprocidad entre ellas. Sus miembros visitaban los mismos espacios de sociabilidad, tanto masculinos como femeninos, y eran frecuentes los matrimonios entre integrantes de ambas comunidades. Aquello que los separaba de manera irremediable era la adscripción a los dos partidos políticos. Según se deduce de lo anterior, el bipartidismo y el aislamiento tuvieron gran incidencia sobre la cultura campesina y los comportamientos de sus miembros y ambos sistemas estuvieron impregnados por códigos violentos.

Durante las décadas de 1950 y 1960 el mundo rural en Colombia se asomaba tímidamente a los avances de la modernización, las comunicaciones entre la capital de la república y los diferentes departamentos eran muy precarias, geográficamente accidentadas y, en algunos casos, inexistentes. Lo característico eran los caminos sin pavimentar y los senderos para mulas y caballos. En las áreas rurales los espacios de sociabilidad eran pocos y los campesinos los frecuentaban los domingos y días de fiesta cuando se trasladaban a los pueblos a vender sus productos y a hacer mercado. En efecto, durante los fines de semana los campesinos dejaban sus viviendas aisladas para desplazarse hasta las cabeceras municipales y pueblos cercanos, con el objeto de comprar y vender los productos agrícolas. Entre semana, en cambio, las mujeres se dedicaban a los trabajos domésticos mientras los hombres se encargaban de las labores agrícolas y hacían las reparaciones necesarias en las fincas y parcelas de su propiedad.

57 Pécaut, 1997.

El modelo de familia patriarcal que imperó durante la época de La Violencia imponía a los varones unos códigos de honor que exigían la defensa y reivindicación de los agravios mediante el ejercicio de la agresividad. Tal y como lo afirma la antropóloga Virginia Gutiérrez de Pineda en sus escritos sobre la familia en Colombia⁵⁸, las pugnas partidistas se veían reforzadas por los códigos de honor y viceversa, sumiendo a comunidades enteras en situaciones de violencia endémica. Los códigos de honor familiares también incidían en la relación entre hombres y mujeres y entre mujeres, obligando a los varones a defender a los miembros de la familia de las agresiones externas y dotándolos de una serie de derechos sobre las mujeres y los menores. En muchas partes de la región andina colombiana el honor ha sido algo sagrado que se defiende con la propia vida y con la muerte del ofensor. En la socialización temprana la familia campesina alimentaba un ámbito propicio para que la agresividad masculina se mantuviera latente, impregnando las relaciones interpersonales. Las ofensas al honor, las burlas y las provocaciones disparaban la agresividad mientras que las heridas y las muertes profundizaban las distancias, ya de suyo, considerables entre liberales y conservadores.

En ese escenario de retaliaciones mutuas, la venganza de la sangre formaba parte del tejido social de lealtades primarias y esta, a su vez, se entrelazaba con la identificación del campesino con su partido político. En efecto, la venganza alimentaba los sentimientos y servía de telón de fondo a muchos de los altercados. Como sucede con todas las sociedades en las cuales el honor juega un papel central, entre estos campesinos la familia de sangre hacía parte de la propia identidad. Debido a ello, cuando se quería eliminar a alguien era frecuente el exterminio de toda su familia. Matar al enemigo suponía necesariamente asesinar a la esposa y a los hijos ya que dejar algún miembro de la familia vivo era exponerse a que este, con el tiempo, se encargara de vengar a los suyos. Y esto último irremediablemente ocurría a menos que se formalizara verbalmente la voluntad de que no sucedería.

Rhonda Copelon considera la violencia doméstica contra las mujeres como un sistema alternativo de control social, paralelo al sistema legal formal. Se trata de un modelo de castigos personalizados que, en el seno de las sociedades donde priman las familias patriarcales, son vistos como normales. Los castigos y los golpes físicos pretenden domesticar a la mujer, obligarla a asumir una actitud obediente y restarle autonomía⁵⁹. Como en otros países subdesarrollados envueltos en conflictos internos, en Colombia la vida de las mujeres campesinas durante los años que duró

58 Véase Gutiérrez de Pineda, 1988.

59 Véase Copelon, 1995.

La Violencia fue un asunto de obediencia y supervivencia. El sistema de género encargado de la transmisión de los conocimientos y destrezas femeninas se basó, muchas veces, en el castigo y el maltrato físico por parte de las madres a sus hijas. En las zonas rurales andinas las mujeres soportaron de manera abnegada y en silencio los castigos y privaciones que les impusieron sus madres, quienes no hicieron más que reproducir el patrón de castigos que ellas, a su vez, habían sufrido. A ello se refiere Matilde⁶⁰, una de las mujeres entrevistadas:

Mi abuela tuvo veintiséis hijos. Se casó cuatro veces, la primera vez cuando tenía doce años y su marido tenía trece. Mi abuela era una mujer grandota y le pegaba a mi mamá estando ya casada y mi mamá se arrodillaba. Y yo pensaba: mi papá es el que viste a mi mamá, mi mamá vive en la casa de mi papá, ¿cómo es que mi abuela se viene desde tan lejos a pegarle a mi mamá? A mí me daba coraje, esta parte de arriba del vestido de mi mamá destrozado por el palo de rosa y mi mamá allá arrodillada en el patio, y nosotros siempre fuimos asustados mirando. Un día yo le alce un palo a mi abuelita y ella no le volvió a pegar a mi mamá, pero eso sí, nos maldijo y quién sabe si todavía nos caerá su maldición: “ha de permitir Dios que se case con un hombre que todos los días llegue borracho y barra la cocina a cada instante con ella”, dijo ella. Pues si me sale así lo mato, le contesté yo, porque ya tenía coraje.

Poco hablaban entre sí las mujeres, y menos aún de sus intimidades afectivas o de su vida sexual. Sin embargo, cuando se tomaban unos tragos afloraban algunos de sus secretos:

De esas cosas no se hablaba —dice Matilde—, pero un día mi abuela se había tomado sus chichas y se le soltó la lengua y nos contó cómo había parido ella a sus hijos, sola, con las piernas abiertas y en alto contra la pared. Se apretaba tres veces el estómago hacia abajo hasta que salía la criatura y después con un vidrio de botella le cortaba el cordón. Se sacaba la placenta y la enterraba en un agujero que había cavado en el piso de tierra del cuarto para que esta “no cogiera frío”. Sobre tres piedras tenía una olla con agua y el amasijo que habría de comer durante los cuarenta días de la dieta.

Las mujeres crecían al lado de sus madres y abuelas y desde niñas realizaban trabajos pesados y permanentes. No había espacios para el juego ni la diversión y los continuos castigos corporales llenaban a las niñas campesinas de todo tipo de miedos. El terror y el miedo son elementos presentes de manera constante en los relatos de las mujeres. Por lo general, el miedo está relacionado con eventos familiares y con acontecimientos que no rebasan las fronteras domésticas, mientras que lo que suscita el terror es, por

60 Matilde (nombre ficticio a petición de la entrevistada) trabajaba como empleada doméstica en casa de una familia bogotana cuando hicimos la entrevista.

lo general, algo externo al ámbito familiar. Matilde se refiere al miedo que ella le tenía al castigo:

El miedo que yo le tenía a mi mamá cuando venía del pueblo; siempre llegaba con un palo en la mano. Que una no hubiera alcanzado a pelar el maíz, a cuajar la leche, que no estuviera todo barrido y ahí venía la golpiza. Mi mamá siempre tenía la razón. Yo tenía diez años cuando me volé por primera vez de mi casa [...] Es muy fácil que mi mamá diga, yo tuve diez hijos. Pero resulta que ella los engendró y los parió, pero no los crio. Eso me tocó a mí por ser la mayor. Lloraba alguno de mis hermanos y yo me paraba, yo lo cambiaba, yo le calentaba algo en el fogón. Yo no le deseo eso a nadie. Una es, pero muerta de cansancio y hay una ley: a una la llaman una vez, dos veces, pero a la tercera vez es el fuetazo. Y yo sí le tuve miedo al fuede y a que me colgaran. Mi abuelita decía que lo que nosotros estábamos viviendo no era nada comparado con lo que a ella le había tocado vivir. ¡Qué no viviría mi abuelita!

Durante los años que duró La Violencia, las noticias y los rumores sobre asesinatos, masacres, mutilaciones corporales, robos de café y ganado e incendios de ranchos y parcelas, impregnaron de terror los espacios de sociabilidad. Era normal encontrar muertos entre los cafetales, en las acequias o a la orilla de los caminos. Matilde se refiere a esos hallazgos que circundaron su niñez:

Cuando íbamos a la toma de agua, tendría yo unos cinco años, siempre había uno o varios muertos y yo le preguntaba a mi abuelita: ¿por qué hay muertos en la toma de agua? Y ella me respondía que había caído una enfermedad muy peligrosa que estaba matando mucho y que esos muertos habrían de volver. Los muertos para mí eran seres que debían volver y a los que no se debía tocar; hasta el día en que murió mi hermanita y la enterraron y yo le pregunté a mi papá si habría de volver como los muertos de la toma de agua, y él me respondió que sí. Pasaron dos años y nunca volvieron ni mi hermanita ni el mulo que se le había muerto a mi papá. Y me di cuenta que me estaban engañando, que me decían mentiras.

Las cantinas, los bares y los prostíbulos eran los espacios de sociabilidad masculinos, mientras que el atrio de la iglesia y el mercado eran los femeninos. En estos lugares, los campesinos se enteraban de lo que sucedía más allá de sus veredas. Al igual que en Guatemala, donde también se habla de la violencia cuando se alude al conflicto político, en Colombia dicho fenómeno era percibido por los campesinos como una enfermedad contaminante que se colaba en sus vidas y las desarreglaba. A lo largo de las entrevistas, Matilde describe la atmósfera de terror que impregnaba la vida cotidiana de las veredas campesinas y de los pueblos apartados cuando entraban los integrantes del partido contrario a matar de forma indiscriminada y a quemar las viviendas. En su extenso relato se refiere, en concreto, a su pueblo de mayorías conservadoras donde algunos individuos hacían sonar el cacho de venado para avisar que venían los enemigos o la

“chusma”, y así darles a las personas la oportunidad de huir despavoridas al monte o a los matorrales más cercanos. Al respecto, Matilde cuenta:

Yo le tenía mucho miedo a ir a dormir al monte cuando tocaban el cacho. Siempre pensaba que nos iban a matar, como le había pasado a otra gente. También pensábamos que al volver nosotros del monte ya no tendríamos casa porque habíamos visto cómo habían quemado las casas del otro lado y la gente había quedado sin techo. En las épocas de La Violencia, el cura del pueblo le pagaba al bobo Dionisio para que tocara el cacho. Lo tocaba en un sitio donde lo oían los unos y los otros y todos corríamos para el monte pensando que venían los otros a matarnos. Ese cacho no lo puede tocar cualquiera porque tiene una tonada tan triste, son tres veces. Cuando, de repente, uno viene a Bogotá al desfile militar del 20 de Julio y oye esas trompetas, da terror así esté uno en medio de la gente.

A partir de su relato, Matilde establece un vínculo inquietante entre el sonido del cacho de venado, como símbolo del terror pueblerino, y el sonido de las trompetas militares que se tocan en las fiestas patrias. De esa manera, las memorias infantiles y familiares de mujeres campesinas como Matilde, que vivieron su infancia y su juventud huyéndole a La Violencia, se convierten en eco de memorias nacionales. Cuenta Matilde que cuando sonaba el cacho,

uno soltaba el plato de comida y salía corriendo. Mis tíos se burlaban de mí porque yo me llevaba papas calientes y pasaba por donde los vecinos robándome los envueltos de maíz. Uno se aburría mucho en el monte boca arriba sin tener qué comer. Mi papá fue el que descubrió que era el bobo el que tocaba el cacho. Como mi papá era arriero iba donde los liberales con carga y allá oyó decir que los conservadores no dejaban dormir y se dio cuenta que a ellos les sucedía lo que a nosotros y fue y le dijo al cura: ya está bueno que nos deje dormir a los unos y a los otros.

Matilde describe cómo terceros actores en la confrontación aprovechaban el caos y el desorden para hacer de las suyas. Otros testimonios también corroboran lo dicho por ella, en el sentido de que no era tan cierto que los liberales únicamente mataban a conservadores y viceversa. Dice ella,

Hay algo que nunca he podido entender: ¿por qué decían que eran los de las veredas liberales los que venían a matarnos a nosotros los conservadores, cuando yo había visto que era la policía la que robaba y mataba? Mis tíos nunca supieron responderme cuando les preguntaba sobre esto. Ellos eran conservadores. La policía era la que llegaba a robar y a llevarse las armas, porque nuestra vereda fue una vereda muy armada. Venían del pueblo y llegaban a la madrugada, siempre buscando a alguien. La policía, hasta donde yo recuerdo, es lo más salvaje y lo más miserable.

La extrañeza que siente Matilde ante ese tipo de comportamientos por parte de la fuerza pública es muy similar a la que se tiene cuando se leen

algunos expedientes judiciales y se constata que muchas de las masacres que se cometieron durante La Violencia fueron ejecutadas por la fuerza pública. En una de sus tesis, Pécaut considera que las divisiones partidistas no eran más que el argumento aparente de una fragmentación radical de lo social. La violencia como fenómeno consustancial a lo social es un exceso que está presente bajo la forma de una división política que no remite aparentemente a nada más que a ella misma. Considera Pécaut que la unidad de La Violencia, como evento, solo puede analizarse con referencia a lo político, lo cual no significa que la división partidista haya subsistido siempre idéntica a sí misma. En cualquier momento se puede producir un nuevo desciframiento de esta división que conduzca a que lo político sea directamente percibido como violencia⁶¹.

El bandolerismo durante La Violencia

En su libro seminal *Bandoleros, gamonales y campesinos*⁶², los investigadores Gonzalo Sánchez y Donny Meertens interrogan el papel desempeñado por los bandoleros en el proceso de construcción histórica de lo que fue La Violencia. Según ellos, La Violencia no tiene que ser reducida a una simple contienda bipartidista por la hegemonía, como tampoco se la debe mirar como una confrontación entre las clases dominantes que arrastró consigo a unas masas populares que pensaban que esa guerra no era la suya. Los llamados “bandoleros” surgieron en condiciones de máxima opresión política, pero carecieron de propuestas políticas expresas. Su prestigio local emanaba de sus proezas y de la imagen de invulnerabilidad que los campesinos construyeron alrededor de ellos. Para Sánchez y Meertens los bandoleros colombianos dependieron demasiado del orden político imperante, de los partidos tradicionales y del clientelismo, vínculos que terminaron por ahogar sus rudimentarios intentos de rebeldía⁶³.

Al igual que en Irlanda, en Colombia ha prevalecido una larga tradición de rebeldía y pugnacidad campesina que se remonta a las múltiples guerras del siglo XIX, atravesó las guerrillas liberales de la primera mitad del siglo XX, y se extiende hasta los grupos insurgentes contemporáneos. Desde comienzos de la década de 1950, familias campesinas liberales y comunistas se declararon en contra del régimen conservador y conformaron destacamentos armados con el fin de colonizar algunos parajes selváticos, induciendo a sus pobladores a unirse a sus filas. Estos fueron los enclaves que el dirigente conservador Álvaro Gómez Hurtado denominó “repúblicas independientes”, pues no se plegaban a los mandatos de los

61 Pécaut, 1987.

62 Sánchez y Meertens, 1982.

63 *Ibidem*.

partidos políticos tradicionales. Las “repúblicas independientes” fueron atacadas militarmente durante el gobierno conservador de Guillermo León Valencia en 1964 y sus sobrevivientes dieron origen, unos años más tarde, a la guerrilla marxista de las FARC.

Los grupos insurgentes colombianos surgieron como manifestación armada de discrepancias y enfrentamientos con un Estado que nunca estableció alianzas fuertes con los campesinos y que solo logró distribuir entre estos un porcentaje muy bajo de las tierras disponibles. Sin embargo, aunque el objetivo inicial de los grupos insurgentes fue la destrucción del orden social dominante y del Estado que lo sustenta, la imposibilidad de lograr dicho objetivo en un mediano plazo convirtió la lucha armada en Colombia en un modo de vida y llevó a la mayoría de grupos a desmovilizarse.

Dentro de la amplia y bien documentada tipología de bandoleros, establecida por Eric Hobsbawm, aparece el bandolero de sangre cuya lucha está circunscrita por los lazos de parentesco y la comunidad que le da origen⁶⁴. Según él, se trata de una forma que no perdura y que está llamada a desaparecer debido a su inserción en un sistema social que termina por aniquilarla en su paso hacia la modernidad. En Colombia, los bandoleros fueron campesinos que actuaban por fuera de la ley y a los cuales el Estado consideraba criminales, sin embargo, eran individuos que gozaban de prestigio dentro de la sociedad campesina, que los miraba como a héroes valientes que estaban al servicio de una causa justa.

Aunque el bandolerismo y la resistencia campesina, liberal y comunista, coexistieron desde el comienzo en Colombia, los investigadores Sánchez y Meertens consideran que el desarrollo del bandolerismo corresponde a la fase tardía de La Violencia. Lo deslindan claramente del fenómeno de la resistencia campesina y de las guerrillas liberales y comunistas de la primera fase de esta. Para ellos, el bandolerismo no debe ser considerado como un simple residuo de La Violencia sino como una expresión armada que caracterizó una de sus etapas. Achacan su existencia al continuo estrechamiento del espacio político del campesino alzado en armas.

Con la publicación de su libro en 1983, Sánchez y Meertens sentaron las bases para el estudio del bandolerismo en Colombia, lo caracterizan como un fenómeno ambivalente y tortuoso y lo ubican en la encrucijada de la resistencia campesina. En su texto, introducen una nueva categoría dentro de la tipología propuesta por Hobsbawm, la del bandolerismo político. Consideran que los bandoleros políticos dependen de uno o varios componentes de la estructura de poder dominante, en concreto, de los gremiales y de los partidos políticos. Se trata de campesinos maltratados y

64 Véase Hobsbawm, 1983.

humillados por el exterminio decretado por los gobiernos conservadores durante la primera etapa de La Violencia. Campesinos que, al no poder organizarse de manera colectiva, harían suyas expresiones de extrema crueldad y sevicia. Sánchez y Meertens calculan que para finales de La Violencia en el país existían más de cien cuadrillas de bandoleros activas.

De acuerdo con lo anterior, podría pensarse que los bandoleros ejercieron un poder que no hizo parte de la estructura política formal, pero que sí flotó entre sus segmentos. Durante La Violencia, el bandolerismo se caracterizó por invadir la vida cotidiana de numerosos pueblos y veredas campesinas de vastas regiones del país. Sin embargo, bandoleros no fueron todos los campesinos de las regiones azotadas por La Violencia. A partir de la muerte violenta de sus familiares, de haber sido testigos de la violencia ejercida sobre las mujeres de la familia y del posterior abandono de sus parcelas, inducido por el terror, solo algunos individuos optaron por vengar a sus parientes muertos y llevar una vida trashumante. Tal modo de vida no los llevó a abandonar del todo sus vínculos con la tierra pues muchos de ellos fueron jornaleros de día y bandoleros de noche. Su vida de bandoleros pudo ser esporádica al comienzo, pero, poco a poco, terminó por invadir la otra vida, debilitando los vínculos con la comunidad de origen y fortaleciéndolos con la cuadrilla y con los individuos que servían de enlace en pueblos y veredas. En la medida en que crecía la capacidad criminal de los bandoleros, se incrementaba también su poder.

A raíz de las incursiones violentas que hicieron los policías “chulavitas” en las veredas liberales entre los años 1948 y 1958, la contienda bipartidista se fue expandiendo. Al calor de las afrentas, las muertes y las mutilaciones que se infringían unos a otros, aumentó la acumulación del odio y la necesidad de venganza. Los campesinos que no se armaron terminaron siendo las víctimas de ese proceso de venganzas y retaliaciones. Estaban a la deriva debido a las prácticas de terror que imperaban en las zonas rurales, siempre en espera de ayudas gubernamentales que nunca llegaban y huyendo de sus parcelas por las amenazas de las cuadrillas. Cuando el acoso se volvía insoportable, migraban a los pueblos más cercanos y allí, arrimados donde un pariente o viviendo de la caridad pública, esperaban a que la normalidad retornara a sus veredas para regresar. Pero cuando volvían, encontraban sus casas y sus parcelas quemadas o saqueadas. A veces tenían suerte y estas no habían sido destruidas, pero estaban invadidas por extraños.

En la zona andina central del país muchos de estos bandoleros fueron jornaleros que vendían su fuerza de trabajo allí donde era requerida, en la recolección de café, de arroz, de algodón o de ajonjolí. En su relato, uno de ellos deja ver la extrema movilidad que caracterizó la vida de estos campesinos jornaleros, muchos de los cuales terminaron enrolados en las cuadrillas bandoleras:

Tengo veinticuatro años y soy hijo natural. No he hecho más que trabajar. Desde los ocho años empecé a hacerlo al lado de mi padre, en la finca denominada San Telmo, ubicada en la vereda Los Andes del municipio de Rovira. Yo le ayudaba a él a desyerbar, traer mulas, cargar plátano, picar caña y coger café. Estuve a su lado hasta los 17 años en que él faltó. Entonces, continué trabajando en la misma finca al lado de mi madre, a quien le correspondió una parte de dicha finca, y con ella estuve hasta hoy pues no la he desamparado. Hace más o menos cuatro años, mi madre y mis hermanos abandonamos la finca donde trabajábamos por motivo de la violencia. Estuve trabajando en la construcción de un puente en una carretera. Trabajé cogiendo café, desyerbando y desmatonando. Estuve trabajando en una hacienda cogiendo café. Trabajé en otra hacienda. Me vine para mi pueblo cuando estuvo de alcalde el mayor NN, quien estableció un retén con soldados del Ejército en una de las veredas. Tanto yo como muchos dueños de fincas regresamos a ellas a continuar trabajando y desde allí me encuentro trabajando en la finca de mi madre. Estudié unos seis meses en la escuela, con una maestra cuyo nombre no recuerdo. Aprendí a leer y a escribir regularmente y también a sumar y a multiplicar. A restar no aprendí. Aquí en mi pueblo me han llevado a la cárcel varias veces por asuntos de embriaguez. Cuando hay moneda en el bolsillo, tomo. Cuando lo hago, a veces duro hasta ocho días embriagado⁶⁵.

En Colombia, se pueden distinguir tres tipos de cuadrillas bandoleras. La primera clase corresponde a las cuadrillas grandes que tenían gran capacidad de movilización y amplia cobertura. Estas, por lo general, contaban con el apoyo de los campesinos en sus áreas de influencia. Eran grupos fundamentalmente masculinos, orientados por una identidad bipartidista. Sus motivaciones principales eran la venganza y la eliminación física de los adversarios políticos. Los ejemplos más representativos de este tipo de cuadrilla fueron algunas de filiación liberal como las lideradas por "Chispas", "Desquite" y "Sangrenegra". Entre las de filiación conservadora se destacó la de Efraín González.

Un segundo grupo lo conformaron varias cuadrillas pequeñas, con una cobertura espacial restringida y originadas a partir de conflictos entre veredas vecinas y contrarias. El abigeato, la usurpación de tierras y el irrespeto hacia los linderos ajenos fueron algunos de los delitos castigados por este tipo de cuadrillas justicialistas que contaban con el apoyo de varios hacendados y políticos locales. El tercer tipo fue el de bandas pequeñas, integradas por unos cuantos individuos dedicados de forma indiscriminada al pillaje, al robo y a cometer todo tipo de atropellos contra los campesinos. Estas bandas surgieron tardíamente, hacia finales de La Violencia, y su cohesión interna fue muy precaria. Entre ellas cabe mencionar las de "Supermán", "Póquer", "Almanegra" y "Mariposo".

65 Tomado del expediente Radicado 4233, Tribunal Superior de Ibagué.

Un movimiento de doble sentido propició el surgimiento de muchas de las cuadrillas. Fue un hecho común que caciques políticos, hacendados y comerciantes las financiaran con el objeto de obtener protección por parte de ellas. Sin embargo, no en todos los casos hubo un enlace claro. Existieron bandoleros actuando por voluntad propia y con objetivos difusos, operando sin el apoyo y la simpatía de sus copartidarios pues muchos de ellos solo buscaban saquear, apropiarse de la cosecha ajena y aterrorizar a la población campesina. En uno de los expedientes judiciales consultados un declarante afirma:

Las cuadrillas de bandoleros, dirigidas desde oscuros sectores de las ciudades y de los pueblos, hacían incursiones nocturnas y atacaban en forma sistemática e inmisericorde las grandes y pequeñas fincas cafeteras. Luego, la gente iba al exilio, dejando atrás las fincas en completo abandono. Sin embargo, la cosecha se perdía pocas veces porque manos incógnitas la recogían siempre.

Las cuadrillas estaban integradas por familiares que podían ser padres, hijos, hermanos, tíos, sobrinos, compadres, ahijados y por algunos amigos y conocidos. Operaban bajo el mando de un jefe natural y de varios lugartenientes o colaboradores cercanos cuyas funciones variaban según el tamaño y el grado de cohesión interna del grupo. Los jefes de las cuadrillas surgían por sus hazañas y su coraje y sus subalternos los temían y respetaban. A ellos les correspondía la mejor parte del botín, por lo general, las armas incautadas y las prendas e insignias militares que portaban los muertos. En cambio, los radios, los adornos personales como cadenas y relojes, los machetes y el dinero en efectivo se repartían entre los demás miembros de la cuadrilla. La distribución del botín daba lugar a escaramuzas y a peleas entre los miembros de la cuadrilla.

Varias fueron las funciones que desempeñaron los miembros de las diferentes cuadrillas. Entre estas cabe destacar la del “campanero”, quien era un individuo que se apostaba en un lugar con buena visibilidad y avisaba a los demás miembros de la cuadrilla cuando alguien se aproximaba o había movimientos de tropa en la zona. El “cuidandero” era alguien que no participaba en los hechos de sangre porque se quedaba en un lugar apartado, cuidando las vestimentas de los bandoleros mientras estos, vestidos con prendas militares, llevaban a cabo la masacre. Sin embargo, quien desempeñó la función más importante fue el “sapo”, quien servía como delator. Los “sapos” eran individuos que prestaban sus servicios indicándole a la cuadrilla quiénes podían ser sus posibles víctimas. También se les conocía como “volteados” o “señaladores”. “Sapo” es una categoría que designa un rol ambiguo, pues se refiere al individuo que aprovecha determinadas situaciones para conseguir favores entre los copartidarios y los opositores. Después de prestar sus servicios, el “sapo”, por lo general,

era asesinado, como lo constata el siguiente testimonio consignado en un expediente judicial:

Siendo más o menos las cinco o seis de la tarde, estando en mi casa de habitación en reunión de mi marido, mi hermana y otras personas que acababan de llegar del trabajo pues estaban haciendo una platanera, la estaban desyerbando. Cuando ellos llegaron del trabajo a la casa, yo estaba calentando agua para hacerle un lavado a un mulo que estaba recién castrado y mi hermana iba a bajar la loza para servirles la comida, cuando los vio que llegaban al patio de la casa los sujetos a los que me refiero [...] Es la gente del Gobierno, no hay que correr. Cuando entraron a la cocina uno de ellos le preguntó a mi hermano: ¿usted por quién votó? —Y él le contestó— yo voté por López (el candidato liberal). Entonces le dijeron: usted no es liberal, porque si fuera lopista no fuera sapo [...] En seguida le pegaron un tiro en la cara con arma corta como revólver. Cayó sobre el lado izquierdo, con la cabeza sobre la banqueta. Enseguida le dieron cinco o seis puñaladas en el pecho, lo requisaron, lo voltearon y le dieron patadas. En tiempos anteriores mi marido tenía la política conservadora y luego más tarde se declaró liberal. Usted es un volteado, solían decirle⁶⁶.

La figura del “sapo” condensa toda la ambigüedad que puede implicar la relación entre unos vecinos que, a su vez, son extraños. A lo largo del periodo de La Violencia, el “sapo” se interpuso entre amigos y enemigos, desempeñando un papel mortífero y aún hoy en día continúa teniendo gran importancia simbólica en las prácticas de exterminio en Colombia. Es un individuo que, al salir de las entrañas de la comunidad, se convierte en extraño y al señalar a algunos de sus miembros para que sean exterminados los convierte a su vez en extraños. El “sapo” es, por lo tanto, una figura liminal y ambigua que señala a próximos, circula entre amigos y enemigos y pone en evidencia conductas que no convienen con las reglas del juego. Es resbaloso, a la manera del *slimy*, mencionado por Mary Douglas, e inspira rechazo y odio entre próximos y ajenos.

Con el fin de llevar a cabo las masacres y los asesinatos colectivos, los miembros de la mayoría de las cuadrillas liberales utilizaban prendas de uso privativo de las fuerzas militares. Los conservadores, en cambio, actuaban vestidos de paisano y protegían su identidad detrás de una ruana y de un sombrero alón. En muy pocas ocasiones los bandoleros utilizaron máscaras para proteger sus rostros. Algunas cuadrillas conservadoras tiznaban sus caras con hollín para camuflarse y la gran mayoría de ellas llevaban a cabo sus incursiones entre las seis de la tarde y las seis de la mañana, amparados por la oscuridad.

La idealización de los criminales ha sido un rasgo muy frecuente en las sociedades rurales precapitalistas. Bandoleros de la época de La Violencia

66 Homicidio múltiple, Radicado 6961, Tribunal Superior de Ibagué.

como “Chispas”, “Desquite”, “Sangrenegra” o Efraín González fueron objeto de veneración por parte de los campesinos. De allí la renuencia de las autoridades en dar a conocer los sitios donde enterraron sus cuerpos. Al evitar que los campesinos pudieran observar el cadáver del bandolero y constatar su muerte física, las autoridades militares contribuyeron a otorgarle a estos individuos un halo mágico que siempre los rodeó y un don de ubicuidad e inmortalidad que ha persistido con el paso de los años.

El problema de la alteridad

Durante La Violencia, la identidad política tanto de liberales como de conservadores fue un asunto de antagonismo y no de contradicción o de oposición entre ellos. Tanto los unos como los otros no lograban su identidad consigo mismos sino a partir de la destrucción del *Otro*. Aquí resulta útil la acepción radical del concepto de antagonismo social utilizada por Žižek: no es el *Otro* el que impide la realización plena de la propia identidad, cada identidad ya está marcada por una imposibilidad y el enemigo externo no es más que el objeto sobre el cual se proyecta esa intrínseca incapacidad⁶⁷. En Colombia, dicho antagonismo tiene raíces históricas pues las veredas políticamente contrarias habían heredado sus lealtades partidistas de las guerras civiles del siglo XIX. Eran mundos paralelos que mantenían su polaridad debido a la existencia de una serie de estereotipos construidos a partir de los rumores que circulaban entre los campesinos y de los relatos que se heredaban de padres a hijos.

En un trabajo reciente, el historiador Fernán González analiza las solidaridades que podían expresar la identificación del individuo con un determinado partido político. Según dicho autor, en Colombia las experiencias políticas concretas como el voto popular, la participación en puestos públicos, el haber peleado en alguna de las guerras civiles o la consecución de favores personales eran factores que convertían a esas comunidades imaginadas, que eran los partidos políticos, en entidades más cercanas al afecto y a las memorias de la gente⁶⁸. El aislamiento social facilitaba que tanto liberales como conservadores se constituyeran en sujetos políticos, no en su relación con sus opositores sino en la ausencia de relación con ellos. A partir de los encuentros armados entre miembros de los dos partidos, fundamentalmente de los muertos que estos dejaban, la relación entre unos y otros se encarnaba y quedaba marcada por la venganza. De esa manera, los muertos de uno y otro bando se convertían en mandatos culturales que obligaban a los varones a tomar represalias que sellaban con sangre tanto la identidad partidista como la enemistad intrapartidista.

67 Véase Žižek, 2000.

68 González, 1989.

En el proceso de construcción de las identidades y alteridades políticas durante La Violencia la conmoción experimentada por el pueblo liberal ante el asesinato de Gaitán y la posterior contestación violenta de los conservadores contra los gaitanistas sublevados fueron determinantes.

Los campesinos manejaban una particular noción de la alteridad que quedó impresa en las imágenes y en los nombres con que se referían a los *otros*, sus enemigos. Al parecer, el enemigo era una entidad física separada que no lograba deslindarse por completo de ellos mismos, debido a que en el *Otro* estaba proyectado lo negativo propio. La carta que el bandolero liberal Teófilo Rojas, alias “Chispas”, le envió a “Mariachi”, su jefe natural, publicada en el libro *La Violencia en Colombia*, es un documento autobiográfico de extraordinario valor para entender el problema de la alteridad. Tal y como lo sugieren Sánchez y Meertens, “Chispas” tipifica la trayectoria personal y política de los hijos de La Violencia, a partir de una infancia infame durante la cual el joven bandolero tuvo que presenciar, en medio de la impotencia, la violación de una prima suya por parte de los “chulavitas”. Según sus propias palabras “a ella la cogieron en presencia de los padres y le hicieron cosas que más bien no quisiera recordar”. En la mencionada carta, “Chispas” se refiere en repetidas ocasiones al pecado de ser liberal para terminar hablando del delito de serlo: “por el único pecado de ser liberales, [...] por el pecado general de ser liberales, [...] por el único delito de ser liberales”⁶⁹.

Lo anterior deja ver que, debido a la persecución a la que fueron sometidos, los liberales perseguidos se sentían manchados, sucios y contaminados por el hecho de serlo, y dicho sentimiento quedó patente en la carta de “Chispas”. La construcción de la alteridad estuvo mediada por la implementación de un mecanismo que introducía altas dosis de delirio persecutorio entre los bandoleros. Ante la imposibilidad de verbalizar su rabia y su agresividad y de encontrar instancias judiciales que impartieran justicia, liberales como “Chispas” se valieron de un mecanismo inconsciente que les permitió proyectar sus sentimientos destructivos en el *Otro*. De esta manera, el *Otro* se convertía en depositario de odio, agresión y rabia, hasta transformarse en perseguidor. El *Otro* siempre representaba la maldad debido a que en él se habían proyectado todos los sentimientos negativos. En términos de los liberales, los malos eran los conservadores y los “chulavitas” a quienes “Chispas” describía en los siguientes términos:

esas gentes tan malas, [...] esos malvados no contentos con tanto mal [...] tanta gente tan mala, [...] esos bandidos sin dios y sin ley [...] no sabíamos dónde meternos para defendernos y para alejarnos de tanta ferocidad [...] buscando la manera de estar protegidos y lejos de tanto mal.

69 Tomado de Guzmán, Fals y Umaña, 1980.

La bondad, en cambio, siempre era propia: los jefes eran buenos, protectores, distribuían el botín, eran generosos. Todos los actos de violencia ejecutados por los jefes, aun los más atroces, eran considerados como actos legítimos. Al respecto, dice “Chispas”: “nuestros buenísimos jefes [...] hombres en verdad buenos [...] a esos buenos hombres”.

Las palabras anteriores las utiliza “Chispas” para referirse al cruel y despiadado Arsenio Borja, su jefe, de quien más adelante expresa:

Y en cambio, Arsenio continuó haciendo males por donde quiera que pasaba, iba terminando con todo lo que encontraba, sobre todo tratándose de policías, ejército, godos y pájaros; es un consuelo y gran alivio darles como matando culebra y lo decía con tanto gusto que se saboreaba como cuando hablaban de una buena comida; no estaba tranquilo cuando no estaba haciendo aseo al mal⁷⁰.

Se nacía liberal o se nacía conservador, pero, ¿cuál era la realidad sentida por los campesinos respecto a esta pertenencia? En su reveladora entrevista, Matilde describe ese aislamiento social que impregnaba las relaciones entre ambas comunidades:

Nuestro pueblo estaba dividido en diez veredas, cinco liberales y cinco conservadoras. Nosotros éramos conservadores y los liberales eran los extraños, los que vivían al otro lado del pueblo. Era la gente a la que uno le tenía miedo, era la gente de allá. No es que fueran extraños porque uno sabía quiénes eran, pero era gente mala. Si uno cruzaba al otro lado de la vereda, allá decían lo mismo de nosotros. Para ellos, nosotros también éramos raros, éramos matones. Las veredas nos separaban; los liberales no se juntaban con los conservadores y eso era lo que nos dividía. Se vive en paz donde no hay revuelta. Las matanzas son en los pueblos revueltos. Hay mucha zozobra cuando se está revuelto.

La primera parte del testimonio anterior es muy elocuente. Durante La Violencia el enemigo era un extraño y, al mismo tiempo, un conocido, era alguien que vivía muy cerca y del cual se estaba irremediadamente separado por una calle, un barranco o un río. Sin embargo, dice Matilde, se vivía con mucha zozobra en los pueblos revueltos, es decir, en aquellos donde convivían miembros de los dos partidos, y agrega que, en esos pueblos era donde ocurrían los asesinatos. La similitud con lo que sucede en pueblos y ciudades de Irlanda del Norte es asombrosa. Allá también se vive con mucha zozobra en los barrios mixtos, que son pocos; por lo general, la comunidad mayoritaria termina por expulsar a los miembros de la comunidad antagónica y minoritaria. El sentimiento de un liberal respecto a su pertenencia partidista no era muy diferente al de un conservador,

70 *Ibidem.*

según se deduce de la entrevista realizada por Arturo Alape a un campesino de esa filiación:

Toda la familia de nosotros era liberal y los que iban naciendo pues también liberales. Mi papá, mi mamá, mis tíos, una interminable cadena de la cual nadie escapaba. Era como un nudo de pura tradición. Eso ya estaba escrito, digamos, en el destino de uno y de todos como señal de la cruz que a la fuerza siempre se llevaba en la frente⁷¹.

Pero no solo se heredaba la pertenencia partidista, también se adquiría la inclinación por las armas. En efecto, son varios los casos de guerrilleros liberales que heredaron su inclinación por las armas de un abuelo, una abuela o un tío abuelo que habían sido combatientes en la Guerra de los Mil Días, a finales del siglo XIX. Lo mismo sucedía con las armas. Durante La Violencia, los guerrilleros liberales y los bandoleros desenterraron las escopetas de fisto y los viejos fusiles Remington de las guerras civiles y los utilizaron en los primeros enfrentamientos. Según cuenta Alape, el abuelo de Manuel Marulanda Vélez, alias "Tirofijo" y comandante de las FARC, fue corneta en las filas liberales durante la Guerra de los Mil Días. Jaime Guaracas, miembro del Secretariado de las FARC, era nieto de Viviana Durán, una activa auxiliadora de las huestes liberales durante la misma guerra⁷².

Guerra de símbolos y de signos

Allí, donde imperaban el analfabetismo y el aislamiento social, la cultura política no estaba cimentada sobre la base de creencias comunes sino de prácticas performativas estereotipadas. Los símbolos tenían una fuerza notable, al igual que ciertas palabras proferidas en ocasiones especiales por liberales y conservadores. A juzgar por los datos consignados en los expedientes judiciales de la época, los miembros de las dos colectividades políticas no distinguían entre las palabras y los hechos. Estaban atrapados por un lenguaje de confrontación cimentado en códigos como la venganza y la defensa del honor. Ciertos gritos como los "vivas" y los "abajos" se pronunciaban bajo los efectos del alcohol, en espacios específicos como bares y cantinas donde, en medio de múltiples tensiones, socializaban los miembros de las dos colectividades. Los mismos gritos también eran proferidos antes y después de las incursiones violentas y en corrillo, durante los días de votación. Al expresar estas frases, los miembros de ambas colectividades políticas afirmaban con el "viva" y negaban con el "abajo". Eran gritos que materializaban la identificación del sujeto con su partido

71 Véase Alape, 1985.

72 *Ibidem*.

político, estableciendo un vínculo significativo entre la palabra, quien la profería y el partido al que se pertenecía. Sin embargo, dichas palabras no eran de uso exclusivo de los bandoleros pues los campesinos comunes también las empleaban para sentirse y hacer sentir que pertenecían a un determinado partido. La utilización de los “vivas” y los “abajos” transformaba el contexto en que se pronunciaban en un campo de batalla. Gritar “viva el Partido Liberal”, entre liberales, producía euforia y reafirmaba la identidad partidista, mientras que exclamarlo entre conservadores generaba disputas, amenazas y posiblemente muertes.

Para los campesinos conservadores lo político y lo religioso estaban íntimamente ligados y esa ligazón se materializaba en un color específico, el azul; este era el color de la virgen de la Inmaculada Concepción, el del Partido Conservador, el del cielo y uno de los colores de la bandera nacional. En cambio, los liberales, que también eran católicos, no asociaban la simbología partidista con la religiosa. El rojo que los identificaba igualmente hacía parte de la bandera nacional. Este color establecía otras asociaciones, pues los liberales eran considerados revolucionarios y ateos por los conservadores.

Durante muchos años, la persecución partidista en las áreas rurales se redujo a destruir los símbolos del adversario. Ponerse el pañuelo rojo que identificaba a los liberales, en un pueblo de mayorías conservadoras, era un reto y una provocación que siempre dejaba muertos. Lo mismo sucedía con la palabra, pues un “viva” o un “abajo” eran problema de vida o muerte dependiendo del contexto donde se pronunciaran. Al respecto, recuerda Matilde:

Mi papá siempre nos decía: ustedes nunca vayan a ir por un “viva” o un “abajo”, porque de eso no vivimos. Él nos contaba que allá en mi pueblo, unos conservadores cogían a la gente buena, sin malicia, como bobos o viejitos y les decían: vaya al pueblo y grite: “viva el Partido Liberal”. Al final, esos viejitos y esos bobos aparecían muertos.

Los cambios en las adscripciones partidistas no se daban por razones ideológicas sino por otras causas, entre las cuales hay que mencionar la coacción, el sentido del honor y también el miedo. A lo largo de una de sus entrevistas, el sociólogo Alfredo Molano registró el siguiente testimonio:

Yo ya tenía la cabeza caliente y estaba diciendo que ser liberal era muy difícil, que cualquiera podía decir “viva el Partido Liberal”, pero que eso no era ser liberal. Y que lo mismo era ser conservador, que eso no era gritar “viva el Partido Conservador, viva Cristo rey”, sino que lo que uno era había que sostenerlo de frente, que eso no era como hacían algunos que mamaban de las dos tetas, la de ganar y la de perder⁷³.

73 Tomado de Molano, 1985.

La mayoría de los bandoleros eran católicos bautizados que creían en agüeros y supersticiones. Para protegerse de las fuerzas que desencadenaban sus actos, solían portar consigo estampas de algunos santos, de la Virgen del Carmen (imagen 4) y del Cristo Milagroso de Buga (imagen 3), así como escapularios y medallas que colgaban del cuello y alrededor de los tobillos. Algunos de ellos tenían tatuajes en los brazos y en el pecho. Otros cargaban una fotografía de la compañera en uno de sus bolsillos.

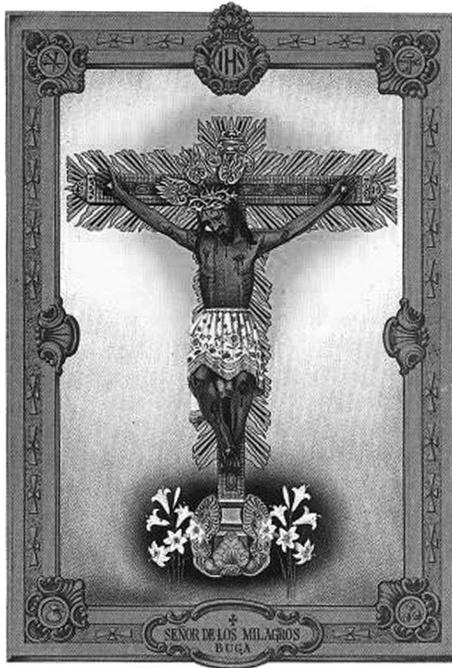


Imagen 3. El Milagroso de Buga

Fuente: Yazmín Andrea Aguirre Mahecha.

El lenguaje utilizado por los bandoleros estaba dotado de palabras que conformaban un dialecto similar al de los presos o al de grupos marginales de la sociedad. Mientras llevaban a cabo sus depredaciones, maldecían, blasfemaban, amenazaban y decían palabras soeces. Ciertas frases antecedían y precedían las masacres: “que vivan san Juan y san Pedro, que viva el Partido Conservador”, “que vivan los caratejos del Tolima, viva el Partido Liberal”, “viva Cristo rey, viva el Partido Conservador”, “viva Cristo rey ateos mal nacidos”⁷⁴.

74 Frases extraídas de expedientes judiciales consultados.



Imagen 4. La Virgen del Carmen

Fuente: Yazmín Andrea Aguirre Mahecha.

Otra de las características de las cuadrillas bandoleras fue la de dejar avisos, boletas o mensajes anónimos en el lugar de los hechos. Estos recados se caracterizaban por su pésima ortografía y por una deficiente redacción que los hacía, en ocasiones, ilegibles. Algunos de estos mensajes decían

“Señor alcalde: aquí le dejamos estos conservadores en recompensa por los liberales que mandó matar” (bandolero liberal); “Perdonen lo poquito” (bandolero de filiación desconocida); “Esto es para que sigan haciendo encarcelar a la gente inocente, que los conservadores de la cárcel salen y los liberales del cementerio no salen” (bandolero conservador); “Perdonen que fue de afán, yo no soy culpable de este crimen, la culpa la tiene Laureano Gómez que me enseñó a matar amarrados” (bandolero liberal); “La banda fantasma vengará a los conservadores asesinados” (bandolero conservador)⁷⁵.

75 Frases extraídas de expedientes judiciales consultados.

Bordes imprecisos entre identidades humanas y animales

Las clasificaciones que hacemos de los animales no son un asunto de la naturaleza sino del lenguaje y de la cultura. Cada grupo humano considera que sus sistemas de clasificación son los únicos moralmente correctos, mientras que los de otros pueblos pueden no serlo. En un artículo muy sugestivo, el antropólogo británico Edmund Leach analiza los valores rituales implícitos en ciertas categorías animales y los vínculos que pueden existir entre los valores rituales y algunas reglas que prohíben matar y comer ciertas especies. Leach utiliza el concepto de *tabú alimentario*, en un sentido general, abarcando toda clase de prohibiciones respecto a las diferentes especies, sean estas implícitas o explícitas, conscientes o inconscientes⁷⁶.

Según Leach, la parte comestible de la naturaleza se suele dividir en tres categorías. En primer lugar, se encuentran aquellas sustancias que son reconocidas como alimento y consumidas como parte de la dieta normal. El segundo término, lo ocupan las sustancias reconocidas como posibles alimentos pero que solo deben ser consumidas en determinadas ocasiones. Sobre estas sustancias recaen tabúes consientes, como sucede con el cerdo entre los judíos, quienes lo reconocen como comida, pero no lo deben consumir. Por último, están aquellas sustancias definitivamente no reconocidas como alimento y a las cuales se atribuyen tabúes inconscientes. Respecto a esta última categoría, Leach menciona a los perros, que para los ingleses y para la mayoría de los pueblos no son comida. Lo mismo sucede con las ancas de rana que en Francia son consideradas una delicadeza culinaria mientras que, para los ingleses y otros pueblos, simplemente, no son alimento⁷⁷. A partir de los planteamientos anteriores, es factible entender dos aspectos de la cultura campesina de La Violencia que son cruciales: el sistema de clasificación del cuerpo humano, y las fronteras existentes entre el mundo humano y el mundo animal.

Colombia es un país con una diversidad biológica notable y con cantidad importante de nichos ecológicos que se caracterizan por la riqueza y abundancia de su fauna y de su flora. Durante la época de La Violencia, cuando el país rural era predominantemente selvático y agreste y la modernización no había transformado aún el paisaje, los animales salvajes hacían parte fundamental de dichos ecosistemas y los campesinos los cazaban y consumían como alimento. En cambio, los animales domésticos

76 Véase Leach, 1972.

77 *Ibidem*.

eran parte del entorno familiar. En las áreas rurales colombianas los campesinos mestizos, en general, y los bandoleros, en particular, establecían una relación muy inquietante entre tres sistemas significativos. El primero de ellos es la manera como concebían y nombraban las partes de sus propios cuerpos; el segundo corresponde al uso que hacían de determinados nombres de animales, tanto salvajes como domésticos, cuando los empleaban como alias; y el tercero se refiere a los mecanismos mediante los cuales animalizaban a sus enemigos con el fin de matarlos.

Los campesinos de la época de La Violencia concebían sus propios cuerpos como una estructura que combinaba partes pertenecientes a tres especies de animales domésticos: los cerdos, las gallinas y el ganado vacuno. En dicho sistema de clasificación no aparecen ni nombres, ni atributos pertenecientes a especies salvajes. Respecto al significado que tenían determinadas especies animales, es evidente que las fronteras entre el mundo humano y animal se tornaban difusas y ello se percibe con más fuerza alrededor del tema de las aves. Entre los nombres utilizados por los bandoleros como alias destacan los de aves, los cuales se emplearon con el fin de apropiarse de atributos propios de estos animales, como la velocidad y la destreza. Mediante procedimientos semánticos y miméticos, los bandoleros se transformaban en aves y también convertían a sus futuras víctimas en aves para poderlas cazar. De este modo, establecían un juego de representaciones y autorrepresentaciones que facilitaba el sacrificio de quienes se quería eliminar.

Por ejemplo, para describir ciertos procedimientos como observar, espiar o seguir los pasos de la víctima antes de proceder a matarla, los bandoleros utilizaban los mismos verbos que empleaban cuando cazaban: “pajarear”, “seguirle los pasos”, “espiar”, “pavear”, “palomiar”, “matar desde los matorrales”, “matar sin ser vistos”. Los bandoleros empleaban estos verbos para espacializar al *Otro*, a partir de unos significantes que circulaban entre lo humano y lo animal, de una manera muy fluida. Tales operaciones encontraban su contraparte en la forma como los bandoleros se concebían a sí mismos como cazadores. Si el *Otro* era representado como ave, es decir como animal que podía ser cazado, quien lo cazaba se autorrepresentaba como alguien que actuaba con el sigilo y la destreza con que lo hacen los cazadores. Debido a la familiaridad que tenían los campesinos con los procedimientos de la cacería y el desmembramiento de los animales que consumían, esta forma de concebir la alteridad no resultaba del todo ajena a la cultura. La manera en que el *Otro* era entendido se materializaba a partir del empleo de determinadas palabras y del despliegue de unos medios performativos que tuvieron consecuencias deshumanizantes e inhumanas. Representar al *Otro* como animal facilitaba su destrucción y consumo simbólico.

Por otro lado, para los bandoleros colombianos el alias era un significativo que los personificaba cuando, vestidos como soldados o policías y al amparo de la oscuridad, asesinaban a sus enemigos. Era una identidad que sustituía aquella que les era dada el día en que los bautizaban. La mayoría de los cuadrilleros, tanto liberales como conservadores, utilizaban uno o varios apodos para identificarse. El alias podía representar a un personaje al que se admiraba y se quería imitar, o ser la alusión a un rasgo del carácter del bandolero. Tenía una propiedad mimética ya que, por su intermedio, el cuadrillero hacía suya una cualidad o destreza que muy posiblemente no poseía. Había ocasiones en que el alias le era impuesto al bandolero por sus compañeros de cuadrilla, a partir de su apariencia física. Cuando esto ocurría, el alias aludía a un defecto físico.

Parece haber existido una relación estrecha entre el nivel de escolaridad de los bandoleros y el papel que jugaron los alias. Entre los analfabetas absolutos, por ejemplo, este no solo reemplazó al nombre de pila, sino que lo suplantó en su totalidad, haciéndolo desaparecer. Entre aquellos bandoleros que ocupaban puestos de mando, el alias lo escogía su portador y no lo imponían los compañeros de cuadrilla. Los comandantes llegaron a tener hasta tres alias simultáneamente lo que les permitía eludir la responsabilidad por sus actos.

En los expedientes judiciales, y en otras fuentes documentales consultadas, se registran gran cantidad de alias con nombres de animales salvajes, semisalvajes y domésticos. Entre los que correspondían a especies domésticas se destacan los de *Caballo Grande*, *Ovejo*, *Gata* y *Perro* (imágenes 5-7). Los animales salvajes preferidos fueron de procedencia europea y asiática como *Lobo*, *Pantera Negra* y *Zorro*, entre otros (imagen 8).

Asimismo se registran nombres de mamíferos americanos como *Borugo* y *Mono* (imágenes 9 y 10).

También se registran nombres de aves salvajes como *Cardenal*, *Cóndor*, *Gavilán*, *Mirla*, *Perico*, *Golondrino*, *Tijereto* y *Águila Negra*; y nombres de aves domésticas como *Pollo*, *Canario*, *Pajarito*, *Pájaro Verde* y *Pájaro Azul* (imágenes 11-19).



Imagen 5. Caballo

Fuente: Pixabay.



Imagen 6. Gata

Fuente: Pixabay.



Imagen 7. Perro

Fuente: Pixabay.



Imagen 8. Pantera

Fuente: Pixabay.

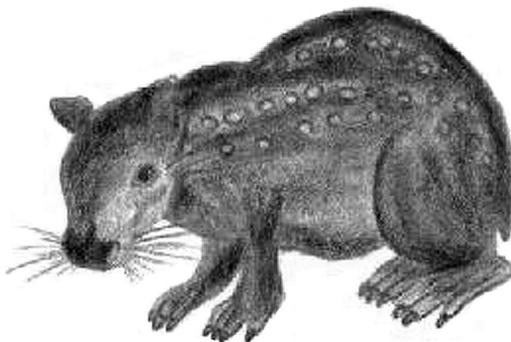


Imagen 9. Borugo

Fuente: Diego León Vásquez. Artista Ticuna de Mocagua.



Imagen 10. Mono

Fuente: Pixabay.



Imagen 11. Gavilán caminero
(*Rupornis magnirostris*)

Fuente: *Guía ilustrada de las aves de la Universidad de los Andes* (Rueda et al., 2017).
Ilustrador: David Ramírez.

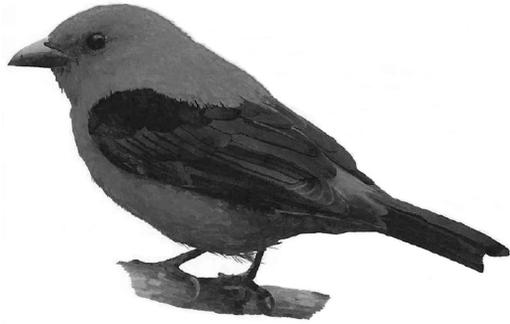


Imagen 12. Cardenal (*Piranga olivacea*)

Fuente: *Guía ilustrada de las aves de la Universidad de los Andes* (Rueda et al., 2017). Ilustrador: Fabián Alejandro Pulido.



Imagen 13. Cóndor

Fuente: Pixabay.

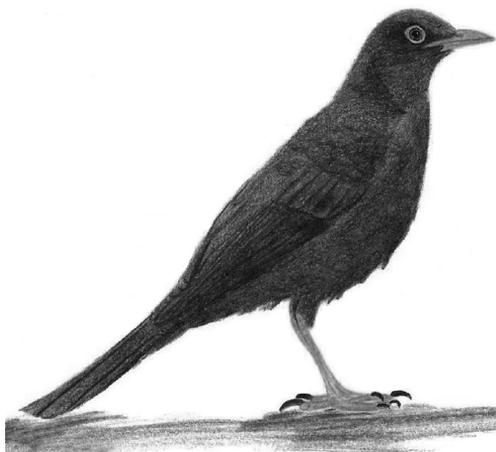


Imagen 14. Mirla (*Turdus fuscater*)

Fuente: *Guía ilustrada de las aves de la Universidad de los Andes* (Rueda et al., 2017).

Ilustradora: Cristina Rueda.



Imagen 15. Perico

Fuente: Pixabay.



Imagen 16. Golondrina (*Hirundo rustica*)

Fuente: *Guía ilustrada de las aves de la Universidad de los Andes* (Rueda et al., 2017).

Ilustradora: Gabriela Villar.



Imagen 17. Tijereto
Fuente: Pixabay.



Imagen 18. Águila negra
Fuente: Pixabay.



Imagen 19. Canario
Fuente: Pixabay.

Sin embargo, no todo era animalidad en el mundo de estos campesinos vueltos bandoleros. También escogían nombres provenientes del folclor popular, de la Biblia o de héroes de la cultura popular mexicana a la cual accedían a través del cine mexicano que se proyectaba de tanto en vez en los pueblos. Hay alias que recuerdan figuras del folclor de dicho país como *Mariachi* y *Charro Negro* (imagen 20), apodos adoptados por dos reconocidos campesinos, el primero liberal y el segundo comunista.

Entre los alias que hacían referencia a personajes de la Biblia, escogieron aquellos que encarnaban el mal como *Judas* y *Cáin*. También se mencionan nombres relacionados con el catolicismo como *Dimas*, *Calvario* y *Milagro*, entre otros. Se mencionan varios que destacan un atributo perverso o siniestro con el cual, posiblemente, se identificaba el portador: *Ave Negra*, *Sangre Negra*, *Alma Negra*, *Mano Negra*, *Sombra Negra*, *Cianuro*, *Rematador*, *Desquite*, *Veneno*, *Incendio*, *Sospecha*, *Peligro*, *Venganza*, *Puñalada*, *Maligno*, *Diablo* y *Hierba Mala*.

Además, se registran alias de algunos personajes provenientes de historietas populares como *Tarzán*, *Supermán*, *Sultán* y *Piel Roja* (imágenes 21-24). Así mismo, aparecen seudónimos que hacen alusión a un rasgo amable o bondadoso del carácter del bandolero, como *Campante*, *Saltarín*, *Tranquilo*, *Errante*, *Sereno*, *Nobleza* y *Prudente*.

Hay alias que aluden a próceres y a figuras históricas reconocidas tales como *Libertador*, *Nariño*, *Santander*, *Córdoba* y *Nerón* (imágenes 25 y 26). Otros sobrenombres eran portadores de un *pathos* ligado al sufrimiento y a la desesperación como *Suicida* y *Mala Suerte*. Nombres que hablaban de grandeza o de fuerza como *Gigante*, *Vencedor*, *Huracán*, *Triunfo*, *Brillante* e *Invencible*. Apodos que recuerdan defectos físicos de sus portadores: *Caratejo*, *Tartamudo*, *Media Vida*, *Arrugado*, *La Vieja* y *Peludo*. Algunos bandoleros prefirieron utilizar seudónimos que hacían alusión a su destreza o rapidez: *Espada*, *Flecha*, *Machetazo*, *Punto Fijo*, *Tiro Fijo*, *Puñalada*, *Zarpazo*, *Chorro de Humo*, *Puñalito*, *Metralla*, *Cartucho* y *Gatillo*, entre otros.

También, se registran algunos alias que se refieren a vicios y a juegos, alias como *Póquer*, *Marihuana*, *Dominó* y *Cerveza* (imágenes 27 y 28). Por último, hay que mencionar algunos que aluden a artefactos pertenecientes a la esfera de lo doméstico como *Crisol*, *Papel*, *Reloj*, *Carriel*, *Lamparilla* y *Merienda* (imágenes 29 y 30).



Imagen 20. Mariachi
Fuente: Camilo Sánchez.



Imagen 21. Tarzán
Fuente: Rick Norwood. Wikimedia Commons.



Imagen 22. Indio Piel Roja
Fuente: Logo registrado de propiedad
de Coltabaco S. A. S.



Imagen 23. Sultán

Fuente: Kimse. Wikimedia Commons.



Imagen 24. Superman

Fuente: Pixabay.



Imagen 25. Billete de un peso, con las imágenes del Libertador y Santander

Fuente: Magnolia Prada Rivas.



Imagen 26. Billete de cinco pesos, con la imagen de Córdoba

Fuente: Magnolia Prada Rivas.



Imagen 27. Marihuana

Fuente: Pixabay.



Imagen 28. Cerveza

Fuente: Pixabay.



Imagen 29. Lamparilla

Fuente: Pixabay.



Imagen 30. Reloj

Fuente: Pixabay.

SEGUNDA PARTE

LAS MASACRES COMO SÍNTOMA SOCIAL

La definición freudiana de *síntoma* dice que se trata de una cierta formación que solo existe porque el sujeto ignora alguna verdad fundamental sobre sí mismo y que, en cuanto el significado de esa verdad se integre a su universo simbólico, el *síntoma* se disolverá. El *síntoma* es, por lo tanto, aquello que queda sin simbolizar, algo que no debe ser puesto en palabras. Según Lacan⁷⁸, el *síntoma* aparece inicialmente como una traza que nunca dejará de serlo, algo que solo se podrá entender cuando el proceso psicoanalítico haya avanzado lo suficiente. El significado del *síntoma* se construye retroactivamente, a partir del marco significante que provee el proceso psicoanalítico encargado de darle un sentido simbólico al *síntoma*.

En las fronteras entre el psicoanálisis y la antropología se pueden ubicar algunos de los trabajos adelantados por antropólogos como Gananath Obeyesekere y Begoña Aretxaga, quienes utilizan de manera muy sugestiva el concepto de *síntoma*. En su trabajo sobre la protesta carcelaria en Irlanda del Norte, conocida como *Dirty protest*, Aretxaga retoma el concepto de *síntoma* de Žižek con el objeto de leer la instrumentalización que los prisioneros republicanos hicieron con su cuerpo al utilizar sus propias heces como un arma política en contra del régimen carcelario. Para dicha autora, las heces con que los prisioneros untaron las paredes de sus celdas fueron un arma física y simbólica. Pero también eran el *síntoma* de su propia alineación y un *síntoma* social que ella lee como reelaboración de la historia anglo-irlandesa. Es esta última lectura la que me interesa en relación con las masacres en Colombia, pues es allí donde Aretxaga se refiere

78 Lacan, 1966.

a la amnesia histórica y a la negación. Es al considerar las heces como un síntoma del desorden político de Irlanda del Norte que Aretxaga retoma la idea del síntoma como algo que se resiste a la simbolización⁷⁹.

Siguiendo una línea analítica freudiana, enriquecida posteriormente por Lacan, Žižek retoma el concepto de síntoma y lo traslada al mundo de lo social para hablar de los síntomas sociales. Dicho autor considera que cada ruptura histórica cambia de manera retroactiva el significado de las tradiciones y reestructura la narración misma del pasado, permitiendo una nueva lectura de los síntomas sociales. Para ilustrar su argumento, se vale del Titanic en su condición de residuo material que materializa un gozo imposible y terrorífico. Se refiere a los hierros retorcidos del naufragio como si fueran el remanente de un gozo petrificado⁸⁰. En síntesis, Žižek define el *síntoma* como una formación significativa particular y patológica, como una mancha inerte que no se puede incluir en el circuito discursivo.

Las guerras internas en Colombia no han sido guerras regulares, pues estas se han caracterizado por los ataques sorpresivos, generalmente nocturnos, durante los cuales los grupos armados embisten por sorpresa y matan a sus víctimas para luego replegarse a las montañas. Los procedimientos comunes de tales ataques han sido actos de extrema barbarie, entre los cuales se pueden mencionar las masacres, las mutilaciones corporales y las violaciones. El análisis de documentos que hacen referencia a las guerras civiles del siglo XIX permite corroborar que las masacres fueron prácticas comunes en dichas guerras y que estuvieron acompañadas por todo un repertorio de actos atroces. También se constata que, al igual que durante La Violencia, al enemigo se le mataba de un tiro por la espalda para luego proceder a desmembrar su cuerpo mediante la ejecución de una serie de cortes que, muy posiblemente, se hacían *post mortem*. Tales comportamientos con el cuerpo del enemigo no han variado sustancialmente a lo largo de los dos últimos siglos, aunque es posible evidenciar que las mutilaciones ejecutadas por los paramilitares se han desacralizado y han perdido los contenidos rituales que tuvieron durante La Violencia.

El siguiente relato hace parte de la declaración de Epifanio Morales en el proceso seguido por el consejo verbal de Guerra contra Gaitán Obeso y Acevedo, cabecillas de la rebelión de 1885. En él aparecen descritos los procedimientos de mutilación que son característicos de las masacres del siglo XX:

Me acerqué y lo examiné cuidadosamente: las órbitas, de las cuales habían desaparecido los ojos, solo contenían tierra y nada más. Un machetazo formidable, en la parte posterior del cuello, había separado casi la cabeza del

79 Véase Aretxaga, 1995.

80 Žižek, 1989.

tronco; al lado izquierdo de la cara tenía otro machetazo que le desbarató la mandíbula desde la oreja hasta la extremidad de la barba. Un tercer machetazo en la espalda lo cruzó de uno a otro lado, partiéndole la columna vertebral; otro más en los dos antebrazos que, a juzgar por la señal de las ligaduras que se marcaban en la piel, supongo que, para no tomarse el trabajo de desatar un nudo, resolvieron abreviar la operación con el filo de un machete. Por último, un balazo, recibido por la espalda, presentaba en el pecho una herida con la cual, a mi juicio, habría bastado para quitarle la vida. Digo que el balazo fue recibido por la espalda porque la herida de esta parte del cuerpo era doblemente pequeña con relación a la del pecho, y sabido es que la bala del Remington produce ese efecto. Y que si esa herida fue la primera que recibió la víctima, lo demás que se hizo solo ha servido para hacer odiosos a los victimarios, cuyos instintos feroces sobrepujan a los de la hiena⁸¹.

La anterior descripción podría corresponder a cualquiera de los expedientes judiciales de la época de La Violencia o al relato de una masacre ejecutada por paramilitares durante la década de 1990. Independientemente de cuál sea el contexto histórico que las circunda, poco parecen incidir las condiciones de modernización y urbanización que transformaron al país a lo largo del siglo xx. La persistencia de tales prácticas es la que da lugar a pensar que las masacres son síntomas de un antagonismo social que no ha encontrado canales de expresión dentro del pacto simbólico, por lo cual, sus contenidos se resisten a la simbolización.

En Colombia, las masacres han sido fundamentalmente un asunto entre hombres pues, tanto los asesinos como la mayor parte de las víctimas, pertenecen a ese género. Las mujeres han estado presentes durante los hechos y han sido testigos de excepción de estos, junto con los menores de edad. Durante La Violencia, los autores de las masacres separaban deliberadamente a las mujeres y las ubicaban, junto con los menores de edad, en los límites del espacio sacrificial, por lo cual, ellas generalmente oían, mas no veían, lo que sucedía. El sufrimiento de las mujeres fue inconmensurable, pues soportaron en silencio el asesinato a sangre fría de sus padres, esposos, hermanos e hijos. Ellas, literalmente, se escurrían de la escena de la masacre escapando, junto con los niños, por entre los cafetales y los sembrados próximos a la vivienda campesina donde ocurrían los hechos. Como se trataba de una cacería, los asesinos atrapaban a los varones, quienes eran sorprendidos de noche, mientras sus compañeras huían despavoridas.

Se desconoce a cuántas mujeres violaron durante los años que duró La Violencia. Lo que sí se sabe es que, con mucha frecuencia, sus cuerpos aparecieron mutilados y desventrados entre las pilas de cadáveres fotografiados por los peritos en las morgues y en ciertos espacios públicos.

81 Tomado de Anónimo, sin fecha.

Las violaciones no fueron masivas y sistemáticas como las que menciona Veena Das en sus estudios sobre el proceso de partición entre India y Pakistán⁸². Sin embargo, se trató de violaciones muy significativas por el silencio social que las circunda. Nadie en Colombia habla del sufrimiento que padecieron estas mujeres campesinas durante La Violencia.

A medida que se profundiza en los confusos hechos que anteceden y preceden a una masacre, a través de las declaraciones temerosas de sobrevivientes y testigos, del estudio de los miles de fotografías que reposan en los archivos de los periódicos y en registros particulares, del análisis de los mensajes anónimos y demás documentos anexos a los expedientes judiciales; van tomando cuerpo sentimientos contradictorios y confusos. La ausencia de descripciones por parte de los autores de las masacres es notable. Ello se debe a la impunidad que rodea estos hechos y a que ninguno de los procesados confiesa haber cometido los actos que se le imputan. Lo anterior contrasta con la enorme riqueza descriptiva de los relatos de quienes hablan, la mayoría de ellos, testigos que sobrevivieron a la masacre. La ausencia de testimonios directos por parte de los autores se ve compensada por la información que proporcionan segundos y terceros, los que vieron con sus propios ojos, y los que oyeron contar a los que vieron. Ante las fotografías de esos cadáveres desmembrados y mutilados, ampliamente descritos por quienes hacen las necropsias, surgió la necesidad de incorporar en el análisis una teoría relacionada con la impureza y la contaminación, con la semiótica, con el simbolismo corporal y con el sacrificio.

Definición y estructura ritual de las masacres

Una masacre es la muerte colectiva de varias personas, provocada por una cuadrilla de individuos y caracterizada por una determinada secuencia de acciones. Durante La Violencia, las víctimas de las masacres se contaban desde cuatro hasta cien y quizá más. Su escogencia estuvo orientada por motivos políticos, por venganzas familiares y, en algunos casos, por el simple azar. Los autores fueron grupos de personas armadas, relacionadas entre sí, ya sea por lazos de sangre, por parentesco adquirido o por filiación política. Su número variaba desde unos pocos individuos hasta más de treinta. Autores y víctimas de las masacres fueron, en general, pequeños y medianos campesinos que vivían aislados en sus veredas, inmersos en una economía de subsistencia integrada al mercado nacional.

Las masacres de La Violencia eran actos rituales llevados a cabo al margen de las actividades cotidianas y con una secuencia de acciones que

82 Das, 1995.

tenían determinado orden. No se trató de actos casuales ni fortuitos sino acontecimientos reiterativos por medio de los cuales sectores rurales, marginados del ejercicio del poder, ejercieron una forma extrema de poder. Uno de los efectos que perseguían sus autores era establecer, mediante la implantación del terror, un predominio partidista allí donde existía paridad entre los miembros de los dos partidos políticos. La extrema polarización que instauró el bipartidismo en las zonas rurales impidió las soluciones mediadas por intermedio de terceros. Un tercero que, bien podría haber sido el Estado, estaba ausente y los individuos se veían obligados a resolver el conflicto hombre a hombre. La venganza alimentaba las masacres ya que la gran mayoría se llevaron a cabo para vengar la muerte de parientes asesinados en masacres anteriores. El intervalo entre una y otra podía ser de meses o de años. Como decía uno de los campesinos entrevistado por Alfredo Molano:

Las cosas van pasando de unos a otros, de los taitas a los hijos y eso ya no para. Uno ve que un día matan a uno y nadie sabe por qué. Pero uno que ya ha vivido sabe que fulano tenía rencillas con zutano, que este mató a un hermano de aquel hace 20 años, y esas venganzas quedan allí y de pronto salen. Por eso digo yo, que la guerra no se ha acabado, es un animal que está vivo.

Es imposible establecer la ley de equivalencias que alimentaba la cadena de las venganzas. Por la muerte del padre, de la madre, de un hermano o de un hijo del jefe de la cuadrilla, era posible que se necesitaran muchas muertes del otro bando. Por lo general, el número de víctimas que debían sacrificarse para vengar la muerte de un pariente era mayor que el número de las víctimas que debían ser vengadas. Lo anterior parece sugerir una sobrevaloración de los propios muertos y una subestimación de los ajenos. En la mayoría de los casos, si no podía desagradiarse la muerte de un pariente liquidando al autor material de dicho asesinato, se escogían algunos copartidarios suyos que lo sustituían. Estos reemplazos no solo abarcaron a los familiares y a los copartidarios sino a todo aquello que estuviese ligado con quien se deseaba liquidar, su mujer, sus hijos, sus animales, su casa y sus cosechas.

El seguimiento cuidadoso de los datos consignados en los expedientes judiciales de las masacres permite distinguir una secuencia de acciones que se pueden dividir en tres fases. La fase preliminar se iniciaba con los avisos y amenazas de muerte que aparecían días antes de la masacre, en las veredas y en algunos sitios frecuentados por los adversarios o miembros del partido político contrario. Tal y como lo narra García Márquez en *Crónica de una muerte anunciada*, en Colombia los asesinatos siempre se presienten debido a los rumores que corren de boca en boca y de vereda en vereda. Cuando las víctimas eran desconocidas por los victimarios y

habían sido escogidas simplemente por pertenecer al partido político contrario o por ser copartidarias de aquel a quien se deseaba matar, no había avisos previos. En ese caso, el “sapo” o delator era quien le indicaba a la cuadrilla dónde vivían sus futuras víctimas. También había casos en que los sacrificados se escogían al azar, sin que importara su filiación política. Las cuadrillas solían merodear por las veredas y caminos por donde transitaban y vivían sus adversarios políticos y sus posibles víctimas. Para llevar a cabo la masacre, los bandoleros acudían a varias estrategias para protegerse y evitar que la violencia que iban a ejercer se volteara contra ellos. La más significativa de todas tenía que ver con el tipo de prendas militares que utilizaban, vestimentas que nunca eran las indumentarias cotidianas. Las usaban, entre otras razones, porque propiciaban situaciones ambiguas que ellos aprovechaban a su favor. Las víctimas, creyendo que se trataba del Ejército o de la Policía, abrían las puertas de sus casas, dejándolos entrar en vez de huir en estampida a través de los matorrales. Al respecto, decía un testigo en uno de los expedientes judiciales:

En la casa de los NN guardan los cascos y los uniformes. Llevan la comida envuelta en hojas de plátano. Ellos salen todos juntos a andar de noche y se ponen los vestidos y una cosa que se ponen en la cabeza con barbuquejo (el casco militar), y después vuelven y se los quitan y los guardan.

El uso de prendas que no son las cotidianas tiene que ver con la necesidad que tenían los bandoleros de desprenderse de estas una vez consumado el hecho pues quedaban manchadas de sangre. Para ello, enterraban o quemaban las prendas con el fin de hacerlas desaparecer. Otras estrategias de protección eran las de utilizar amuletos, escapularios y tatuajes, así como apodos y alias por medio de los cuales se nombraban entre ellos mientras se llevaba a cabo la masacre.

La segunda fase iniciaba cuando irrumpían los victimarios en la casa campesina donde vivían los supuestos enemigos. Dicho acto conformaba el espacio sacrificial. El escenario de las masacres era casi siempre el mismo: una vivienda campesina aislada, donde todos dormían, porque era de noche, o estaban comiendo y se preparaban para ir a dormir. Los bandoleros entraban al patio de la casa, por lo general empleado para secar el café, y lo hacían algunas veces de manera silenciosa y otras descargando con fuerza las escopetas y los fusiles en el suelo. Siempre se anunciaban: “abran, somos la ley”. Comúnmente, llamaban al dueño de la casa por su nombre, dato que les facilitaba el “sapo”, y el dueño de casa se despertaba y abría la puerta pensando que se trataba de policías o soldados que venían a hacer una requisa. Los primeros momentos eran de confusión absoluta. A punta de golpes sacaban a las víctimas de los cuartos y las ubicaban en el patio de la casa donde sacrificaban a algunas de ellas. El sobreviviente de una masacre perpetrada por conservadores relata lo siguiente:

A eso de las seis o siete de la noche, reunido con sus padres y demás hermanos en la cocina, después de haber salido de las faenas agrícolas a que estaban dedicados, y a la espera de que la señora Petronila, su madre, les sirviera la comida para luego retirarse a descansar, se presentaron intempestivamente alrededor de ocho individuos que iban cubiertos, enruanados y con sombreros oscuros agachados sobre la frente, quienes gritaron: “se jodieron collarejos, que vivan san Juan y san Pedro, viva el Partido Conservador”.

No había mucha diferencia entre la descripción anterior y la forma como irrumpía en escena una cuadrilla liberal:

Siendo más o menos las cinco o seis de la tarde, estando en mi casa de habitación, en reunión de mi marido, mi hermana y otras personas que acababan de llegar del trabajo que estaban haciendo en una platanera, la estaban desyerbando. Cuando ellos llegaron del trabajo a la casa, yo estaba calentando agua para hacerle un lavado a un mulo macho que estaba recién castrado y mi hermana se iba a bajar la loza para servirles la comida, cuando los vio que llegaban al patio de la casa los sujetos a los que me refiero. Es la gente del Gobierno, no hay que correr [...]. A mi hermano le pegaron un tiro en la cara, con arma corta como revólver. Cayó sobre el lado izquierdo, con la cabeza sobre la banqueta. En seguida le dieron cinco o seis puñaladas en el pecho, lo requisaron, le dieron el bote y le dieron patadas.

La cuadrilla entraba a los cuartos de la vivienda campesina y sacaba a empujones a los hombres al patio. Al jefe de la casa lo amarraban a uno de los postes con un rejo, un alambre o lo que hubiera al alcance y era él a quien mataban primero de un tiro por la espalda. En seguida, procedían con los demás miembros de la familia. Mataban por igual a hombres, mujeres y niños, pero, en ocasiones, algunas mujeres con sus hijos lograban escapar por entre los cafetales y eran quienes daban aviso a las autoridades o a los vecinos. Posteriormente, era a ellas a quienes interrogaban los jueces encargados del caso. Fueron esas mujeres aterrorizadas quienes dejaron sus pormenorizados relatos, consignados en los expedientes judiciales:

Siendo las ocho y media de la noche, cuando nos disponíamos a rezar el santo rosario, en compañía de mi esposo, mi papá, mi mamá, una menor de doce años de edad y mi niña pequeña de catorce meses. Estando yo sentada en la cama cargando la niña, y mi esposo a un lado, acariciándola, cuando papá llamó a mi esposo diciéndole que lo necesitaban afuera. Él saltó inmediatamente y le preguntaron: ¿quién vive aquí?, y él contestó: Antonio Rodríguez; preguntaron luego: ¿de quién es esta finca?, y papá contestó: de Jesús Rodríguez. A ese entonces se oyó en el patio un ruido como de descargar armas de largo alcance, como fusiles o escopetas. En el mismo momento entraron al corredor varios hombres uniformados de vestidos de color verde, casco metálico de color verde y con armas de fuego que no pude ver si eran fusiles o escopetas; llevaban cinturones con cartucheras negras a la cintura y también había unos con una bandita, en la que portaban balas. Al tiempo que entraron al corredor uno de ellos dijo que iban a hacer una requisa. Uno de ellos se dedicó a pedirle el revólver en voz alta a mi

esposo y él les decía que en la finca no tenía revólver. Ese mismo que preguntaba por el revólver preguntó a cada uno de los que estaban en la casa, o sea, a mi esposo, mi papá y un trabajador, cómo se llamaban. Luego, uno de ellos hizo pasar a mi papá de ahí de donde estaba sentado a una esquina del corredor, frente a la puerta que da salida para el patio; mientras que entró, arrancó la antena del radio, y al oír una voz en el corredor que dijo “ya”, fue y amarró con la antena a papá, las manos por detrás. En ese momento nos empujaron hacia una pieza y desde allí vi cuando un hombre disparó a papá por detrás en la cabeza; estando en el suelo cuando vi que le hizo otro disparo y sentí el disparo que le hicieron a mi esposo y un grito muy fuerte lanzado por este. Luego, los que estaban en la pieza custodiándonos nos quitaron los aretes a mi mamá y a mí y nos dijeron que les entregáramos la plata, el dinero y que no hiciéramos ruido porque nos mataban. Después, fue uno de estos hombres y cogió a la menor para llevarla a otra pieza; se llevaron la niña para la pieza y yo no volví a saber de ella hasta pasado un rato que la condujeron los mismos. Ya después que se fueron los hombres nos contó la niña que estos hombres la habían estropeado [...]. Me hicieron entregar la niña a mi mamá y me llevaron a otra pieza, donde dos hombres de esos abusaron de mi cuerpo. Luego, uno de ellos me preguntó que si los muertos eran liberales o conservadores. Yo le contesté —no sé—, y entonces me dijo: —váyase a ver a sus hijos.

Podía o no haber tortura previa a la ejecución. En las masacres ejecutadas por la policía “chulavita”, esta torturaba a las víctimas de múltiples maneras, lo cual afectaba no solo a la víctima sino a los allegados; a quienes se les obligaba a presenciar los abusos y vejaciones o se les restregaba alguna de las partes del cuerpo de las personas asesinadas. Las torturas más comunes fueron amarrar a las víctimas con los brazos por detrás y colgarlas, hacerles zanjas con el filo del machete para que se desangraran lentamente y violar a las mujeres de la casa delante de los hombres. Durante el tiempo que duraba la masacre, los bandoleros proferían palabras soeces, amenazas y maldiciones. Mediante el uso de tales mensajes, buscaban establecer una prudente distancia entre ellos y sus víctimas con el fin de evitar ser contaminados. Tales precauciones no dejan de ser paradójicas, pues una vez muerta la víctima, los bandoleros no tenían ningún pudor en manipular su cuerpo y sacarle las entrañas. Lo más común era que a las víctimas se las matara de un tiro, lo que producía la muerte biológica por anemia aguda y, acto seguido, se las remataba mediante la decapitación para terminar desmembrándolas. Este último procedimiento se hacía efectuándole al cadáver una serie de cortes *post mortem* que terminaban por alterar la morfología humana por completo. Los cuadrilleros decapitaban al muerto porque este quedaba con los ojos abiertos y esa mirada indicaba, según ellos, que la persona aún no estaba muerta. Hacían los cortes para que los sacrificados, según palabras de uno de ellos, “quedaran bien muertos”.

A lo largo de todo este proceso, podía tener lugar un procedimiento que para la mayoría de los estudiosos de La Violencia ha pasado desapercibido. Se trata de un rito de paso iniciático mediante el cual los jóvenes

reclutados eran inducidos a cometer atrocidades. En uno de los expedientes judiciales consultados, uno de los cuadrilleros experimentados, mientras le entrega un machete a un novato, le dice: “Tome, pégueme una puñalada a cualquiera de los cadáveres para que se le quite el miedo”.

Paradójicamente, a quien se temía no era al enemigo vivo sino a su cuerpo muerto. Por ello, durante la fase final de la masacre el cuerpo de la víctima era sometido a todo tipo de procedimientos con el fin de desmembrarlo. A la escena final llegaban unos días más tarde los vecinos, parientes y autoridades locales. Estos encontraban cuerpos desfigurados, esparcidos por el lugar, vestigios de un antagonismo social ciego y aniquilador. Dicha escena podía corresponder a algo absolutamente caótico y desordenado donde los cadáveres se encontraban desmembrados, diseminados o apilados por todo el lugar. También era factible hallar escenas donde existía un orden intencional, una verdadera puesta en escena. En esta, los bandoleros ubicaban los cadáveres en fila, sentados o recostados, con las cabezas de los decapitados entre las piernas o sobre el vientre. Esta fase final también estaba marcada por la repartición del botín entre los bandoleros quienes, antes de abandonar el lugar, le prendían fuego a la casa para que los cadáveres quedaran calcinados.

A su vez, era común hallar en el sitio boletas firmadas por los autores de las masacres. Eran textos escritos en la parte interna de las cajetillas de los cigarrillos Piel Roja, sobre las paredes de las casas de las víctimas o en la corteza de los árboles. Haya existido o no una puesta en escena deliberada de los cadáveres con posterioridad a la masacre, la escena final planteaba un nuevo ordenamiento de las partes del cuerpo humano, que lo mirarían aquellos que se hicieran presentes en los días posteriores a la masacre. Este procedimiento buscaba, ante todo, aterrorizar a los habitantes de la vereda quienes huían abandonándolo todo.

Mutilaciones y cortes. Una ruptura real y simbólica del cuerpo

En *Crónica de una muerte anunciada*, Gabriel García Márquez se refiere a los tabúes que separan a los carniceros de los animales que sacrifican:

Yo habría de preguntarles alguna vez a los carniceros si el oficio de matarife no revelaba un alma predispuesta para matar un ser humano. Protestaron: cuando uno sacrifica una res no se atreve a mirarle los ojos. Uno de ellos me dijo que no podía comer la carne del animal que degollaba. Otro me dijo que no sería capaz de sacrificar una vaca que hubiera conocido antes, y menos si había tomado su leche. Les recordé que los hermanos Vicario sacrificaban los mismos cerdos que criaban y les eran tan familiares que los distinguían por sus nombres. Es cierto, me replicó uno, pero fíjese bien que no les ponían nombres de gente sino de flores.

El tratamiento que se le dio a los cuerpos masacrados constituye todo un inventario de cortes y técnicas de manipulación, provenientes del mundo de la cacería. Esta práctica familiarizaba a los campesinos con la carne de los animales, con sus partes vulnerables, las vísceras y el olor de la sangre. Existía una gran cercanía entre los animales domésticos y sus dueños, pues estos últimos dejaban que los cerdos y las gallinas circularan libremente por toda la casa y comieran los sobrantes que quedaban sobre el piso de tierra de la vivienda. Los niños convivían muy de cerca con los pollos, los terneros y los cerdos pequeños. Sin embargo, tal familiaridad no solo era física pues, como se dijo, las identidades individuales también se apropiaban de ciertos atributos animales mediante la utilización de determinados nombres. Sorprende el empleo de algunos verbos para referirse de manera indistinta a los seres humanos y a los animales que se podían cazar.

Mediante las técnicas de desmembramiento y mutilación, llevadas a cabo en la fase final de las masacres, el cuerpo humano se sometió a una serie de transformaciones efectuadas con instrumentos cortantes como cuchillos, puñales y machetes. Los cortes practicados a los cadáveres alteraron por completo la disposición física de las partes del cuerpo de las víctimas. Entre estos cortes se destacaron los siguientes:

Sacaban los ojos de sus órbitas y los exhibían. Dicho procedimiento fue muy común en las guerras civiles del siglo XIX. También cortaban las orejas y las utilizaban para contar el número de muertos. En las prácticas de conteo, las orejas son a la cabeza lo que los dedos a la mano. El CORTE DE OREJAS (imagen 31) fue profusamente utilizado, en un inicio, por los “chulavitas” y luego, por los bandoleros liberales. En ocasiones, también cortaban las manos y las utilizaban para contar el número de muertos.

En el CORTE DE CORBATA (imagen 32), retrotraían la lengua y la exhibían a través de un agujero perforado por debajo del mentón, a la manera de otra boca. La relación de la boca con el cuerpo no es ambigua, pero si la boca se aísla del cuerpo y se construyen otras entidades parecidas a la boca, se crea una gran ambigüedad que se convierte en un potente símbolo. Esto se debe a que el procedimiento establece una analogía clasificatoria con otros orificios corporales. Este corte fue utilizado por los matones conservadores a sueldo quienes eran conocidos como “pájaros”⁸³.

83 Según Juan Felipe Urueña, existen diferentes manifestaciones visuales que aluden al corte de corbata, lo que da cuenta de la persistencia de este tema en el universo simbólico de los colombianos. La imagen del corte de corbata se ha convertido en un tipo de emblema de *La Violencia* y, en general, de la violencia en Colombia. En Estados Unidos y en México la práctica del corte de corbata se conoce como “la corbata colombiana” (*colombian necktie*) y está asociada a las estrategias de retaliación e intimidación de los narcotraficantes. Según Urueña, se trata de un *pathosformel* que pone en escena relaciones patéticas entre la violencia y el silencio y entre la violencia y el lenguaje, temas particularmente propicios para una reflexión sobre los límites de la representación de la violencia. Véase Urueña, 2017.

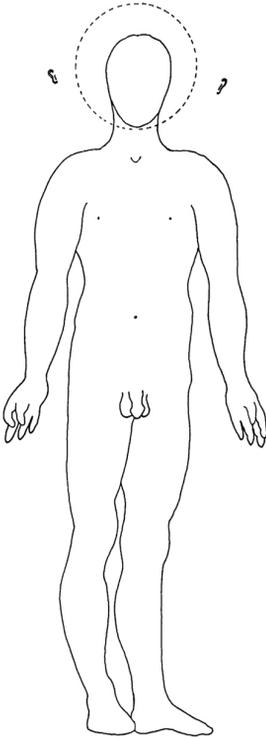


Imagen 31. Corte de orejas
Fuente: dibujo de la autora.

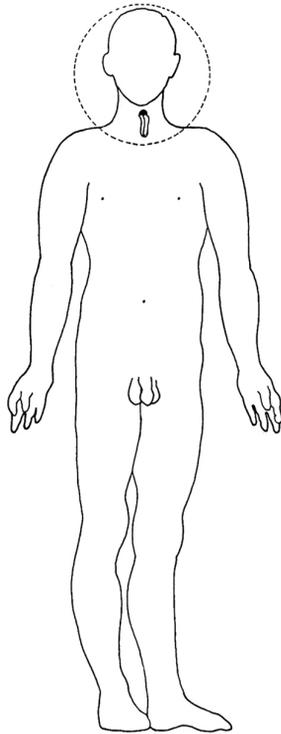


Imagen 32. Corte de corbata
Fuente: dibujo de la autora.

La DECAPITACIÓN (imagen 33) fue una práctica muy común entre los bandoleros de ambas filiaciones ya que aparece registrada en casi todas las masacres. Los campesinos creían que el muerto no estaba bien muerto mientras este tuviera la cabeza.

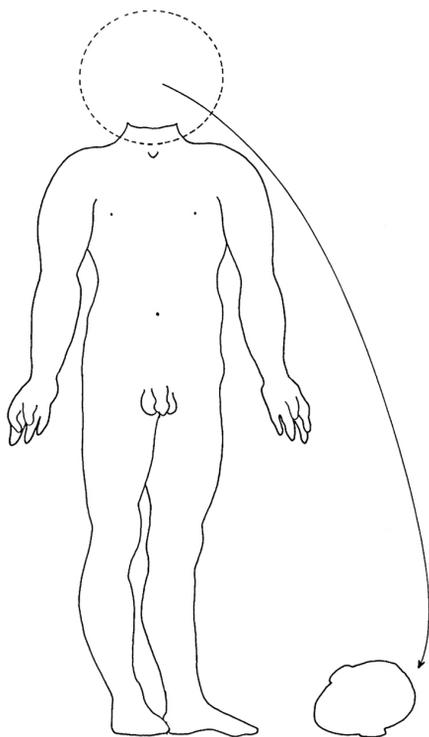


Imagen 33. Decapitación

Fuente: dibujo de la autora.

En el CORTE DE MICA (imagen 34) se decapitaba a la víctima y su cabeza se reubicaba entre sus manos o sobre la región del pubis. Según relataron algunos campesinos a los autores del libro *La Violencia en Colombia*, este corte se originó a raíz del asesinato de un vendedor ambulante que llevaba consigo una mona. El cuerpo del sujeto se encontró con la cabeza del animal entre las manos.

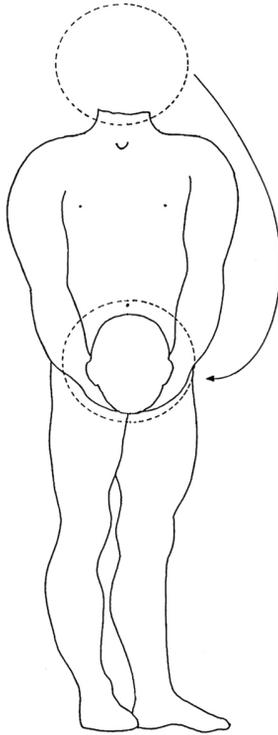


Imagen 34. Corte de mica

Fuente: dibujo de la autora.

El CORTE DE FRANELA (imagen 35) fue uno de los más comunes durante La Violencia y al parecer data de principios del siglo xx, el caricaturista Ricardo Rendón se refiere a este en un dibujo que data de 1916^[84]. Lo utilizó profusamente la policía “chulavita” y lo replicaron los bandoleros liberales. Consistía en cortar los músculos y tendones que sostenían la cabeza, con el objeto de que esta se desplazara hacia atrás, dejando ver un profundo agujero en la zona del esófago.

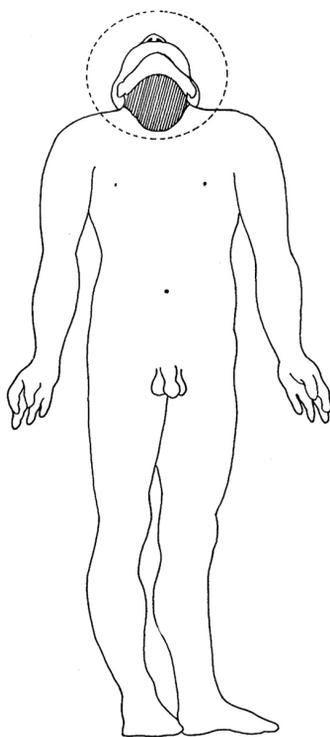


Imagen 35. Corte de franela

Fuente: dibujo de la autora.

84 El dibujo de Rendón se denomina *Corte de franela* y tiene como escenario Orocué, en los Llanos Orientales. El corte de franela se popularizó en el periodo de La Violencia y consistía en degollar a la víctima con un corte alrededor del cuello que simulaba la forma del cuello de una franela o camiseta. Una referencia de cuatro décadas antes de la época citada sobre esta forma de crimen implica que este tipo de corte tiene un pasado más remoto del que suponemos. Dibujo en tinta sobre papel, 15 x 24 cm, Registro AP: 3108. Bogotá, Biblioteca Virtual del Banco de la República.

El CORTE DE FLORERO (imagen 36) aparece citado en el libro *La Violencia en Colombia*. Sin embargo, no se encuentra en ningún otro expediente y, por lo tanto, no fue posible corroborar su existencia. Consistía en cortar y separar los brazos y las piernas del tronco, para posteriormente reubicarlos dentro de este. Para ello, era necesario vaciar el tronco de su contenido extrayendo las vísceras. Además de implicar una completa manipulación no solo de las extremidades sino de las partes interiores, este corte produjo una total transformación del cuerpo humano.

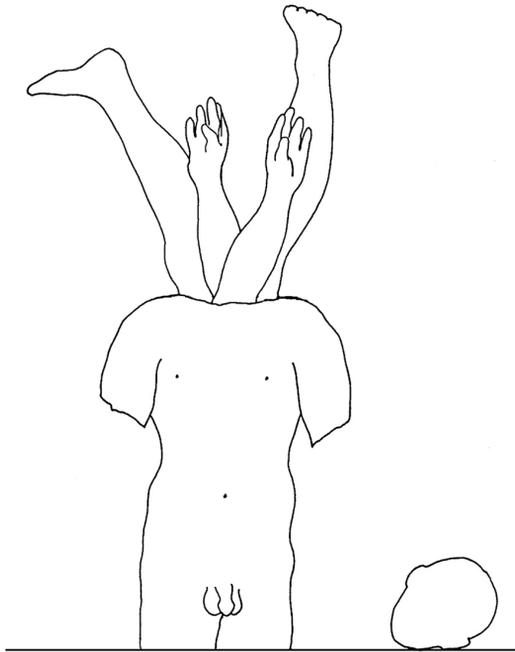


Imagen 36. Corte de florero

Fuente: dibujo de la autora.

La **EVISCERACIÓN** (imagen 37) ponía afuera lo que era de adentro. Fue una práctica muy común durante La Violencia. La extracción de las vísceras se practicaba mediante una o varias incisiones en el abdomen. En las mujeres embarazadas, perforaban el útero y extraían el feto para reubicarlo sobre el vientre de la madre (imagen 38). En muchas ocasiones, este último se reemplazó por un gallo.

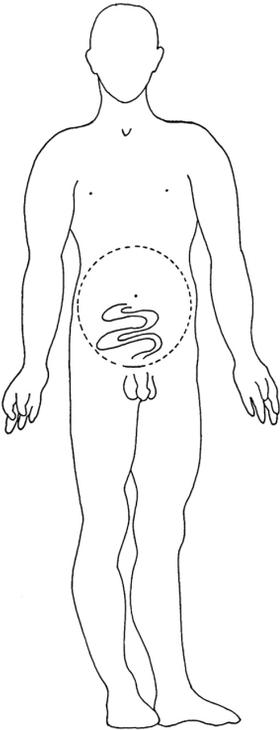


Imagen 37. Evisceración
Fuente: dibujo de la autora.

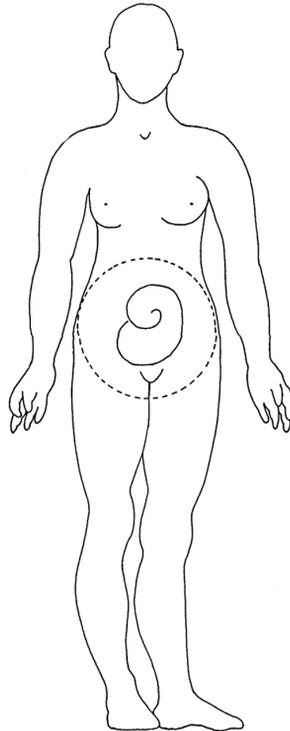


Imagen 38. Extracción del feto
Fuente: dibujo de la autora.

La CASTRACIÓN (imagen 39) fue otra de las prácticas habituales que ponía dentro lo que es de fuera. Mediante este corte, a los hombres se les arrancaban los testículos y los reubicaban dentro de la boca de la víctima.

El CORTE DE LOS PECHOS (imagen 40) se practicó ocasionalmente. Mutilaban los senos de las mujeres y los introducían en la boca de alguna de las víctimas. Este corte en las mujeres equivale a la castración en los hombres.

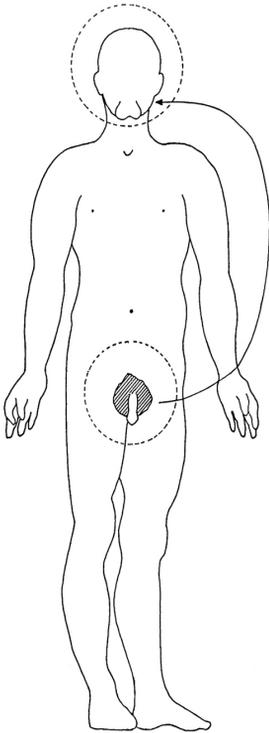


Imagen 39. Castración

Fuente: dibujo de la autora.

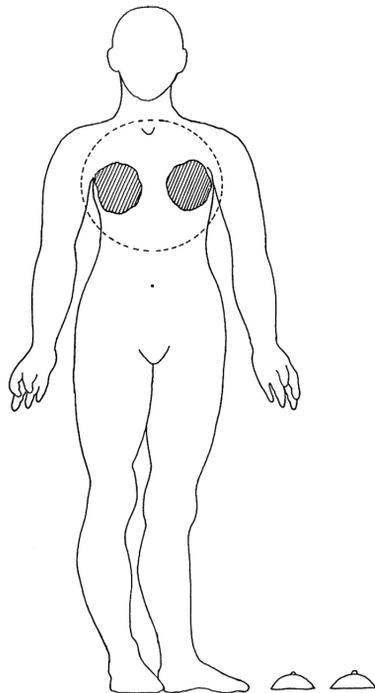


Imagen 40. Corte de los pechos

Fuente: dibujo de la autora.

El DESCUARTIZAMIENTO fue el único procedimiento que destruyó por completo el cuerpo a partir de cortes propinados con la parte afilada del machete. La versión paramilitar del descuartizamiento fueron los cortes propiciados con sierra eléctrica. Consistía en despedazar en trozos menuditos el cuerpo humano el cual quedaba reducido a “un montón de carne”.

También hay que mencionar dos cortes que establecían analogías con el mundo de la culinaria. El primero de ellos se conoce como BOCACHIQUIAR y consiste en abrir con el machete una serie de zanjas oblicuas en la espalda de la víctima con el objeto de dejarla desangrar. El verbo deriva de la palabra “bocachico”, con la cual se designa a un pez al que los pescadores acostumbran a hacerle zanjas poco profundas con el cuchillo para facilitar su cocción. El otro corte, denominado CORTAR PARA TAMAL, hace alusión al descuartizamiento del cuerpo humano. El nombre se refiere al procedimiento de “pedacear”, dividir la carne, junto con otros componentes, para conformar el tamal o envuelto de maíz. Verbos como “bocachiquiar” y “picar para tamal” establecen una estrecha relación entre el mundo de la culinaria y los procedimientos sacrificiales.

La fase final de las masacres introdujo un nuevo orden en la clasificación corporal. Para los campesinos, dicha recomposición corporal implicó un desorden que destruyó las configuraciones simbólicas existentes. Esta reclasificación afectó principalmente dos planos de oposición, arriba-abajo y adentro-afuera. El mecanismo para implantar este nuevo orden fue el de ubicar afuera lo que era de adentro —exhibir y mostrar lo más íntimo— y poner arriba lo que era de abajo y viceversa. La inversión total se produjo al ubicar la cabeza en el lugar de los órganos sexuales y, al colocar los órganos sexuales en la boca.

El poder de los bandoleros emanaba no solo de la manipulación que ejercían sobre la vida de los otros, sino de su intervención directa sobre el sistema de clasificación corporal. La omnipotencia con que actuaban quienes desorganizaban lo que la naturaleza había ordenado de cierta manera, crecía en proporción con el terror que infundían entre los campesinos. Los autores de las masacres no solo eran campesinos liberales y conservadores enfrascados en una guerra fratricida; también eran católicos bautizados que asesinaban, y para hacerlo establecían ciertas analogías entre humanos y animales con el fin de deshumanizar a los primeros. Lo anterior no deja de ser paradójico ya que el bautizo es un ritual que le otorga al iniciado calidad de ser humano y, por ende, a los demás bautizados. Sin embargo, como dice Alonso Moncada en su libro *Otro aspecto de La Violencia* “no somos un pueblo de católicos sino de ritualistas”⁸⁵. Lo anterior señala la desconexión fundamental que existía entre los aspectos

85 Moncada, 1963.

doctrinarios y éticos de la religión católica y las prácticas sociales. Los marcos cognitivos anteriores, sumados al extrañamiento social que separó a liberales y conservadores y a la concepción animalizada que unos y otros tenían del cuerpo de sus enemigos, fueron factores que contribuyeron a que los bandoleros, en el momento de matar a sus supuestos adversarios, desincorporaran sus cuerpos de la esfera de lo humano.

La imagen del cuerpo entre los campesinos

Todo el repertorio de técnicas de manipulación del cuerpo del *Otro* estaba directamente relacionado con la forma como los campesinos concebían su propio cuerpo. Se trataba de una estructura que combinaba rasgos, miembros y órganos de diferentes animales domésticos. De ello dan prueba los términos que utilizaban para nombrar sus partes. En efecto, el campesino mestizo de la región andina central, que fue la más azotada por La Violencia, concebía su propio cuerpo como si se tratara de una estructura muy similar a la de los cerdos, las vacas y las gallinas. La terminología que utilizó para denominar las partes del cuerpo provenía de esferas como la de la economía doméstica, concretamente de la cacería y la carnicería. Las partes del cuerpo que el campesino consideraba como más importantes eran la cabeza, el corazón y todo lo contenido en el abdomen. A continuación, aparecen, en orden descendente, los nombres de las partes del cuerpo humano:

El TUSTE (la cabeza). Palabra con la que también se designaba la cabeza de animales como las vacas. Para el campesino, la cabeza estaba compuesta por partes duras, como los huesos, y por partes blandas o vulnerables, entre las que se encontraba la corona, ubicada en la parte alta del cráneo y concebida como una abertura que permitía la entrada y salida del aire. Según los campesinos, un golpe en este segmento de la cabeza era mortal porque “le podía entrar aire a los sesos” y provocar la muerte.

Las VISTAS (los ojos). El área central de los ojos era llamada la niña. Dentro del sistema de clasificación del cuerpo, esta era la única parte que tenía, para los campesinos, atributos humanos. La niña de los ojos jugó un papel central en el contexto de las masacres debido a que los muertos que quedaban con los ojos abiertos no eran considerados verdaderos muertos y, por ello, se les propinaba una segunda y hasta una tercera muerte⁸⁶.

Un dato crucial respecto al problema de la deshumanización que circunda las masacres es que no fue posible registrar entre los campesinos ninguna palabra de origen animal que se hubiese utilizado para designar la cara.

86 De ahí el nombre del libro *Matar, rematar y contramatar*, una sugerencia que me hizo el profesor Gerardo Reichel Dolmatoff, a quien agradezco.

Tal ausencia puede deberse a que la cara de los animales es completamente diferente a la de los seres humanos, por la naturaleza de la mirada.

El **GUACHARACO** (el cuello). Con esta palabra se designaba tanto el cuello humano como el de ciertas aves que emiten un sonido muy agudo y estridente. Resulta muy sintomático que, esta sección tan vulnerable del cuerpo, siempre blanco de los machetazos en la decapitación y el corte de mica, se nombró así a partir del cuello de las aves. En Colombia, los campesinos matan a las gallinas y, en general, a las aves que van a consumir torciéndoles el cuello. Otra palabra para designar al cuello era **GUARGÜERO**, término utilizado para denominar esa misma parte del cuerpo en las gallinas. Lo anterior significa que el cuello humano era asimilado por los bandoleros al de la gallina y no al del cerdo, muy posiblemente porque este último no tiene diferenciada esta zona del cuerpo.

La **AORTA**. El nombre proviene de la anatomía moderna. Sin embargo, ello no implicó que la aorta fuera concebida por los campesinos como la define la ciencia médica. En realidad, estos creían que se trataba de una vena que corría por el lado izquierdo del cuello y que unía al cerebro con el corazón; por ello, la convertía en una zona extremadamente vulnerable.

El **BUCHE** (el estómago). Esta área del cuerpo era designada con la misma palabra utilizada para nombrar el estómago de los cuadrúpedos. Los campesinos suponían que su estómago era idéntico al del cerdo. Entre las partes que integraban el buche hay que mencionar al **CUAJO**; este órgano no tiene correspondencia con ninguna parte del sistema de clasificación moderno del cuerpo humano; sin embargo, para los campesinos se trataba del órgano fundamental del equilibrio y para designarlo, utilizaban una palabra que proviene del mundo de los animales y con la cual se denomina uno de los estómagos de la vaca. Otras partes eran las **TRIPAS**, término que identifica también los intestinos de la vaca. La **VEJIGA** y el **HÍGADO** eran nombres provenientes de la anatomía moderna pero asimilados a los del cerdo y la vaca.

El **CUADRIL**. Esta sección correspondería a lo que modernamente se llama la pelvis. Para los campesinos, se trataba de la estructura ósea que albergaba los órganos de la digestión y el intestino. Con la misma palabra se designaba la parte correspondiente en el cuerpo en los mamíferos de cuatro patas. El campesino establecía una relación muy estrecha entre el cuajo, la vejiga y los testículos, como si estuvieran interconectados.

La **CHOCOZUELA** (la rodilla). Esta parte del cuerpo era denominada con el término que utilizan los carniceros para identificar la rodilla de la vaca, la cual es muy estimada por su sabor.

Las **CANILLAS**. Palabra utilizada por los campesinos para nombrar los huesos de las piernas. Con ella también se denominaban los huesos largos de las piernas de los muertos.

Según lo anotado, y de acuerdo con las tipologías de clasificación propuestas por Ellen⁸⁷, el caso analizado parece corresponder a un sistema de clasificación de tipo sintético. En este, se reúnen elementos de órdenes inferiores sobre la base de sus cualidades distintivas. En el caso del sistema de clasificación corporal de los campesinos, la similitud existente entre las estructuras y la terminología de la clasificación está relacionada con algunas analogías de tipo morfológico. Lo anterior no es ninguna novedad ya que, en la mayoría de las lenguas los términos utilizados para designar las partes del cuerpo humano son tomados de los animales. Sin embargo, en el caso colombiano las analogías van mucho más allá.

Antes de cerrar este capítulo, dedicado a las masacres perpetradas durante La Violencia, quisiera interrelacionar tres conjuntos significativos: el sistema de clasificación corporal, los cortes infringidos a los cuerpos en el proceso de las masacres y los procedimientos semánticos empleados por los autores de estas para cazar a sus víctimas, como si se tratara de animales. El ámbito cultural y cognitivo estuvo marcado profundamente por la cercanía entre los seres humanos y la naturaleza. Las mismas armas usadas por los campesinos y carniceros rurales para despresar los animales que se comían, fueron las empleadas por los bandoleros para desmembrar los cuerpos en el proceso de las masacres. Se trata del machete, ocasionalmente el cuchillo, y en algunas ocasiones el hacha. Al igual que en el sacrificio animal, el cuello humano fue la parte más afectada por los diferentes cortes. Las masacres de La Violencia se convirtieron en eventos rituales durante los cuales los cuerpos de los enemigos se transformaron en textos terroríficos. La impronta ritual se percibe en la forma como aparecían los bandoleros al amparo de la oscuridad, en el carácter sacrificial de los asesinatos y las mutilaciones y en la forma que se concebía cognitivamente a las posibles víctimas. A partir del señalamiento del “sapo”, la percepción que liberales y conservadores tenían de sí mismos y de los otros sufría un cambio que transformaba a vecinos y conocidos en extraños absolutos. Dicho tránsito se facilitaba debido a la presencia de estructuras cognitivas que animalizaban al *Otro* y a la representación estereotipada que los unos tenían de los otros. Una vez desatada la violencia política, esta irrumpía en pueblos y veredas polarizados por la adscripción partidista, induciendo cambios en la percepción que liberales y conservadores tenían sobre sí mismos y sobre sus opositores.

87 Ellen, 1977.

TERCERA PARTE

EL SÍNTOMA EN LA ERA DE LA GLOBALIZACIÓN

En un interesante ensayo, Arjun Appadurai analiza la violencia contemporánea que compromete a vecinos, amigos, parientes y a personas que han gozado de cierta familiaridad social⁸⁸. Una violencia muy similar a la que caracterizó los enfrentamientos entre liberales y conservadores durante el periodo de La Violencia. De manera deliberada, Appadurai deja por fuera de los alcances de su reflexión toda la violencia organizada ejercida por la policía, por escuadrones de la muerte, por torturadores profesionales y por milicianos pagados. Estas últimas modalidades solo las toma en cuenta en la medida en que estén relacionadas con la violencia que se da entre próximos sociales.

Pues bien, el caso del cual me ocuparé a continuación es del tipo que queda por fuera de su análisis, es decir, el de la violencia organizada ejercida por grupos armados constituidos. En el escenario de devastación sistemática e indiscriminada que analizaré en seguida, están presentes tres de las modalidades que Appadurai deja de lado: escuadrones de la muerte, milicianos a sueldo y torturadores. A partir de ahora, me voy a referir a las tecnologías del terror implementadas en Colombia por los grupos paramilitares en los albores del siglo XXI. Se trata de ejércitos irregulares que combaten con la guerrilla, buscando consolidar determinadas posiciones territoriales. Para lograrlo, expulsan a la población local mediante la aplicación de diversas formas de terror. Mi interés, al analizar las manifestaciones contemporáneas de la violencia en Colombia, gira alrededor de la presencia de ciertas estructuras miméticas que comparten los diferentes

88 Véase Appadurai, 1998.

grupos armados y de la percepción que los habitantes rurales tienen de dicho fenómeno siendo, como son, víctimas del terror.

La polarización política que se vive en Colombia a comienzos del siglo *xxi*, hace parte de la atmósfera de sospecha, incertidumbre y paranoia cognitiva que Arjun Appadurai y Liisa Malkki caracterizan como propia de la era de la globalización. Sin embargo, la situación en Colombia es bastante más compleja debido a que la guerra, como hemos visto, no es un asunto nuevo sino de vieja data. A diferencia de lo ocurrido en la antigua Yugoslavia entre serbios, croatas, bosnios y albaneses; entre hutus y tutsis en Ruanda; entre hindúes y musulmanes en la India y entre cingaleses y tamiles en Sri Lanka; en Colombia, la violencia actual no la ejercen personas ordinarias en contra de otras personas ordinarias, sino ejércitos insurgentes que se enfrentan al ejército regular y a sus aliados, los paramilitares. Todos ellos son, en lo fundamental, ciudadanos del pueblo.

En su estudio sobre la violencia entre hutus y tutsis de Ruanda, Malkki considera que los procedimientos violentos permiten construir e imaginar las diferencias étnicas⁸⁹. Según ella, es a través de la violencia que los cuerpos de los *otros* se convierten en especímenes de la categoría étnica a la cual supuestamente pertenecen. Los procedimientos violentos empleados en contra de *otros* para marcar la diferencia corporal, son producto tanto de conocimientos adquiridos como de técnicas que buscan descubrir al *otro*. Según Appadurai, allí donde entran en juego una o más formas de incertidumbre social, la violencia puede convertirse en una certeza macabra y en una técnica brutal para descubrir a los *otros*. Las formas más horribles de violencia étnica funcionan como mecanismos para producir personas, a partir de lo que de otra manera serían simples rótulos difusos y a gran escala, carentes de localización. Aunque Appadurai centra su análisis en la violencia que se da entre próximos, de una manera muy sugestiva también se refiere a casos de violencia política y estatal como la Alemania nazi, la Rusia de Stalin o la revolución cultural China. Refiriéndose a estos últimos considera que rótulos políticos como “terrateniente”, “enemigo de clase” o “contrarrevolucionario” pueden tener una fuerza somática análoga a la de los contenidos étnicos y religiosos, pues se trata de significantes cargados afectivamente.

La relevancia que pueda tener la globalización como detonador de la violencia contemporánea es relativa en casos que, como el colombiano, son el resultado de resquebrajamiento nacionales de más largo aliento. Desde cierta óptica teórica de la globalización se puede pensar que en el contexto de las guerras contemporáneas la representación que *unos* se hacen de *otros* es difusa e indiferenciada. Pero creer, como lo hacen Malkki y

89 Véase Malkki, 1995.

Appadurai, que la ausencia de una diferenciación clara entre los contendores propicia la utilización de procedimientos violentos con el objeto de construir las diferencias, es un argumento insostenible porque ello equivaldría a plantear la supresión del *Otro* como método para establecer los parámetros de la otredad. El estudio del caso colombiano permite corroborar precisamente lo contrario a lo planteado por Malkki y Appadurai pues, a diferencia de lo que ellos creen, en el proceso de las masacres las personas anteceden a los hechos violentos, y es a partir de estos que terminan convertidas en un montón de carne. Por lo tanto, es necesario distinguir entre las tecnologías del terror y las alteridades sobre las cuales se aplican dichas tecnologías. Lo que buscan las primeras es precisamente desnaturalizar a las personas y tender sobre ellas un manto de indiferenciación que facilite su destrucción.

Insurgencia y Estado, una relación mediada por la guerra sucia

Durante las décadas finales del siglo xx, Colombia se convirtió en un país fundamentalmente urbano, concentrando el 70 % de su población en las ciudades. Esa misma proporción poblacional fue la que predominó en áreas rurales durante la época de La Violencia. Los procesos de modernización, la expansión de la cobertura educativa, la promulgación de la Constitución de 1991 que abrió nuevos espacios políticos y la globalización de las telecomunicaciones; contribuyeron a diluir en la mentalidad de los colombianos las identidades políticas bipartidistas que habían prevalecido casi sin modificación hasta bien entrada la segunda mitad del siglo xx.

La Constitución de 1991 fue el resultado de una Asamblea Nacional Constituyente ratificada por voto popular. Como las anteriores reformas constitucionales, esta pretendía poner fin a una nueva crisis de configuración del Estado y darle participación política a sectores que habían permanecido excluidos. Entre las bondades de la nueva Constitución se destacan la superación de la coalición bipartidista que había imperado en Colombia y el reconocimiento de los derechos políticos de las minorías. En efecto, fue solo a partir de la Constituyente de 1991 que, en definitiva, se rompió la exclusividad bipartidista y se puso en jaque la alternancia del poder casi mecánica que el bipartidismo venía ejerciendo desde hacía siglo y medio. Otra de las novedades que introdujo la mencionada Constitución fue garantizarles a las comunidades negras que habitan en el litoral Pacífico derechos colectivos sobre los territorios que han ocupado tradicionalmente. Con ello, se hizo patente el deseo de los colombianos de construir una sociedad pluralmente étnica y multicultural.

Sin embargo, a tan loables intenciones se le atravesó una violencia que ha generado masivos desplazamientos forzados entre los pobladores negros

de la costa, y que ha puesto en un limbo la titulación colectiva de las tierras. La Constitución de 1991 incluyó no solo nuevos derechos sino mecanismos legales que permiten una eficacia instrumental de estos derechos, como son la tutela y las acciones populares. Como dice el abogado Germán Palacio, es posible que con todo ello no se redefina la dirección del barco, pero, al menos, se reduce su velocidad, lo que da más tiempo para proponer maniobras que eviten la colisión. A pesar del clima general de barbarie imperante en las áreas rurales, los movimientos sociales y étnicos lograron hacerse visibles y ser incluidos y tomados en cuenta por el establecimiento político. Ha sido a través del discurso constitucional que los diferentes grupos sociales y étnicos han enunciado sus propias nociones de justicia, orden y comunidad política y han definido sus contornos. Desde 1991, en Colombia hay senadores y representantes indígenas a quienes el Estado les reconoce sus derechos tradicionales y sus propios sistemas jurídicos.

Sin embargo, ni las grandes movilizaciones de la sociedad civil, ni la inclusión política de nuevos grupos sociales, ni los proyectos de reforma institucional que introdujo la Constitución de 1991, lograron revertir las dinámicas de la violencia. A partir de la década de 1980, el narcotráfico hizo su aparición en la vida nacional, contribuyendo a dislocar y a fragmentar aún más el territorio nacional. Durante muchos años se trató de la fuente principal de financiación de los grupos armados insurgentes y paramilitares. La confrontación armada, el terror y el desplazamiento interno forzado que caracterizan a la Colombia contemporánea han ayudado a desestructurar los mecanismos que, a lo largo del siglo *xix* y la primera mitad del siglo *xx*, fueron los responsables de la construcción de comunidad y del sentido de pertenencia. Dicha fragmentación ha contribuido a crear formas autónomas de organización política y de producción simbólica entre las clases subalternas. En las grandes ciudades, que hasta el momento continúan relativamente al margen de la confrontación armada, el Estado, los partidos, la Iglesia y las instituciones se mantienen como referentes políticos y culturales de los ciudadanos.

De acuerdo con el historiador Marco Palacios, el territorio colombiano se encuentra profundamente escindido. Primero, está el país urbano moderno, constituido por las grandes ciudades que, a manera de islas, proveen cierto bienestar. Allí se ejerce la ciudadanía y existe gobernabilidad. En segundo término, está el país rural tradicional que ha sido duramente impactado por la violencia insurgente y paramilitar. Allí siguen imperando las lógicas clientelistas del bipartidismo. El tercer país es el más devastado pues ha sido construido por sucesivas oleadas de campesinos colonizadores que fueron expulsados hacia las fronteras del Estado-nación y dejados a su arbitrio⁹⁰. En dichos territorios, los grupos armados

90 Véase Palacios, 1995 y 2001.

construyeron sus ejércitos, y sustituyeron funcionalmente al Estado y en ellos compiten por recursos y se disputan el control de los cultivos ilícitos. En estos dos últimos países, la dominación la han ejercido de manera diferenciada las guerrillas de las FARC, del ELN y los grupos paramilitares.

La guerra contemporánea se ha movido en dos planos. El primero corresponde a la confrontación directa entre los grupos insurgentes, paramilitares y las fuerzas armadas. En ese enfrentamiento, el Ejército ha tratado de contener el avance de la subversión, que durante la década de 1990 creció y se expandió por todo el territorio nacional. Los fuertes golpes militares, propinados por la guerrilla durante esa misma década, favorecieron el fortalecimiento de alianzas entre militares y paramilitares, delegando en estos últimos el trabajo de liquidar las bases sociales de la guerrilla. Se calcula que unos ocho mil paramilitares operaron bajo la sigla AUC y tuvieron sus campamentos principales en la parte noroccidental del país, cerca de la frontera con Panamá.

El segundo plano de la guerra está estructuralmente ligado al primero. Como ya se dijo, lo protagonizan los grupos armados irregulares contra los apoyos reales o supuestos del adversario. Valiéndose de los grupos paramilitares, los sectores más reaccionarios del establecimiento político han liquidado de manera sistemática a los defensores de derechos humanos, sindicalistas, militantes y simpatizantes de izquierda, líderes campesinos y a todos aquellos que presumen como colaboradores y apoyos logísticos de la guerrilla. La guerra sucia también la practicaron los combatientes de los grupos guerrilleros al secuestrar de manera masiva a ciudadanos de todos los estratos sociales y extorsionar a hacendados, comerciantes, industriales y tenderos. Asimismo, se puede considerar como parte de la guerra sucia el reclutamiento de menores de edad por parte de todos los grupos armados irregulares. En efecto, en Colombia se contabilizan seis mil menores vinculados a los grupos guerrilleros y, en algunos de los frentes, el 30 % de estos son niños. De igual forma, en ciertos frentes paramilitares el número de niños reclutados a la fuerza supera el 50 % del total de los combatientes.

Todo lo anterior llevó a investigadores como Daniel Pécaut y al grupo de intelectuales europeos que conforman el Comité Universitario Francés por Colombia, a considerar que el conflicto que vive Colombia se puede caracterizar como una guerra contra la sociedad, la que, en su conjunto, ha sido convertida en rehén. Hablan de una sociedad "secuestrada y asediada por una guerra que le es ajena" y que ha dejado más de seis millones de desplazados internos. Los mencionados intelectuales afirman que el conflicto no puede caracterizarse como una guerra civil, en el sentido clásico del término, pues la confrontación no corresponde a una ruptura cultural, política o social en la población. Basan su aseveración en las constantes manifestaciones y protestas masivas que organizan los ciudadanos para revelarse en contra de la guerra.

La escala de la guerra contemporánea solo se la percibe si se la compara con otras. Entre 1975 y 1995, en Colombia se cometieron 22 617 homicidios políticos, cifra casi seis veces mayor que el número total de muertos que ha dejado el conflicto en Irlanda del Norte. En efecto, entre 1968, año en que iniciaron los enfrentamientos entre católicos y protestantes, y 2001, el conflicto en Irlanda del Norte dejó un poco menos de cuatro mil muertos. Por cuenta exclusivamente del conflicto armado, en los últimos años la sociedad colombiana ha pagado alrededor del 4,5 % de su Producto Interno Bruto en transferencias que la sociedad le ha hecho a la guerrilla como parte de los pagos e impuestos forzosos que esta le exige a los ciudadanos. Entre 1991 y 1994, los ingresos de la guerrilla crecieron en un 80 % debido a los aportes procedentes del tráfico de cocaína y heroína, de la extorsión a comerciantes, hacendados y ciudadanos en general y de los secuestros masivos realizados entre viajeros que se desplazaban por las carreteras del país. Entre el 2000 y el 2002, esta última modalidad delictiva se convirtió en una verdadera epidemia.

Las masacres paramilitares

Son evidentes las diferencias existentes entre las masacres ocurridas durante La Violencia y las que tuvieron lugar entre 1980 y 2005 por cuenta de los paramilitares. Como dice Gonzalo Sánchez, los guerrilleros de hoy no son los de la década de 1950, y los paramilitares actuales tampoco son los matones a sueldo o “pájaros” de La Violencia. A pesar de las diferencias, los rasgos comunes son sorprendentes. Por ejemplo, los espacios donde ocurren las masacres contemporáneas siguen siendo rurales y los actos atroces que las caracterizan continúan desafiando los supuestos morales de la civilización.

En espacios que pueden ser públicos o privados, unos extraños vestidos con prendas militares aparecen intempestivamente y ejecutan a un número variable de personas que se encuentran desarmadas y son sorprendidas sin que puedan defenderse. Al igual que durante La Violencia, su aparición siempre está presidida por rumores, presentimientos y avisos que anuncian la llegada inminente de los hombres del camuflado. Los lugares donde irrumpen estos extraños, quienes se desplazan por aire o por tierra, no son espacios vacíos, por el contrario, se trata de espacios sociales donde viven y coexisten personas de una manera natural. Son lugares de intimidad y cercanía, llenos de significados culturales, de prácticas cotidianas, de memorias compartidas, espacios que serán dislocados y saltarán en pedazos desde el momento en que irrumpen los individuos desconocidos, vestidos con prendas militares.

En una mañana apacible y soleada de un día del año 1997, cerca de doscientos hombres, vestidos de camuflado y portando rifles de alto calibre,

llegaron por aire para después trasladarse a un caserío donde entraron intempestivamente por la calle principal. Uno de los testigos los describe en los siguientes términos: “eran por ahí unos doscientos hombres. El aspecto físico de ellos, es un aspecto similar a un soldado prestador de su servicio militar, lo mismo que ver un soldado. El peluqueado normal. Totalmente sin capuchas”.

Otro testigo los detalla, tratando de establecer si en realidad eran soldados:

Cuando yo vine y miré, dije: esto no es el Ejército. Porque el Ejército normalmente siempre tiene los distintivos y las ramas, la mayoría carga con fusiles Galil, y esa gente lo que tenía no era Galil. Entre ellos tienen es un arma de proveedor curvo. El Ejército normalmente casi no utiliza eso. Y cargan machete, y el Ejército casi normalmente no carga machete. Y las botas, algunos tenían botas que son parecidas a las botas militares, pero no son [...] Y con camuflado sí, lo mismo que como los profesionales, con camuflados. No tenían la cara pintada y algunos tenían boinas.

La entrada de los hombres del camuflado estuvo acompañada por órdenes y gritos lanzados a los pobladores que transitaban a esa hora por la calle. Los recién llegados hablaban demasiado y tenían un acento que no era del lugar, por lo cual, los habitantes del pueblo los consideraron extraños.

El caserío atacado está comunicado con la cabecera municipal por medio de un camino destapado, tiene servicios de radio, telefonía y una pequeña pista de aterrizaje para avionetas. Los recién llegados coparon el caserío, cortaron la comunicación por radio, destruyeron todos los aparatos y dañaron la planta eléctrica con el fin de dejar al pueblo sin luz. Como dice uno de los testigos entrevistados:

Se trató de algo con tanta sevicia, con tantos cálculos para cometer una masacre, que esta gente aísla el pueblo por varios días y se dedica a observar. Para mí no había solamente allí vulgares matachines. Allí había gente que tenía un plan muy bien preconcebido y sabía lo que iba a hacer, porque aíslan el pueblo por varios días y después que identifican, de manera fría, comienzan a matar.

Una vez congregada la gente en la plaza del pueblo, los del camuflado se dedicaron a gritar algunos nombres que fueron leyendo de una lista que uno de ellos traía consigo. La lista había sido conformada con los datos aportados por un individuo silencioso, cuya cara estaba cubierta por un pasamontañas. Este se limitó a señalar con el dedo a algunas personas. Mientras los hombres del camuflado leían en voz alta nombres de la lista, un sobreviviente le preguntó sorprendido a uno de ellos:

Señor, ¿usted qué le encontró a él?, ¿le encontró armamento?, ¿le encontró uniformes?, ¿le encontró panfletos?, ¿qué le encontró a él? No, es que está

en la lista. Entonces esos murieron porque estaban en la lista, porque un “sapo” los señaló por una plata, porque todos los “sapos” de ellos son pagados. Lo mismo los del Ejército y los de la Policía, es decir, por plata. Cualquier ignorante puede hacer matar a una persona porque le cayó mal o porque no le hizo un favor o por cualquier motivo.

El hombre con el pasamontañas era un “sapo”, un individuo que suele estar ligado a los habitantes del pueblo por vínculos de vecindario y de intimidad y quien, a partir de la delación, hace posible la masacre. Los del camuflado vienen de lejos y, por lo tanto, no conocen a quienes van a ejecutar. Por unos pesos y valiéndose de la máscara, es el “sapo” quien se encarga de delatar a miembros de su comunidad que tienen relaciones, contactos esporádicos, parentesco o simple cruce de caminos con algunos guerrilleros. El señalamiento que hace el “sapo” contamina a las personas marcadas con una alteridad que anticipa su muerte. Al pánico que genera ser señalado, se suma el efecto psicológico de terror que produce en la futura víctima ver aparecer su nombre en la lista. Ambos eventos los induce el “sapo” como agente contaminador. Se trata de una contaminación que se transmite por contagio, a la manera en que la concibe Mary Douglas en su libro *Purity and Danger*⁹¹. Solo que en este caso los peligros recaen sobre el “sapo” trasgresor, quien posteriormente morirá asesinado, y sobre todos aquellos que son señalados por este y que tendrán el mismo fin. El “sapo” es alguien que carece de un lugar específico dentro del sistema social, es un intruso que opera desde un espacio al que ya no pertenece. Su poder emana de su ubicuidad y de su capacidad de moverse y transitar entre *unos* y *otros*.

Ahora bien, no todos los habitantes del pueblo fueron víctimas del exterminio. Como dice uno de los testigos entrevistados:

Algo muy extraño ocurrió porque solo ciertas casas fueron incomunicadas. Por ejemplo, al señor registrador no lo incomunicaron y él estuvo trabajando tranquilo los cinco días que ellos estuvieron matando gente allá. Lo mismo el inspector, con él no se metieron para nada; es que él tiene un primo que es informante y simpatizante de las autodefensas.

El anterior testimonio pone en evidencia quiénes son los contactos locales que facilitan el proceder de los hombres del camuflado. El siguiente relato de una mujer joven, a quien le mataron toda la familia, es desgarrador pues deja traslucir el resquebrajamiento emocional y cognitivo que sufren las víctimas de las atrocidades:

Ellos llegaron a la casa. Uno no puede decir que esta es la verdad o que no es la verdad. Uno los ve lo mismo, porque uno no sabe ni quién es el uno ni

91 Douglas, 1966.

quién es el otro. Mi papá no estaba ahí, ni el hermano. La mayor de todos soy yo y mi papá no estaba ahí, ni estaba yo, ni estaba la otra, ni estaba el otro hermano, el menor de los varones que tiene 16 años [...] ¿a dónde se lo llevaron? Yo no veo el motivo, yo no veo la razón del por qué. Si hubiera sido un guerrillero, dijera uno, es un guerrillero, se buscó su cosa, que lo maten porque el que la debe que la pague. Pero, sinceramente tengo entendido que él no es guerrillero, no era, entonces ¿por qué se pueden llevar al que no es nada? Se llevaron dizque ocho, ocho con Julio el hermano mío.

Fenomenología del terror

¿Quiénes son estos hombres que portan el uniforme camuflado, utilizado de manera indistinta por soldados, paramilitares y guerrilleros en Colombia? Un campesino, incapaz de diferenciar entre sí a los hombres armados que cruzan por su vereda, sembrando el terror y la muerte, decía lo siguiente:

Todos los uniformes son el mismo. Hoy en día hay una confusión en este país. Hoy en día no solamente el Ejército es el que se viste de prendas como el uniforme. Años atrás solamente el Ejército era el que uno veía que usaba el uniforme de camuflado. Hoy en día no. Todos se visten lo mismo y ahí es donde uno se confunde y no sabe qué hacer. Como campesino, todos los uniformes son el mismo.

La anterior es una afirmación de sentido común: si todos los que están enfrentados a muerte —militares, paramilitares y guerrilleros— se visten con el mismo uniforme, es porque son los mismos. Los campesinos y habitantes rurales quedan devastados por el terror que instrumentan de manera deliberada los hombres que portan un fusil y se visten con uniformes camuflados. Y, ¿cuál es la sustancia de dicho terror? Indiferenciación, ambigüedad y confusión son algunas de sus características. Es un terror pegajoso que se construye a partir de los rumores que se entretajan con anterioridad y posterioridad a los hechos, a partir de lo que oyen, ven o imaginan quienes viven en los espacios rurales del terror. Los campesinos desprevenidos que habitan en dichos espacios atribuyen a los autores de las masacres un carácter espectral, carácter que es reforzado por los medios masivos de comunicación cuando se refieren a los asesinos del camuflado como las “fuerzas oscuras” de la sociedad. De esta manera, contribuyen a diluir su identidad y a desdibujar la intencionalidad y racionalidad de sus acciones.

La identidad de los hombres del camuflado es elusiva y produce efectos identitarios y fantasmagóricos que desconciertan a los campesinos que son sorprendidos e interrogados por estos. Por lo general, los del camuflado están buscando información y para obtenerla les plantean a los campesinos una doble propuesta de intercambio: la palabra o la sangre. En tal sentido, el siguiente testimonio resulta elocuente:

Uno no los ve. Uno desde que oye decir que viene un grupo de paramilitares o que viene una tropa de ejército o del que sea, uno no espera para mirar. Uno no tiene la seguridad si vienen a conversar con uno o si vienen a matarlo.

Este tipo de comportamiento ambivalente es propio de la inteligencia militar. Caracteriza a los hombres del camuflado quienes siempre están buscando aliados o informantes entre los campesinos. En algunos casos, los del camuflado dan lugar a un intercambio de palabras que, por lo general, va acompañado por amenazas. Estas pretenden convertir al interrogado en “señalador” (traidor de su propio bando) o en “auxiliador” (aliado). Dichos roles, aunque contrarios, son denominados con la misma palabra, “sapo”.

La construcción de la enemistad entre los hombres del camuflado es un asunto pragmático. Atrás quedó la adscripción partidista que se heredaba de padres a hijos y que polarizaba a liberales y conservadores en los pueblos, veredas y municipios. Ahora, asesinan a los habitantes rurales porque se les percibe como apoyos directos o indirectos del bando contrario. Negociar, conversar con, mostrarse hospitalario, parecerse a otro que ha sido marcado o venderle servicios a los del bando contrario; es suficiente para ser considerado enemigo. A quienes incurren en esos comportamientos se les denomina “auxiliadores”. Estas son personas de la más variada índole que, a partir de un señalamiento colectivo, son deshumanizadas por los asesinos y convertidas en una masa que se desplaza aterrorizada. El ambiente de contaminación en las zonas de guerra es tal que cualquier tipo de intercambio con quienes son considerados enemigos resulta peligroso. Una mujer fue detenida porque a sus hijos se les consideró “auxiliadores” de la guerrilla. En su relato señala lo siguiente:

Mis hijos guerrilleros no han sido, ni matones. Nosotros no hemos sido agua, ni hemos sido pescado. Dígame usted señor, un guerrillero, creo yo, que lo deben encontrar bien armado, hasta los dientes, como están ellos, ¿cierto? ¿Qué guerrillero encontrará usted en un cuarto desarmado o con los brazos cruzados? Usted no los encuentra en esa forma, usted los encuentra es armados hasta los dientes y dispuestos a darle al que les vaya a dar a ellos. Y le dije, mire señor, a mis hijos francamente nunca se les ha visto un arma de fuego en las manos.

La figura del “auxiliador” es parte fundamental de la fenomenología del terror. Ser considerado de esa manera por cualquiera de los bandos es entrar a formar parte de un mundo liminal lleno de peligros. En términos generales, son considerados “auxiliadores” aquellas personas cuyos nombres o apodos hagan parte de las listas que portan consigo los hombres del camuflado:

Yo traté de salvarle la vida a él y a varias personas, pero con resultados negativos. Ser uno de esos seres [...] pero ya estaba en la lista y no había nada que hacer pues ellos venían dizque a hacer una limpieza.

También son señalados como “auxiliadores” aquellas personas que viven en los territorios controlados por los enemigos y que mantienen contactos, así sean esporádicos, con ellos:

Eso por ahí cada año viene esa gente. Aquí habemos unos trescientos campesinos y dicen que somos trescientos guerrilleros. Un niño de dos meses, dicen que es un guerrillero.

Asimismo, se consideran “auxiliadores” quienes tengan alguna similitud física con los hombres o mujeres que aparecen en las fotos manoseadas que portan consigo los hombres del camuflado. Parecerse a otro que ya ha sido señalado y marcado es quedar contaminado de su misma sustancia. Tal fue el caso de una muchacha que vivía en una vereda campesina y a quien los del camuflado le sacaron una foto del bolsillo para compararla con otra que ellos traían consigo y hacerle creer que era la misma persona. Un testigo que presenció el interrogatorio relata lo ocurrido:

Llegó ese gentío y como ella era una muchacha bien simpática, los hombres comenzaron a charlar con ella. Todos decían que está muy linda [...] Entonces vino el muchacho y la abrazó. Ella cargaba una foto en el bolsillo, una foto de ella y ese muchacho vino y le sacó la foto que se tomó cuando tenía doce años. Ese señor le mostró la foto a otro y ese otro uniformado sacó otra foto y se las presentaron juntas. Ella como era conciencia limpia les dijo: pero ustedes, ¿por qué comparan mi foto con esa? Entonces dijeron: usted se parece a esa otra. La otra foto que ellos cargaban era de una mujer uniformada. Ella dijo: no, yo no soy, yo tengo testigos que yo no soy porque yo me hice mujer aquí. Entonces vino la señora y les dijo —¿a ustedes qué les pasa con la muchacha? —¿Es su hija? —No, no es mi hija, ella trabaja donde mí, pero ella no es hija mía. Entonces le dijeron —vea esta muchacha, se parece a esta. Ella dijo —sí, un diablo se parece a otro. Entonces dijeron —está muy linda y tenemos mucho que charlar y se la llevaron. La queremos para nosotros porque es muy bonita. Entonces vinieron y la sacaron y entre las siete y las nueve oímos tres tiros. Se desapareció la muchacha y al otro día la busqué y nada. Y el viejito buscó ese día y no la encontró. Y se metió otro día y la encontró. Vio la sepultura en donde estaba, dejaron una sandalia afuera, eso es todo.

Por último, también son considerados “auxiliadores” quienes le dan sepultura a los muertos que han sido asesinados por el bando contrario. Un campesino relata lo que le ocurrió al respecto:

Yo vi un cuerpo por allá en el río y entonces como nadie lo sacaba yo lo saqué y dicen que era el papá de un guerrillero y por eso me dijeron que dizque yo era auxiliar de la guerrilla, porque yo había sacado al papá del guerrillero.

Como puede verse, no existe un estereotipo único que identifique a los “auxiliadores” pues se trata de una categoría que se construye de manera

muy fluida, sin parámetros muy precisos. La naturaleza infrahumana que les es atribuida, se hace evidente en la forma como las personas así consideradas son tratadas cuando caen en manos de los hombres del camuflado. Según declaraciones de sobrevivientes, es frecuente que los hombres del camuflado se refieran a quienes estiman “auxiliadores” utilizando formas diminutivas como “mis corderitos” o “mis gallinitas”, también los denominan “mi cilantro”. De esta manera, les asignan una identidad que puede ser animal y aún vegetal, los feminizan y los minimizan para después proceder a matarlos.

Los del camuflado se encuentran atrapados por una profunda contradicción. Por un lado, se camuflan detrás del uniforme militar para parecerse y remedar en su apariencia a soldados. De esta forma, buscan confundir y tomar por sorpresa a los habitantes rurales. Pero, por otro lado, se adjudican los actos atroces que cometen, poniendo en evidencia su verdadera identidad. Se trata de un actor que anuncia su llegada, pero cuando aparece en escena simula ser otro y esa ambivalencia lo convierte en una fuerza devastadora, extremadamente fluida e impredecible y así la perciben los campesinos. Mediante las masacres reiteran prácticas atroces que hunden sus raíces en las guerras civiles del siglo XIX y en La Violencia. De nuevo, la puesta en escena de mutilaciones y cortes que alteran profundamente la morfología del cuerpo humano no es otra cosa que una acción mimética que remite a la pista de historias enterradas y de antagonismos nunca resueltos. El efecto de devastación que implica la aparición intempestiva de estos hombres en pueblos y veredas tiene como efecto inmediato no solo la desarticulación del espacio social sino el rompimiento de la estructura psicológica y emocional de los afectados.

La animalización como metáfora de la dominación

Regresando a la masacre que nos ocupa, a aquellas personas señaladas a partir de la lectura pública de la lista las trasladaron al matadero municipal. Sobrevivientes de varias masacres mencionan también la porqueriza como uno de los lugares preferidos por los hombres del camuflado para ejecutar a sus víctimas. Como ocurre la mayoría de las veces, la matanza solo se hizo de noche. Según dice un testigo:

De día no mataron a nadie, pero esa noche empezaron a matar gente.

Precisamente, el acto de escoger el matadero o la porqueriza materializa la analogía que estos hombres camuflados establecen entre los lugares donde son criados y sacrificados los animales de consumo doméstico y las personas que van a asesinar. Así lo relata un sobreviviente:

Se lo llevaron, lo amarraron y lo llevaron para el matadero donde matan el ganado y allá lo mataron.

A algunas personas las amarraron, interrogaron y liberaron posteriormente. Varios de los relatos describen la manera como los asesinos utilizaron los machetes y cuchillos que portaban consigo. Los emplearon para cortar los cuerpos de las víctimas a quienes después dejaron dentro del matadero para que se desangraran hasta morir. Se trata de un procedimiento muy similar al que emplean los carniceros con las reses y los cerdos. Un testigo de los hechos describe la inhumanidad y la parálisis emocional que instauró el terror en el espacio pueblerino:

Había una gran fiesta de sacrificio humano, sin ningún dolor, sin nada. Es decir, en la forma más deshumanizada, más desastrosa. Habría que hacer la pregunta de si a esa gente la llevaron drogada.

Numerosos testimonios insisten en que los autores de estos actos atroces los ejecutan bajo los efectos del alcohol o la droga, algo que nunca ha sido objeto de investigación rigurosa. Respecto a la parálisis emocional que produce el terror, varios testigos y sobrevivientes hablan de la impotencia que sintieron al no poder auxiliar a sus vecinos y conocidos cuando eran trasladados al matadero. Una mujer aterrorizada hizo el siguiente relato:

Yo vivo a una cuadra del matadero municipal, del matadero oficial del pueblo. Y todas las noches vimos con mis hijos, yo lo vi, cómo pasaba gente amarrada de las manos atrás y amordazada la boca. Ya cuando ellos daban la orden de apagar todas las luces y de apagar la planta del pueblo, empezaban a matar, a torturarlos primero y después a matarlos. Gritaban pidiendo auxilio. Pero como ustedes comprenderán, en este país manda el que tiene las armas o el que tiene el poder de mandar a los sicarios con las armas. Entonces quedamos impotentes y todas las personas de bien del pueblo quedamos impotentes ante estos criminales. Y estuvimos a merced de ellos durante cinco días, sin la ayuda de nadie.

Como la matanza tuvo lugar a lo largo de varios días, todos los habitantes del pueblo fueron testigos mudos del horror. En sus testimonios dejan ver el sentimiento de impotencia y de culpa que los embargó por no haber podido impedir la muerte de sus vecinos y conocidos. Según decía una mujer:

Nos encerrábamos temprano para no saber nada. Uno los miraba a ellos pasar con la gente, pero uno se hacía el que no sabía nada de nada.

Decía el antropólogo Edmund Leach que el mundo es la representación de nuestras categorías lingüísticas y no al revés, ya que los individuos construyen su propio mundo, discriminando y separando las cosas, y cada

cultura lo hace de una manera muy particular⁹². El lenguaje provee los nombres de las cosas y la cultura, los tabúes y las prohibiciones. Por lo general, las categorías ambiguas son las que suscitan los sentimientos más intensos y sobre las cuales recaen los tabúes. La antropología ha comprobado una y otra vez que son muchas las culturas que establecen asociaciones rituales y verbales entre comer y tener relaciones sexuales y, en ese sentido, el caso colombiano no es ninguna excepción. Sin embargo, en algunas de las masacres perpetradas por los hombres del camuflado, estos establecen una asociación semántica entre comida, sexo y muerte. Dicha asociación se hizo evidente en el contexto de la masacre que se viene analizando, cuando una muchacha que sobrevivió a los hechos le preguntó a uno de los autores qué sentía cuando las víctimas suplicaban que no las mataran. Él respondió lo siguiente:

No, no pasa nada, eso es como [...] las gallinas, [...] un animal, es un ser vivo, tiene vida [...]. Y entonces cuando uno las mata, o sea cuando uno se las va a comer pues les quita la vida. Y entonces, igual es un ser humano, también tiene vida lo mismo que los animales. Matar un ser humano, una persona, es como matar una gallina. Eso es como matar un animal.

La frase “cuando uno se las va a comer (a las gallinas) pues les quita la vida” puede entenderse en su doble significación ya que el verbo comer en Colombia designa tanto la acción de alimentarse como la de tener relaciones sexuales. Respecto a dicha asociación, la pregunta que surge es si estos perpetradores, muchos de ellos adolescentes, reclutados a la fuerza y convertidos en asesinos despiadados, establecen la analogía entre los seres humanos y las gallinas a partir de experiencias personales de familiaridad con estas, o si será, más bien, que percibir a las víctimas como gallinas les permite convertirlas en algo susceptible de ser domesticado y consumido ritualmente. Es evidente que los autores de la masacre al matar a sus víctimas las asimilaron a gallinas para facilitar su destrucción. Se trata de un procedimiento que no solo rompe con el tabú que prohíbe matar al prójimo, sino que deja sin respuesta la apelación que hace la muchacha al sentido humanitario del asesino.

Suspensión momentánea de la identidad

En su libro *Les saints et la forêt*, la antropóloga Anne Marie Losonczy analiza un procedimiento cognitivo mediante el cual los habitantes negros del Chocó colombiano suspenden de manera deliberada y momentánea su identidad de cristianos para adentrarse en la selva. Dice la autora que,

92 Leach, 1972.

para ellos, la selva es un espacio donde se confunden la vida y la muerte, un lugar de una humedad fría y oscura que, en contraposición a los espacios habitados que son secos y cálidos por acción del fogón, paraliza momentáneamente la capacidad de entendimiento del sujeto y, por tanto, su capacidad de palabra⁹³.

Durante La Violencia, bandoleros como “Chispas” se valieron de un mecanismo inconsciente que les permitió proyectar sus sentimientos destructivos en el *Otro* de tal manera que el *Otro* se convertía en depositario de sentimientos de odio, agresión y rabia que lo transformaban en perseguidor. Un mecanismo semejante de escisión de la identidad es el que utilizan los matones a sueldo con el fin de separar su identidad católica de su identidad delincencial. De esa manera, evitan que estas entren en colisión. Se trata de un procedimiento que les permite manejar, sin contradicciones ni dilemas morales, los delitos que cometen. Bandoleros como “Chispas”, y posiblemente otros delincuentes católicos, han construido la alteridad proyectando en el *Otro* lo negativo propio, mecanismo que facilita el manejo de la culpa.

Ahora bien, los hombres del camuflado, y otras agrupaciones de delincuentes políticos que actúan de forma colectiva, están sujetos a mecanismos de conformación grupal. Algunos de sus miembros suelen salir de los espacios cotidianos de la cultura para cometer los asesinatos y regresan a ellos sin mayores traumatismos. Cuando salen, suspenden de manera momentánea el tabú de matar y vuelven a entrar asumiendo nuevamente su identidad habitual. Dicho tránsito se asemeja al que vivían los bandoleros de La Violencia cuando iban a ejecutar una masacre para lo cual, se quitaban los vestidos que usaban a diario y se ponían la indumentaria militar, cambiaban su nombre por un alias y se protegían mediante la utilización de amuletos y tatuajes. Una vez cometida la masacre, retornaban a sus hogares y asumían sus roles familiares y de miembros de la comunidad.

Regresemos a la masacre de 1997. Durante su permanencia en el caserío, los hombres del camuflado saquearon las casas llevándose las pocas joyas, armas y el dinero en efectivo que encontraron. Se vistieron con la ropa de los muertos y se colgaron las cadenas y los relojes, producto del saqueo. Todo ello como si se tratara de una fiesta:

Son groseros, criminales, sanguinarios. Saquearon el comercio y se llevaron todo. Puros compradores o negociantes. Usaban ponchos, cadenas, relojes, sombreros, todo robado. A los muertos los botaron al río porque el sistema de ellos es que la gente se desapareció, la imagen de ellos es que uno no se fuera a dar cuenta y los botaban al río y decían: ese se fue, se fue a viajar.

93 Véase Losonczy, 1997.

Botar el cuerpo del muerto al río equivale a desaparecer cualquier huella de la persona y del crimen, una práctica que ha convertido algunos ríos colombianos en ríos de sangre. Como dice un campesino que quedó perplejo después de la matanza:

Es ahí exactamente cuando yo me quejo de un país violento y al mismo tiempo con unas dosis de cobardía espantosas. Ellos escogían a la gente, se la llevaban y los otros sin ninguna capacidad de reacción. Veían cómo se los llevaban y cómo los iban a matar y nadie decía nada.

De manera similar a los bandoleros de La Violencia, los hombres del camuflado se nombran los unos a los otros por sus alias mientras realizan las masacres. Al respecto, uno de los testigos afirma lo siguiente:

Y entre ellos, ¿cómo se trataban? Por apodos [...] Yo no sé, ellos se decían “Bocachico”, ellos no se trataban de persona formal sino por apodos como “Gavilán” [...] y nos decían a nosotros, tengan miedo de nosotros, tengan miedo. Vean nosotros somos paramilitares, pero nos hacemos pasar por guerrilleros.

El testimonio de un niño de catorce años deja al desnudo la incertidumbre y el delirio que alimentan los asesinatos indiscriminados que realizan los hombres del camuflado:

Veníamos a caballo del pueblo, traíamos dos terneros, una vaca, un acordeón, tres bestias con silla, una con angarilla, dos sueltas y dos donde veníamos nosotros. Lucho, el viejo, traía una lorita. Cuando veníamos por el camino encontramos bastante gente armada, yo no sé decir cuántos. Nos dijeron, tírense al suelo. Uno que venía con nosotros abrazó a la niña (mi hermanita de seis años) y se tiró con ella boca abajo. Uno de los armados dijo: deje a la niña que se pare. Al más viejito se le subieron encima y le decían “para montar caballito”. A mi hermanita y a mí nos echaron para una casa que estaba cerca. Vi cuando les quitaron los documentos, se los botaron. De la casa donde yo estaba escuché cuando uno le dijo a otro: tráigame las cabuyas para amarrar. Empezaron a hacerle preguntas. Yo escuchaba y veía todo. A Juan y al borracho se los llevaron a un montecito y les dieron a tomar un agua blanca que no sé qué sería. Yo estaba parado en la puerta cuando sentí unos disparos. Preguntaron los otros armados ¿Quién les dio orden de disparar si la orden era a machete? Respondieron: se nos iban a volar. En ese momento salieron los armados con un machete untado de sangre y lo limpiaron en una camiseta mía. Yo la iba a recoger y me dijeron: deje eso ahí. A mí me quitaron toda la ropa que traía. Cuando volví Juan y el borracho me dijeron: dígame a las mujeres que no cuenten más con nosotros. Mi hermanita lloraba y decía: yo sin Juan no me voy y él le dijo, adiós mi hija. Vete. Nos subieron a las bestias y nos dijeron váyanse. Nos vinimos los dos. Mi hermanita lloraba mucho. Ellos se quedaron con las cosas que traíamos. Cuando nosotros nos vinimos ellos se quedaron con Juan y el borracho amarrados, luego sentí unos tiros [...]. La lorita se la mataron. La levantaron para arriba y después cayó la lorita al suelo y la cogieron y le quitaron la cabecita y botaba sangre por la boca.

CONSIDERACIONES FINALES

La construcción de los objetos de la enemistad fue una en los tiempos de La Violencia y es otra en la actualidad. Durante La Violencia, jugaron un papel central algunos políticos, gamonales, curas de pueblo, caciques y líderes veredales que tenían nexos con los dos partidos políticos tradicionales. Ciertos jefes de estado y caciques políticos también desempeñaron un rol crucial, especialmente aquellos que pertenecían a las facciones extremas de los dos partidos políticos. Con sus discursos maniqueos y su apelación a la violencia, contribuyeron a que las comunidades rurales, que ya habían pasado por la experiencia de la polarización política, se escindieran aún más y de manera irremediable. La polarización política bipartidista coincidió con el aislamiento social en que vivían las comunidades rurales, lo reforzó y convirtió a vecinos tanto en extraños como en enemigos. Todo ello precipitó a las comunidades antagónicas a una guerra de exterminio que dejó más de doscientos mil muertos.

Cincuenta años después de ocurrida La Violencia, Colombia continúa inmersa en un conflicto interno cuyos contornos políticos han variado sustancialmente. Sin embargo, los escenarios de la violencia siguen siendo fundamentalmente rurales. La polarización política que se vive en Colombia a comienzos del siglo XXI hace parte de la atmósfera de sospecha, incertidumbre y paranoia cognitiva que caracteriza a muchos de los conflictos étnicos contemporáneos. Los asesinatos y las masacres se han utilizado para consolidar territorios y definir fronteras entre los grupos armados que se disputan el control de extensas zonas del territorio nacional. Esa guerra expansiva ha sumido al país en una confrontación donde la mayoría de muertos son civiles. Se trata de una guerra que no solo es punitiva sino también preventiva, en contra de quienes presumiblemente puedan llegar a ser auxiliares del bando contrario. Una guerra que liquida a los que no están en ella, una guerra "sucias" en la cual, para ser potencialmente víctima, basta con ser identificado y marcado como el *Otro*.

En los dos casos, —el de La Violencia y el de la confrontación entre guerrilleros, paramilitares y Ejército— la construcción de la alteridad entre los grupos antagonicos ha sido un asunto que involucra varios niveles de significación afectiva, donde median los discursos ideológicos, las emociones y afectos y la construcción de estereotipos. Parte de los contenidos emocionales quedaron inscritos en los nombres que los bandoleros de La Violencia utilizaron para autonombraarse y nombrar a los *otros*. Los vecinos/extraños que durante La Violencia estuvieron físicamente cerca, pero permanecieron espiritualmente distantes, se convirtieron en víctimas mediante la intermediación y la profunda ambigüedad manejada por el delator. Ese fue el agente que, a través del señalamiento, introdujo en los círculos de proximidad un sentido de alteridad que precipitó la muerte de miles de ciudadanos. En el contexto de barbarie que ha imperado en las zonas rurales, la construcción de la alteridad se deriva del señalamiento del delator y del contagio indiscriminado que producen las tecnologías del terror. Basta con ser señalado como auxiliador del bando contrario para quedar contagiado por esa alteridad que anticipa una muerte inevitable.

El tema que tienen en común los dos periodos antes señalados es el de las masacres, con todos sus contenidos atroces. Como se indicó, las masacres son actos que se vienen ejecutando desde finales del siglo XIX, en contextos de guerra y de extrema polarización política. Mediante ellas, las personas son reducidas a montones de carne. Son hechos que materializan la presencia de un antagonismo social, cargado de odios heredados, que cruza la sociedad rural de lado a lado. Aunque las masacres han producido un gran impacto psicológico y moral entre los sectores rurales afectados, el país urbano ha permanecido indiferente. Esa falta de asimilación y la imposibilidad de que los contenidos atroces se puedan simbolizar y reparar sus efectos, son factores que han contribuido a que las masacres continúen comportándose como síntomas sociales.

Los tabúes que circundan el ancestral oficio de la carnicería fueron enunciados por Gabriel García Márquez en su novela *Crónica de una muerte anunciada*. En la mencionada obra quien narra en primera persona cuenta que unos carniceros, con quienes conversaba, se indignaron cuando les sugirió que el oficio de matarife que ejercían podía predisponerlos para matar seres humanos. Se defendieron diciendo que cuando mataban a una vaca no se atrevían a mirarle los ojos, como tampoco podían comerse la carne de los animales que ellos mismos degollaban. Menos aún si se trataba de una vaca cuya leche hubieran consumido alguna vez. Ante los argumentos de los matarifes, quien habla en primera persona pregunta por qué los hermanos Vicario, que también eran carniceros —y asesinos—, sí podían matar a los cerdos que ellos mismos criaban y a los cuales conocían por sus nombres. Respondieron que lo hacían porque los cerdos tenían nombres de flores.

Lo anterior deja ver que cuando los carniceros tienen familiaridad con los animales que van a sacrificar se deben enfrentar a tabúes como, por ejemplo, no resistir su mirada, no consumir su carne, ni tampoco tomar la leche que producen. Es por ello que aplican lo que Leach denomina “métodos humanitarios” para matar a los animales con consideración. En las masacres, por el contrario, los autores se representan ante sus enemigos como animales, una operación que borra momentáneamente su semblante humano. Borrar la cara y, por ende, la mirada, suspende el tabú que prohíbe matar a los semejantes. Levinas considera que los animales no tienen cara o que la que tienen es muy diferente de la de los seres humanos.

En su libro *Purity and Danger*, la antropóloga británica Mary Douglas afirma que el cuerpo humano es un modelo que puede servir para representar cualquier frontera precaria o amenazada del cuerpo social⁹⁴. Podemos invertir su premisa y preguntarnos ¿cómo interpretar la subversión que sufre el cuerpo humano con las mutilaciones y los cortes en términos de los peligros que amenazan a las fronteras del cuerpo social?, ¿qué pueden decirnos acerca del pacto social y simbólico unos cuerpos cuya deconstrucción y disposición final rompen los presupuestos naturales y culturales de la sociedad? Dice la mencionada autora que la contaminación más peligrosa se produce cuando algo que ha emergido del cuerpo vuelve a entrar en él. Los cortes de La Violencia ponían afuera lo que era de adentro y arriba lo que era de abajo y viceversa. De esta manera, sus autores construían entidades corporales profundamente ambiguas y con una enorme capacidad para producir terror.

En Colombia, no hay exploración del *Otro* cuando se manipula su cuerpo y se desgarran su carne. Quienes así actúan no enfrentan dilemas morales porque lo hacen desde una posición que suspende momentáneamente su identidad. La representación que hacen del *Otro* lo transmuta en animal o en cosa por lo cual, nada de lo que lesionan los perpetradores de las masacres es, a sus ojos, humano. Los muertos, esos *otros* que fueron vecinos y conocidos durante La Violencia y que años más tarde se convertirán en extraños, no tienen para ellos esa calidad. Sin embargo, ese *Otro* que tienen delante de sí, los asesinos, es una persona que grita e implora que no la maten, alguien que, en medio de la parálisis que le produce el terror, apela al sentido humanitario de quien la va a asesinar. Pero quien ejecuta la masacre solo tiene ante sí a un extraño que no pertenece a su mundo, un extraño que es el arquetipo de lo indecible, tal y como lo describe Bauman, físicamente cercano, pero espiritualmente distante. La alteridad de las víctimas ha desaparecido para dar paso a unos extraños que no pertenecen al mundo de los aniquiladores.

94 Douglas, 1966.

GLOSARIO DE TÉRMINOS VERNÁCULOS

Agüeros: pronósticos adivinatorios que pueden ser de carácter positivo o negativo y que están fundamentados en la interpretación de señales, eventos naturales o accidentes. Por ejemplo, se dice que, si una persona pasa por debajo del ángulo que se forma al recostar una escalera contra una pared, esta tendrá mala suerte.

Amasijo: porción de harina amasada que se encuentra lista para hacer pan o tortillas de maíz.

Angarilla: especie de silla rudimentaria que se le pone a los caballos y a las mulas de carga.

Arepas: tortillas hechas de maíz para el consumo doméstico.

Barbuquejo: o barboquejo. Término que se usa para designar la cinta que amarra el casco militar y que pasa por debajo del mentón.

Bestias: así se denomina a los caballos y a las mulas.

Bobos: término muy generalizado en los pueblos rurales de Colombia. Es utilizado para referirse a los idiotas y a las personas que padecen enfermedades mentales y que generalmente deambulan por las calles.

Borugo: es un roedor del llano y la selva, algo más pequeño que el chigüiro. Su nombre científico es *Agouti paca*, y se le conoce también como paca, guagua, lapa y quartinaja.

Cabuya: cuerda fabricada con la fibra que se saca del fique o henequén.

Cachiporros: es uno de los términos utilizados por los conservadores para referirse a los liberales.

Cacho: cuerno de venado que se utilizó en algunas veredas durante La Violencia. Se tocaba para avisar la presencia de intrusos o desconocidos.

Camuflado: uniforme estampado que utilizan los militares para mimetizarse y pasar desapercibidos cuando adelantan campañas o determinadas tareas.

Capuchas: indumentarias que pueden ser antifaces, pasamontañas o máscaras. Mediante su uso, los autores de asesinatos colectivos y masacres protegen su cara y, por lo tanto, su identidad.

Caratejos: son las personas que tienen una enfermedad cutánea que produce manchas en la piel. Fue un padecimiento muy común en el sur del Tolima, y algunos bandoleros que la sufrieron eran denominados así.

Collarejos: nombre con el que se designa a las aves que, como el cóndor, tienen un collar de plumas en el cuello. Este nombre es analógico pues alude al pañuelo rojo que los liberales solían llevar amarrado en el cuello.

Cuajar: describe el proceso mediante el cual una sustancia líquida, como la leche, se transforma en una sustancia sólida.

Chicha: bebida alcohólica de consumo popular, producida tradicionalmente por los grupos indígenas. Resulta del proceso de fermentación del maíz (*zea mays*).

Chulavitas: era uno de los términos despectivos con el que se designaba a los policías de filiación conservadora durante La Violencia. Esta voz tiene origen en la vereda del mismo nombre que se localiza en el norte de Boyacá. A estos policías también se los llamaba *Sonsos y Plaga*. Llegó la "Plaga", decían los liberales cuando aparecían los "chulavitas" en sus veredas.

Chunchullos: nombre con el que se designan los intestinos de la res. Se comen fritos o asados y es un alimento muy apreciado por los campesinos. Con esta misma palabra los liberales llamaban a los chulavitas.

Chupasangre: palabra utilizada por los campesinos conservadores para referirse a los liberales. Hace alusión a los vampiros por lo cual, al emplearla, se establecía una analogía entre los liberales, la voracidad y el ataque nocturno.

Chusmeros: palabra de origen chibcha que significa multitud o tropelía. Utilizada por los conservadores para referirse a los guerrilleros comunistas y liberales.

Comunes: es uno de los términos utilizados por los campesinos liberales para referirse a los campesinos de filiación comunista.

Desmatonar: quitar la maleza de un campo para que pueda ser cultivado.

Enruanado: individuo que porta una ruana, indumentaria característica de los campesinos andinos colombianos. Durante La Violencia, debajo de la ruana los bandoleros solían esconder las armas.

Escapulario: objeto religioso que llevan las personas colgado del cuello. Consiste en dos pedazos de tela cosidos, en medio de los cuales se encuentra una imagen religiosa. Era común que lo utilizaran los bandoleros para protegerse.

Escopetas de fisto: armas de pistón que tenían un fogón y dejaban una señal de humo al dispararlas. Los bandoleros las utilizaron profusamente durante La Violencia.

Finca: pedazo de tierra que varía de tamaño y donde vive una familia. En ella se llevan a cabo actividades agrícolas y de crianza de animales.

Fuetazo: es la americanización de la voz francesa *fouet*, látigo. Dar azotes con el látigo.

Fulano: dicha voz se utiliza para reemplazar el nombre de una persona cuando esta es desconocida. También se la emplea para referirse a alguien cuyo nombre no se quiere mencionar.

Gaitanistas: es el término con el que se designó a los seguidores del líder liberal Jorge Eliécer Gaitán (1903-1948). Gaitán comenzó a figurar en la escena política a partir de 1929, cuando hizo pública su denuncia por la manera represiva como el Gobierno conservador del presidente Abadía Méndez manejó la huelga de los trabajadores de la United Fruit Company. En 1932, Gaitán y sus seguidores formaron un movimiento popular denominado Unión Nacional de Izquierda Revolucionaria (UNIR). El objetivo era promover reformas sociales a la Constitución de 1886. El gaitanismo tomó mucha fuerza en la antesala de la campaña electoral para el periodo 1946-1950, a la cual Gaitán se postuló como candidato. A pesar de su derrota frente al conservador Ospina Pérez, Gaitán y sus seguidores continuaron desarrollando una activa campaña política con el objetivo de ganar las elecciones de 1950. Sin embargo, el proyecto político quedó truncado con el asesinato de Gaitán el 9 de abril de 1948. Su muerte desencadenó los hechos violentos conocidos como “El Bogotazo”.

Godos: era el vocablo usado por los liberales para designar a los afiliados al Partido Político Conservador, antes de que se les llamara conservadores. En las guerras de independencia, dicho término se utilizó para distinguir a aquellos que eran partidarios del rey de España y que también se les conocía como realistas. Posteriormente, en el contexto de la República, este mismo nombre se empleó para identificar a los seguidores de Bolívar, en oposición a quienes apoyaban a Francisco de Paula Santander.

Guates: palabra peyorativa utilizada por los liberales para referirse a los policías chulavitas. Hace referencia al origen indígena de dichos policías.

Hollín: restos de color negro o grisáceo que quedan cuando la madera se quema con fuego. Lo usan los integrantes de los grupos armados irregulares cuando quieren camuflar los rasgos de la cara.

Laureanistas: término con el cual se designó a los seguidores del líder conservador Laureano Gómez (1889-1965). Gómez asumió sin oposición la presidencia en el periodo 1950-1953, luego del caos que se produjo en el orden público como consecuencia del Bogotazo y de haber sido clausurado el Congreso el 9 de noviembre de 1949. Desde su aparición en la escena política en los años veinte, Gómez tomó un papel destacado por su férrea identificación con los ideales del Partido Conservador y por la defensa del papel preponderante de la religión católica en el pueblo. Entre sus detractores era reconocido como el “Monstruo”, el “Basilisco”, el “Hombre Tempestad”. Se declaró defensor de la justicia, de la jerarquía y de la moral; principios que, según él, debían acatar los funcionarios y el pueblo si querían construir una nación moderna. Ante el golpe militar del general Rojas Pinilla, ocurrido el 13 de junio de 1953, Gómez se exilió en Nueva York y por último en España. Desde allí, el expresidente emprendió una campaña de protesta, por medio de comunicados, contra quien denominaba el “Usurpador”, término con el que se refería al general Rojas Pinilla.

Limpios: con esta palabra se autodenominaban los campesinos liberales en la época de La Violencia.

Machete: herramienta de trabajo que utiliza el campesino para cortar la maleza y para otras labores del campo. Es largo, plano y tiene filo en uno de sus lados. Durante La Violencia, fue el arma predilecta de los bandoleros y matones a sueldo, quienes la emplearon para matar a sus enemigos políticos.

Matachines: palabra usada para designar a los matones y asesinos.

Matarife: persona encargada de matar y destazar las reses en el matadero.

Mengano: esta voz se utiliza como reemplazo del nombre de una persona en el caso que este se ignore o, a propósito, cuando no se quiere mencionar.

Montón: conjunto de elementos puestos sin ningún orden particular, uno encima de otro.

Mulo: ejemplar macho de la mula. Es un animal que resulta del cruce entre un caballo y una burra o entre un asno y una yegua. Es profusamente utilizado por los campesinos en Colombia para el transporte de caña de azúcar y café, entre otros productos agrícolas. Con el término mulas se designa a quienes transportan cocaína en los intestinos con el objeto de evadir a las autoridades. También se refiere a los camiones que transportan mercancías por las carreteras de Colombia.

Nueveabrileños: nombre empleado por los conservadores para referirse a los seguidores de Gaitán.

Pájaros: término que se utilizó para identificar a los asesinos o matones a sueldo, que estuvieron al servicio del Partido Conservador.

Patiamarillos: vocablo usado por los conservadores para describir a los liberales. El nombre establecía una analogía entre ciertas aves, como las mirlas y los toches, que tienen las patas amarillas, y las piernas embarradas de lodo de los campesinos.

Patones, Paso a Paso, Cachuchones y Medio Paso: nombres acuñados por los liberales para identificar a los chulavitas.

Recalzados: palabra proveniente del verbo recalzar, con ella se designa el procedimiento de reutilizar las herraduras de los caballos y de las mulas cuando se han desgastado. Era empleado por los campesinos para hablar de las personas que cambiaban de filiación política.

Ruana: estilo de capote o cobija cuadrada, hecha de paño o de lana de oveja. Tiene un ojal o apertura en el centro para meter la cabeza. La utilizan los habitantes de las zonas rurales andinas para protegerse del frío.

Sapo: término utilizado para designar a un delator o soplón. Es también sinónimo de informante. La expresión es polisémica pues con la misma palabra se designan aquellos que cambian de filiación política, generando prevención y desconfianza entre sus antiguos copartidarios. En las zonas marginales y abandonadas por el Estado, el mismo término se utiliza para señalar a quienes les hacen el juego a las autoridades y a aquellos que delatan a los que no juegan con las reglas que pretenden imponer las instancias de poder. En las escuelas y en los colegios, “sapos” son los que delatan

a los compañeros ante los profesores; en las cárceles, son los presos que llevan y traen información entre los diferentes bandos. En la actualidad hay “sapos” entre los habitantes de las zonas rurales que ayudan, apoyan o tienen contactos con guerrilleros y paramilitares.

Taitas: palabra de origen quechua que se usa para referirse a los padres. En singular “taita” hace alusión al jefe de la familia.

Trapiche: lugar donde se procesa artesanalmente la caña de azúcar para extraer la panela, alimento muy popular en Colombia que se utiliza para endulzar los alimentos.

Veredas: son los sectores territoriales en los que se divide un municipio o una parroquia. A su vez, las veredas se fragmentan en fincas.

Violentólogos: es el término con el cual se conoce en Colombia a los investigadores de las ciencias sociales que se han dedicado a estudiar, desde diversas perspectivas, el tema de la violencia.

Volarse: sinónimo de escaparse o escabullirse.

Volteados: palabra con la cual se identifica a quienes cambian de partido político. Durante La Violencia, sobre estos individuos recaían siempre los procedimientos de aniquilación más salvaje. Algo similar ocurre con los violadores cuando se les recluye en las cárceles y los demás presos los violan. También se utiliza para referirse a los homosexuales o afeminados.

Zutano: voz que se emplea como reemplazo del nombre de una persona en el caso de que este se ignore o, a propósito, si no se quiere mencionar.

BIBLIOGRAFÍA

- Alape, Arturo. 1983. *El Bogotazo. Memorias del olvido, abril 9 de 1948*. Bogotá, Planeta.
- . 1985. *La paz, La Violencia. Testigos de excepción*. Bogotá, Planeta.
- Anónimo, sin fecha. *Proceso seguido por el Consejo de Guerra verbal de Oficiales Generales contra Ricardo Obeso y J. F. Acevedo, cabecillas de la rebelión de 1885*. Bogotá, Imprenta de Silvestre y Compañía.
- Appadurai, Arjun. 1998. "Dead certainty: ethnic violence in the era of globalization". *Public Culture*, vol. 10, n.º 2, pp. 225-247.
- Aretxaga, Begoña. 1995. "Dirty protest: symbolic overdetermination and gender in Northern Ireland ethnic violence". *Ethos*, vol. 23, n.º 2, pp. 123-148.
- Asad, Talal. 1997. "On torture, or cruel, inhuman and degrading treatment". En Richard Wilson (ed.), *Human rights, culture and context. Anthropological perspectives*. Londres, Pluto Press.
- Bauman, Janina. 1986. *Winter in the Morning*. Londres, Virago Press.
- Bauman, Zygmunt. 1990. "Modernity and ambivalence". En Mike Featherstone (ed.), *Global Culture, Nationalism, Globalization and Modernity*. Londres, Sage Publications.
- Bauman, Zygmunt y Keith Tester. 2001. *Conversations with Zygmunt Bauman*. Cambridge, Polity Press.
- Butalia, Urvashi. 2000. *The Other Side of Silence. Voices from the Partition of India*. Durham, Duke University Press.
- Clausewitz, Karl. 1968. *De la guerra*. Madrid, Labor.
- Clark, David. 1997. "On being 'the last Kantian in nazi Germany'. Dwelling with animals after Levinas". En Jennifer Ham y Mathew Senior (eds.), *Animal Acts. Configuring the Human in Western History*. Nueva York, Routledge.
- Copelon, Rhonda. 1995. "Intimate terror: understanding domestic violence as torture". En Rebecca Cook (ed.), *Human Rights of Women. National and International Perspectives*. Filadelfia, University of Pennsylvania Press.
- Das, Veena. 1995. *Critical Events: an Anthropological Perspective on Contemporary India*. Nueva Delhi, Oxford University Press.

- Das, Veena, Arthur Kleinman, Mamphela Ramphele y Pamela Reynolds. 2000. *Violence and Subjectivity*. Berkeley, University of California Press.
- Douglas, Mary. 1966. *Purity and Danger. An analysis of Concepts of Pollution and Taboo*. Londres, Routledge and Kegan Paul.
- Ellen, Roy. 1977. "The semiotics of the body". En John Blacking (ed.), *Anthropology of the Body*. Londres, Academic Press.
- Fajardo, Darío. 1979. *Violencia y desarrollo. Transformaciones sociales entre regiones cafetaleras del Tolima, 1936-1970*. Bogotá, Fondo Editorial Suramérica.
- Feldman, Allen. 1991. *Formations of Violence. The Narrative of the Body and Political Terror in Northern Ireland*. Chicago, University of Chicago Press.
- Gaitán, Jorge Eliécer. 1979. *Obras selectas*, tomos v y vi, colección de Pensadores Políticos Colombianos, Cámara de Representantes. Bogotá, Imprenta Nacional.
- García Márquez, Gabriel. 1981. *Crónica de una muerte anunciada*. Bogotá, Norma.
- González, Fernán. 1989. "Aproximación a la configuración política de Colombia". En *Controversia, un país en construcción*, vol. II, n.º 153-154, Cinep, Bogotá.
- Gutiérrez de Pineda, Virginia. 1988. *Honor, familia y sociedad en la estructura patriarcal*. Bogotá, Centro Editorial Universidad Nacional de Colombia.
- Guzmán, Germán, Orlando Fals Borda y Eduardo Umaña Luna. 1980. *La Violencia en Colombia* (dos volúmenes). Bogotá, Carlos Valencia.
- Ham, Jennifer y Mathew Senior (eds.). 1997. *Animal Acts. Configuring the Human in Western History*. Nueva York, Routledge.
- Harris, Rosemary. 1972. *Prejudice and Tolerance in Ulster. A Study of Neighbours and Strangers in a Border Community*. Manchester, Manchester University Press.
- Henderson, James. 1985. *Cuando Colombia se desangró*. Bogotá, El Áncora.
- Hobsbawm, Eric. 1983. *Rebeldes primitivos*. Barcelona, Ariel.
- Jelin, Elizabeth. 2002. *Los trabajos de la memoria*. Madrid, Siglo XXI.
- Kleinman, Arthur, Veena Das y Margaret Lock. 1997. *Social suffering*. Berkeley, University of California Press.
- Lacan, Jaques. 1966. *Écrits*. París, Éditions du Seuil.
- Leach, Edmund. 1972. "Anthropological Aspects of Language. Animal Categories and Verbal Abuse". En Pierre Maranda (ed.), *Mythology. Selected Readings*. Middlesex, Penguin Books.
- Levi, Primo. 1987. *Si esto es un hombre*. Barcelona, Muchnik.
- Levinas, Emmanuel. 1976. *Celui qui ne peut pas se servir des mots*. Montpellier, Fata Morgana.
- . 1993. *Entre nosotros. Ensayos para pensar en otro*. Valencia, Pretextos.
- Losonczy, Anne Marie. 1997. *Les saints et la forêt. Rituel, société et figures de l'échange avec les indiens Emberá chez les Négro-Colombiens du Chocó*. París, L'Harmattan.
- Malkki, Liisa. 1995. *Purity and Exile. Violence, Memory and National Cosmology among Hutu Refugees in Tanzania*. Chicago, University of Chicago Press.
- Molano, Alfredo. 1985. *Los años del tropel. Relatos de la violencia*. Bogotá, Fondo Editorial Cerec y Cinep.

- Moncada, Alonso. 1963. *Otro aspecto de La Violencia*. Bogotá, Promotora Colombiana de Editores.
- Obeyesekere, Gananath. 1990. *The Work of Culture. Symbolic Transformation in Psychoanalysis and Anthropology*. Chicago, The University of Chicago Press.
- Palacios, Marco. 1995. *Entre la legitimidad y la violencia: Colombia, 1875-1994*. Bogotá, Norma.
- . 2001. "Una radiografía de Colombia". *Letras Libres*, 33-38.
- Pécaut, Daniel. 1987. *Orden y violencia: Colombia, 1930-1954* (dos volúmenes). Bogotá, Siglo XXI y Cerec.
- . 1994. "El populismo gaitanista". En C. M. Vilas (ed.), *La democratización fundamental. El populismo en América Latina*. Ciudad de México, Consejo Nacional para la Cultura y las Artes.
- . 1997. "Presente, pasado y futuro de la violencia". *Análisis Político*, n.º 30, pp. 1-43.
- . 1999. "Estrategias de paz en un contexto de diversidad de actores y factores de violencia". En Francisco Leal (ed.), *Los laberintos de la guerra. Utopías e incertidumbres de la paz*. Bogotá, Universidad de los Andes.
- Ramírez, María Clemencia. 2001. *Entre el Estado y la guerrilla: identidad y ciudadanía en el movimiento de los campesinos cocaleros del Putumayo*. Bogotá, Instituto Colombiano de Antropología y Colciencias.
- Rueda, Cristina, Ángela Matiz, Laura Céspedes, David Ocampo, Valentina Gómez, Paola Montoya, Carlos Cadena y Carolina Franco. 2017. *Guía ilustrada de las aves de la Universidad de los Andes*. Bogotá, Ediciones Uniandes.
- Sánchez, Gonzalo. 1985. *Ensayos de historia social y política del siglo XX*. Bogotá, El Áncora.
- . 1991. *Guerra y política en la sociedad colombiana*. Bogotá, El Áncora.
- . 2003. *Guerras, memoria e historia*. Bogotá, Instituto Colombiano de Antropología e Historia.
- Sánchez, Gonzalo y Doony Meertens. 1982. *Bandoleros, gamonales y campesinos*. Bogotá, El Áncora.
- Simmel, Georg. 1986. *Sociología I. Estudios sobre las formas de socialización*. Madrid, Alianza.
- Uribe, María Victoria. 1990. *Matar, rematar y contramatar. Las masacres de La Violencia en el Tolima, 1948-1964*. Serie Controversia n.º 169, Bogotá, Cinep.
- . 2004. "Dismembering and Expelling. Semanticis of Political Terror in Colombia". *Public Culture*, vol. 16, n.º 1, pp. 79-95.
- Uribe, María Victoria y Teófilo Vázquez. 1994. *Enterrar y callar* (dos volúmenes). Bogotá, Foundation Terre des Hommes, Comité Permanente para la Defensa de los Derechos Humanos, Editorial Presencia.
- Urueña, Juan Felipe. 2017. *El montaje en Aby Warburg y en Walter Benjamin. Un método alternativo para la representación de la violencia*. Bogotá, Universidad del Rosario.
- Wikipedia, Fernando Vallejo, s. f. Consultado en <https://es.wikipedia.org/wiki/Fernando_Vallejo>.
- Žižek, Slavoj. 1989. *The Sublime Object of Ideology*. Londres, Verso.
- . 2000. *Mirando al sesgo. Una introducción a Jaques Lacan a través de la cultura popular*. Buenos Aires, Paidós.

Expedientes judiciales

Archivo del Tribunal Superior de Ibagué (Universidad del Tolima).

Asesinato de un sacerdote. Sumario 207.

Incendio. Radicado 3765.

Homicidio múltiple. Radicado 522.

Homicidio múltiple. Radicado 1156.

Homicidio múltiple. Radicado 1476.

Homicidio múltiple. Radicado 4233.

Homicidio múltiple. Radicado 6070.

Homicidio múltiple. Radicado 6961.

Homicidio múltiple. Radicado 9070.

Homicidio múltiple. Radicado 9706.

Homicidio múltiple. Radicado 10455.

Robo. Radicado 4467.

Extorsión y Secuestro. Radicado 43. Juzgado 3.º de Instrucción Criminal del Líbano.

Genocidio de La Cuchilla (Génova, Quindío). Expediente 7078. Radicado 647.

Juzgado 2.º Superior de Armenia.

Fuentes primarias

Entrevistas a Matilde, Héctor y Fabio.

Testimonios recogidos entre sobrevivientes de las masacres de Trujillo, Pavarandó, Puerto Alvira y Mapiripán.

